

ESPECIAL PARA LA NACION

TANGOS EN PARÍS

Por F. Fabiano

Dolor de cabeza



30 cts.

**Venga del aire o del Sol
Del vino o de la cerveza
Cualquier dolor de cabeza
Se corta con un Geniol**



La caja negra se halla en el centro del cuarto. Anoche, mientras la ciudad dormía, todo el conventillo desfiló por la cámara mortuoria. Ahora, un rosario de mujeres ocupa totalmente la hilera de sillas que recuadra la habitación.

Algunos peones faltaron hoy al trabajo para acudir al entierro.

La tragedia, simple, vulgar, conmovió, sin embargo, profundamente al vecindario. Hasta el basurero, un hombre renegado y escandaloso, esta mañana dejó el tacho en la puerta sin hacer ruido, se quitó la gorra y penetró en la estancia, despacio, en puntas de pie, para despedir a la muerta. Hizo más. Cambió de rostro. Ante el cadáver de la víctima, su semblante de canalla se transfiguró. Abrió la boca y los ojos cuando nadie menos lo esperaba, dobló torpemente las rodillas y se puso a llorar. También un vecino que se encontraba en cama, con cuarenta grados de fiebre, abandonó el lecho y se presentó de golpe, envuelto en una colcha, todo vendado, trémulo, sudoroso, a repetir la misma ceremonia fúnebre del basurero.

Cada vez que entra en la casa un vendedor cualquiera, ahora, de los distintos grupos de hombres que merodean por el patio, se destaca uno y lo hace guardar silencio.

En el día de hoy, que es el día del entierro, se cumplen tres meses del suceso. A raíz de los cuatro balazos que el

marido le pegó a la mujer, después de una agonía larga, la pobre murió, por fin, ayer, en un hospital, a eso de las cinco de la tarde.

Un carro del establecimiento la trajo al anochecer y allí descansa, ahora, de cuerpo presente, rígida y blanca, en el centro de la habitación. A su lado, blanco también, también rígido, se encuentra el hijo del matrimonio, el único hijo, un chico que no pasa de diez años, aislado del resto, mirando obstinadamente el hueco de la puerta con la fijeza y la tenebrosidad de un sapo. Está sentado en una silla, escondido casi detrás de una vela, con el pescuezo duro y la mirada pendiente del chorro de luz que baña las baldosas rojas y mugrientas del patio. Hace tiempo que no aparta sus ojos del vacío, conservando, desde anoche, la misma actitud, trágica y silenciosa. Pocos vecinos se acercan a consolarlo, merced a que su conducta revela, o que no necesita consuelo, o que no está dispuesto a compartir con nadie la intimidad de su desventura. Se ha mostrado hasta aquí bastante seco y reservado con todo el mundo. Todavía no se le vio soltar una sola lágrima, ni se le oyó pronunciar, tampoco, la menor palabra de desaliento. A cualquier pregunta que se le hace, contesta con una mueca misteriosa, o no contesta, como si estimase un sacrilegio romper inopinadamente su mutismo.

ALMAS PERDIDAS

POR
ELIAS
CASTELNUOVO
ILUSTRACION
DE
ALEJANDRO
SIRIO

Toda la atención del auditorio se concentra, naturalmente, en el niño. La muerta ocupa un lugar secundario. O no se la quería bien o se la reputa culpable del hecho. Al niño, en cambio, a pesar de la hostilidad manifiesta de su conducta, se lo sigue considerando inocente, debido, quizá, a que sobre él recaerá ahora todo el peso de la tragedia. Es muy posible que en cuanto se ultime el entierro, desemboque en un asilo o en un reformatorio, supuesto que los deudos no aparecieron aún y, según marchan las cosas, no hay esperanzas de que puedan aparecer a última hora.

Gracias a la generosidad del conventillo se le pudo parar a la muerta cuatro velas y ajustar un fúnebre con tres coches. Después del deceso, hubo subscripción y peregrinaje por el barrio. El dueño de casa, ordinariamente mezquino, tuvo un gesto magnánimo, contribuyendo con los tres meses de alquiler que le adeudaba la víctima.

El almacenero pagó la mortaja.

Todo esto, claro está, lo ignora completamente el niño, porque desde el primer instante se ha sentado allí, junto a la muerta, y allí ha permanecido sin moverse hasta la fecha. Si la vecina del siete no le hubiera confeccionado, a la disparada, ese delantal negro que ahora recubre su cuerpo, seguramente que estaría en mangas de camisa, con aquel pantalón blanco de marinero, como antes del desenlace.

Aunque el niño se resistió sistemáticamente a todo, en este punto no se opuso, sin embargo, a la voluntad del vecindario. Se dejó lavar y se dejó vestir. Hasta permitió que se le pasara un peine por la cabeza. Pero, no quiso comer. Eso, no. Tampoco quiso hablar. En el hospital, cuando vio sacar a la madre, del lecho que ocupaba, sobre una camilla con destino a la morgue, sufrió, tal vez, una conmoción violenta y se quedó repentinamente mudo. Luego, vino y se ubicó al costado de la muerta, atrás de la vela, permaneciendo allí toda la noche, sombrío y silencioso, y allí continúa en el mismo sitio y con la misma actitud ahora que comienza la segunda parte del día.

Mientras se acerca la hora del entierro, la gente comenta, en voz baja, los pormenores de la tragedia.

—No se ha movido todavía — dice una mujer refiriéndose

a la rigidez inalterable del niño—. Desde anoche que está así.

—Tampoco ha llorado — agrega otra.

—Claro—intercede una vieja desgredada—: los chicos no saben lo que es la muerte. Y si no saben: ¿por qué van a llorar?

—Tienen una idea muy vaga del fin — explica un teósofo.

—No tienen ninguna idea — corrige una espiritista.

—Yo conocí un niño—cuenta otra vieja—que se suicidó en seguida que murió la madre. Y yo me digo: si este niño no hubiera sabido lo que era la muerte, ¿por qué se suicidaría, entonces?

—La situación del chico es triste — exclama la primera volviendo al presente de la criatura—. Muy triste, muy triste...

—¿Qué tragedia, Dios mío! — gime una muchacha.

—¿Dios, qué? — interpela un anarquista.

La muchacha, confundida, repite maquinalmente:

—Dios mío, Dios mío...

El anarquista sonríe con displicencia, mientras el teósofo y la espiritista lo fulminan con una mirada aniquiladora.

Después de cada pausa, se reanuda la conversación, siempre en voz baja y alrededor siempre del mismo asunto.

—El niño quedará solo — insiste la vieja del suicidio.

—¿En qué pensará, ahora?

—Tal vez piense en eso: en que quedará solo.

—Tiene parientes — aventura una comadre.

—¡Los parientes! — reniega

el anarquista—. ¡Parece mentira que todavía se crea en los parientes!

—¿Y el padre? — indaga un desconocido.

—El juez ha pedido reclusión perpetua — contesta una voz gruesa y anónima.

—¡Se lo merece! ¡Mire que dejar sin madre a esa pobre criatura!

—Ha pedido permiso ahora para ver a la muerta.

—¡Ahora!... ¡Se precisa tener agallas!

—No hable fuerte — suspira el teósofo — que puede oír el niño.

—Pero, ¿acaso no oyó todo ya? ¿No vio todo ya, acaso? ¿No oyó y vio, acaso, cuando le pegó los cuatro tiros?

—¿Vio, él, eso?

—¡Si fué en esta misma pieza!

—¡Pobrecito! — torna a dolerle la espiritista —. ¡Las cosas que tiene que ver en la vida un inocente!

Un hombre que está mejor informado, anuncia, alargando el cuello prodigiosamente hacia el otro extremo de la reunión:

—El juez le concedió permiso al padre para que venga a visitar a la muerta. Es muy probable que no tarde mucho en llegar.

—¿Cómo? — arguye la muchacha —. ¿No está preso?

—Está, sí. Pero, vendrá lo mismo. Vendrá acompañado, supongo.

Entretanto, el niño permanece sentado en la silla, duro y tieso como un palo, agazapado casi atrás del candelero, con la vista fija en el retazo sucio y sangriento del patio, aguardando, al parecer, algo, no se sabe qué, pero, se supone que es algo peor todavía, más trágico aun, como si todo lo ocurrido no hubiese colmado la medida de su desgracia. Quizá, en su imaginación, lo que ha pasado, no ha pasado aún y está recién por pasar de un momento a otro, manera que espera ansiosamente la confirmación definitiva de los acontecimientos, que, a su juicio, tal vez, se presentará por la única puerta que tiene el cuarto, librando el desperdicio de patio iluminado que se percibe de adentro, por allí, precisamente, por allí mismo donde él clavó desde anoche sus dos ojos expectantes.

—Espera al padre — asegura el hombre informado.

—¿Sabe que vendrá? — interroga la muchacha.

—No — replica otra mujer —. No sabe. Creo que no sabe.

—¿Cómo quería al padre!

—¿Y a la madre? ¡A la madre, sí, que la quería! ¡Se pasó casi los tres meses en el hospital! ¡Había que ver las cosas que le decía! Para hacerla reír, a veces, se ponía a dar vueltas de carnero en la sala, delante de todos.

—¿Y ahora? — dice la vieja del suicidio —. Yo me digo: ¿seguirá queriendo al padre ahora como antes?

—¡Qué canalla! — ruge la voz gruesa y anónima —. ¡Dejar guérfano a un inocente!

—Cuando venga el padre, si es que viene, yo me digo: ¿qué le dirá?

—Lo que ha hecho ese hombre no está bien. ¡Qué quiere! Supongamos que haiga sido cierto que ella... Y bueno... Pero, hay que pensar en la criatura.

—¡Matarla así, como a un perro y dejar al niño solo — estalla la espiritista —, eso no tiene perdón de Dios!

—Qué muerte horrible, Dios mío: tres meses de sufrimiento!

Siempre que el auditorio resuelve la situación del padre o de la madre — uno a la cárcel, otro al cementerio — se presenta, invariablemente, como un fantasma, la situación del hijo y la conversación se prolonga.

—¿Y el chico? ¿Qué hará ahora el chico? ¿Eh? ¿Qué será del chico, ahora?

De pronto, se oye un mur-

mullo sordo en el cuadrilátero de la casa. Los grupos de hombres destacados en el patio se dispersan. Automáticamente, la gente que ocupa la pieza mortuoria se va poniendo de pie, como si llegara el fúnebre. Se sienta pisar en el felpo por las baldosas del pavimento.

Alguien, arrastrándose, se aproxima.

—¡Ahí viene! — exclama la muchacha y sale disparando.

Se produce un silencio de muerte en toda la habitación.

Por fin, en el marco de la puerta, aparece la figura trágica del padre, un hombre alto e imponente, de espaldas cuadradas, custodiado por dos polizontes y vestido con la misma ropa que usaba posiblemente toda los días cuando trabajaba en el puerto de estibador. Trae las manos sujetas por una cadena y tiene el sombrero puesto.

El hombre está pálido y descolorido como el niño, más pálido quizá, amarillo, cadavérico.

Hay un instante de angustia general. Todas las miradas convergen en él con una insistencia chocante y abrumadora. El hombre, deprimido, perplejo, avanza con dificultad, tambaleándose, moviendo lentamente un pie y después otro, como si tuviese también las piernas engulladas. De repente, se inmobiliza todo, quedando a mitad de camino, paralizado, con la boca abierta y la cabeza agachada, sin duda, para no ver la estampa dolorosa que se recorta nitidamente entre las flores del cajón. Estira luego los brazos e intenta tocar la caja, mas, a pesar de la inclinación que le imprime a su cuerpo, no llega, y pierde el equilibrio. La cadena que oprime sus puños, le impide manio-

brar con rapidez y cae de bruces, ruidosamente, a lo largo de la habitación.

El sombrero rueda como un disco por el entarimado. Una chancleta del montón le pega una patada.

Nadie se mueve, ni se comiende a levantarlo, y el hombre permanece allí, sin cambiar de posición, un buen rato.

El silencio tiene ahora algo de horror y de consigna. La gente, embargada, suspensa, apenas respira, pero ninguno se adelanta a socorrer al hombre como si se hubiese resuelto de antemano dejarlo caer al suelo para contemplarlo después impávidamente, mordiendo el polvo, así tirado, lo mismo que un reptil, humillado por la providencia: humillado y escarnecido...

El niño cambió de semblante, mas no de lugar, conservando inmodestamente su actitud reservada de sapo tenebroso.

La muerta, el hombre y el niño tiene ahora el mismo color.

—Perdoname, Aurelia—tartajea el padre desde el suelo, con voz ronca, estirando la cabeza hacia arriba como un gusano—. Perdoname...

Dada su turbación, el hombre, sin duda, no ha distinguido al niño, ni ha reparado mayormente en el cerco de mujeres y varones que rodeaban el cajón y que a raíz de su entrada formaron un cinturón de hierro alrededor de su persona. Sólo ha visto, tal vez, sus cuatro tablas negras donde yace su mujer y la sombra o el espectro del cuerpo aquel que se desplomó en seguida que apretó el gatillo. De modo que procede como si estuviese solo con ella y a ella tan solo se dirige

siempre que levanta la frente para recabar perdón.

A ratos, trata de incorporarse, pero, aunque lucha desesperadamente, no lo consigue. Entonces, se golpea el cráneo contra el piso y llora. Llora y dice:

—Perdoname, Aurelia...

Llora con espasmos, convulsivamente, sacudiéndose de los pies a la cabeza, igual que un epiléptico. Cuando vuela la cabeza, en la penumbra, se ve un rostro descompuesto, empapado por el llanto, recubierto de pelos sucios y encarniados, que gesticula y mueve horrorosamente.

El cerco, de pie, lo examina. Pero no se inmota.

A medida que el tiempo transcurre, lejos de aplacarse, el hombre se agita cada vez más, llorando en la misma forma desgarradora y repitiendo el mismo lamento, con la misma voz, lúgubre y ronca:

—Perdoname, Aurelia...

A veces, altera el sujeto, posponiendo el verbo, y exclama:

—Aurelia, perdoname...

Por último, se incorpora pensativamente y comienza recién a considerar al auditorio. Da vueltas y más vueltas alrededor del rosario de personas que la escruta en silencio, como si fuese un cordón de sombras, hasta que tropieza con los ojos inmóviles del niño.

Ante la mirada del padre, la seriedad del hijo se intensifica. Contrae el mentón y frunce las cejas. El hombre lo mira asombrado como si nunca lo hubiese visto así. Repentinamente, se pone de rodillas y se arrastra hasta los pies de la criatura.

—¡Hijo! — grita —. ¡Perdoname! ¡Perdoname vos también!

El niño, entonces, se levanta. No se levanta como un chico. Se levanta como una persona mayor. Su delantal negro, en este instante, le presta un aspecto de juez implacable, con ojos de sapo, terrible, fantástico...

El padre, trémulo, derrotado, vuelve a gritar:

—¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Perdoname!

El chico lo mira de arriba abajo, profundamente. Sacude luego los brazos en el aire, como un poseído, y le grita, a su vez:

—¡Asesino! ¡Vos sos un asesino!

—No, no, no — replica atropelladamente el hombre —: perdoname, hijo, perdoname...

—¡No te perdono! ¡No te perdono porque vos sos un asesino que mataste a mi madre!

El padre se deja caer nuevamente sobre el entarimado, esta vez a plomo, y allí se debate con furia: ruge, pateale, llora y dice, siempre lo mismo: —No, no, no... Perdoname, hijo, perdoname...

El niño, impermeable y rencoroso como el cerco, tampoco se ablanda. Al contrario: se yergue cada vez más, cada vez considera a su progenitor con mayor fiera.

Mientras el grande se achica hasta hacerse un ovrillo, el chico, como se agranda prodigiosamente. Por momentos, parece que le fuese a pegar. Por momentos, claudica y se apiada, pero en seguida reacciona y torna a cerrar los puños. Los vuelve a enarbolar sobre su cabeza y otra vez vuelve a gritar sin piedad ni misericordia:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

Los dos polizontes, finalmente, levantan al preso por los hombros y lo conducen, casi a la rastra, a través del patio, hacia el Departamento. El encargado le alcanza el sombrero. El cerco, en cambio, abandona el recinto y comienza a seguir al hombre que se desliza por el corredor en dirección a la calle, mientras el niño torna a ocupar de nuevo su asiento y a quedarse de nuevo allí mudo e impenetrable, como al principio.

El cerco, ahora, deja de ser cerco y se convierte en una masa torva y espesa que avanza silenciosamente como una pared en pos del preso. La vieja desgredada encabeza el avance. Aunque los varones, para atenuar su responsabilidad, forman una segunda fila detrás de las mujeres, tienen, no obstante, todo, idéntico aspecto. Un aspecto feroz y vacuno. La mirada amenazante, el entrecejo contraído, la boca crispada...

Al llegar a la puerta de salida, el hombre se detiene y mira hacia atrás. La turba, que le ha tapado enteramente la perspectiva, sin dejar un solo claro, se detiene, también y empieza a enarcar el lomo como una bestia horrible y fabulosa, eriza la pelambre, frunce la nariz y abre simultáneamente la boca, de oreja a oreja, y simultáneamente le grita:

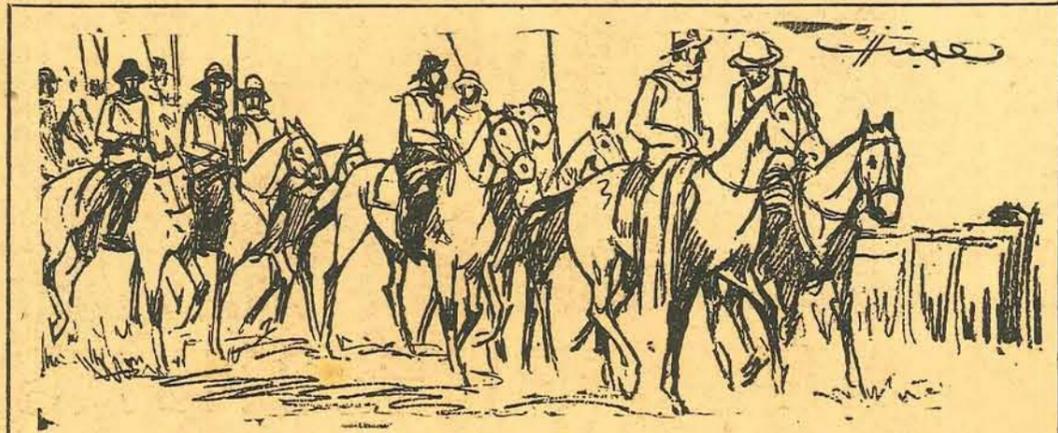
—¡Asesino! ¡Asesino!

Poco tiempo después un juez de menores remitió el niño al reformatorio donde yo me hallaba. Allí, se le quitó el luto y se le colocó el uniforme gris del establecimiento.

El policía que lo condujo me contó el episodio.

Cuando yo me fui de la colonia, posteriormente, el chico no era ya ni la sombra de lo que había sido. Estaba flaco como un perro, chupado, achacoso, con la cara llena de arrugas y la nuez descarnada y salida. Caminaba despacio, con la espina doblada, temblequeando como un inválido y tenía ya la expresión amarga y venenosa de un viejo caduco y fracasado.

A menudo, la existencia, se líquida en una hora, aunque el paciente viva después más de cien años.



ROMANCE DE JUAN VALDES

(Para LA NACION)
MONTEVIDEO, abril de 1930.

Juan Valdés mandó sus chasques diez leguas en derredor convidando a una patriada por todo Tacuarembó.

Capitán de montoneros, acudían a su voz los gauchos más aguerridos —cuero, fierro y decisión—. Rumbearon para su estancia bien montados y al trotón en sus caballos y al trocón con aperos de mi flor. Los preparos brasileros cuidando hasta el pormenor; brillante chafalonía donde se partía el sol; finos lazos a los tientos, al encuentro, el maniador de cuero crudo y sobado con unto, maña y amor. Los ponchos livianos, puestos para amortiguar el sol; paraquitos los chambergos algunos con una flor; medias lunas en las lanzas; cerrando en S el facón; estribando en S los dedos el que era pobre y si no en los "campanas" de plata que era el estribo señor.

Las crines bajo la vincha o el sombrero ali cortón; los rostros bien modelados por el viento y por el sol; golillas a media espalda desvaído su color; botas de cuero de potro bien espallado el talón; de "apalo" o merino negro el chiripá volador rodeado de alguna "rastra". con más de un patacón. Bajo el sombrero o la vincha prensaban pelo y sudor perfumados de una idea confusa de redención. Amaban una palabra como un símbolo de amor, algo madre y algo novia: rumbos para el corazón. Por los campos orientales ondulados y en verdor iban al trote chasquero los gauchos que digo yo. —Gambetas de palo y pluma—, más de un ñandú corredor

apuntaba en la vanguardia, que de huir era ocasión. Los "teros" iban volando —grito y ala en un tesón— como abriéndoles el rumbo con su rosado espolón; y el sol que estaba saliendo con su habitual esplendor les daba doradas nubes en el polvo volador. De este modo los guerreros que Juan Valdés convocó para una patriada grande allá en el Tacuarembó, salieron de la mañana como la flor del verdor y llegaron al llamado bien montados y al trotón. Aunque iban a dar el cuero —valga la dura expresión— llevaban templado en canto con ellos un payador. Marchaban como a una fiesta de muerte y belleza al son; fiesta de la carne gorda con cuero y con cimarrón, con salmueras de coraje y sangre y polvo y sudor todo rociado de Patria que era palabra de amor.

FERNAN SILVA VALDES

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

*This sweating labour
To bear such idleness so near the heart.*
"Antony and Cleopatra"—SHAKESPEARE

RECIEN llegaban de Europa. En la dársena, donde fui a esperar la entrada del vapor, Esteban me presentó su compañera, una mujer muy elegante, rubia, más alta que él. Al des-

pedirnos, quedamos convenidos en cenar juntos esa misma noche. Yo comencé a visitarlos con frecuencia.

Esteban vivía en la calle Vicente López, en un departamento amplio y confortable, con vistas a la plaza. Al entrar, las pantallas lucientes de las lámparas arrojaban nuestras sombras hacia el techo, e iluminaban, en las paredes, verdosas y pálidas, varios grabados del Segundo Imperio, un boceto de Simón Levy, una estampa inglesa sobre una poesía de Addison, representando a Júpiter y Calisto. Había dos sillones Sheraton, de tapicería amarillenta a ramitos pequeños, en uno de los cuales yo gustaba sentarme cuando iba a visitarlos. Muy a menudo, Hilda me consultaba sobre la colocación de un mueble o la adquisición de algún objeto, pero luego disponía las cosas a su manera, sin atender mis indicaciones. Por las noches, al volver a casa, yo trataba de evocar "in mente" el rostro de mi amiga, fino y espiritual, su cabello rubio ceniciento, los matices azulados de sus párpados, cierto gesto, a la vez de hastío y de indulgencia, con el cual acompañaba sus palabras. Sin embargo, no era tarea sencilla. Así como hay fisonomías sumarias, elementales, que podemos reconstruir fácilmente en la memoria, hay otras que escapan a nuestra intención. La vida y la inteligencia habían trabajado poco a poco el rostro de Hilda de una manera lenta, subversiva, restándole, si se quiere, belleza y alterando la pureza de sus rasgos; pero también le habían comunicado, junto con angustiosas anticipaciones de caducidad, un interés profundo e inquietante, un encanto intelectual, que se dejaba presentir bajo los atractivos enfermizos de su carne.

Fué aquel un otoño desapacible y lluvioso. Esteban pasaba las tardes en el club y, cuando el pocker era fuerte, no regresaba siquiera a comer. Por aquel entonces, Hilda leía mucho y de todo: ensayos filosóficos, novelas, poesía. No tenía ningún método y era muy impaciente. A veces, saltaba capítulos enteros sin molestarse en cortar las hojas. Otras veces emprendía un libro con deleite y, de pronto, lo abandonaba a la mitad y pasaba a otro. Yo le reprochaba su manera de ser.

—Tiene usted razón — me decía—. Es una especie de fatalidad, pero no puedo llevar nada hasta el fin.

Un pasaje sin importancia lograba preocuparla y una frase vulgar cobraba en sus labios elocuencia insospechada. Buscábale un sentido oculto, la repetía en alta voz, con lentitud, y, si yo pretendía desilusionarla, se enojaba conmigo. Poco a poco me plegaba a todos sus deseos... Hilda me parecía encarnar lo efímero, lo puramente transitorio. Junto a ella tenía la sensación de que algo irremediable de un momento a otro habría de separarnos, y esa idea de rapidez, de fugacidad, ese temor vago e incierto que no se alcanza a definir, aguzaba mi pasión. Me aferraba al presente en forma desesperada, defendiendo cada uno de sus instantes que los sentía alejarse, perderse de vista, fundirse en el pasado, y, sin el menor escrúpulo, me aplicaba en mi papel de amante encubierto, de amigo desleal.

En esas tarde de otoño, la solía encontrar leyendo, recostada en un diván Imperio de caoba y bronce. Muy a menudo hablábamos de Esteban. Yo no experimentaba hacia él ningún remordimiento. En ocasiones, analizábamos su carácter y entonces, llevado de un ardor inexplicable dada mi naturaleza suave y benévola, insistía sobre sus defectos con extrema severidad. Luego, durante un cierto rato, quedaba silencioso. Mis propias palabras me dejaban un ligero malestar. Comprendía que,

en el afán de ser explícito, de precisar lo que se mantenía obscuro y ambiguo en mi fuero íntimo, había ido más allá de la verdad y exagerado la nota. —¿No le parece a usted? — le preguntaba a Hilda con la secreta esperanza de ser contradecido. Hubiera querido llevar de nuevo las cosas a su justo medio. Pero ella me observaba atentamente, entre curiosa y divertida: —Sí, sí. ¿Por qué no? Todo es posible.

Una vez, como me tratara con cierta brusquedad, yo se lo reproché: —No le quiero decir con esto que no encuentre muy dulce su opesón, amiga mía. Pero es usted injusta. Salta a la vista la diferencia que establece entre nosotros. Con Esteban suele ser de una complacencia rayana en lo ridículo.

—¿Y con usted? — Todo lo contrario: autoritaria, caprichosa... ¿Por qué esa distinción? —¡Ah! — contestaba ella sonriendo — con usted es diferente. Mostraba, hacia las puerilidades de Esteban, una gran indulgencia. Pero cuando se debatía algún asunto de importancia o se ponía en cuestión una idea, un gusto literario o artístico, le hablaba en forma descomedida y agresiva. Esteban, por ejemplo, era un wagneriano apasionado, y esta afición su-

durante mucho tiempo había rumiado en la cabeza, que creía fijos e inmutables, tambaleaban y acababan por caer. Comprendía, más que nunca, la pequeñez, la indecisión, la falta absoluta de firmeza de mis pobres ideas. En un principio podían chocarme sus palabras, pero más tarde, por una suerte de inconsciente transposición, hacíame a su espíritu. Había un aspecto grandioso, excesivamente sublime en la música de Wagner, con el cual su inteligencia nítida, su temperamento frío, enemigo del énfasis y del sentimentalismo, no podía transigir. Yo, que con Esteban adoptaba una posición intolerante y hostil, con Hilda me situaba a gran altura, nutriéndome de perfecta ecuanimidad. Las cosas giraban lentamente ante mi vista, como si fueran dodecaedros: una a una, me enseñaban todas sus caras, me revelaban sus secretos recónditos, sus antinomias desconcertantes y yo descubría ese fondo turbio e impuro de verdad que parece ocultarse agazapado hasta en las más aventuradas afirmaciones... El príncipe Leopolski me dijo una noche, refiriéndose a ella, desde los mullidos divanes del club:

leño — Aloysio de Souza —, dos bailarinas de Ta-Ba-Ris. Todos pertenecían a ese mundo cosmopolita e internacional que, durante la "season" suele encontrarse en Buenos Aires, escuchando música en las salas de conciertos, comiendo en los "grill-rooms", frecuentando exposiciones y casas de antigüedades; que alquila departamentos amueblados, alrededor de la calle Florida y al llegar la primavera se marcha, quizá para no volver.

En esas largas sesiones, mientras Hilda "posaba" y Leopolski daba los últimos toques a la estatua, conversábamos animadamente. Algunas veces, se barajaban temas de carácter sentimental. Leopolski y el brasileño hablaban como dos conservadores: poseían una visión clara, un poco intelectualista del amor. Según ellos, dentro del sentimiento, había un orden y una jerarquía que necesitábamos respetar.

Hilda se mostraba irreductible, de una independencia de ideas y de criterio a toda prueba.

—No debemos ejercer sobre nuestro ánimo la menor violencia — contestaba —. Cualquier deseo, por fútil que parezca, es más vital, más digno de tomarse en cuenta que esa larga serie de principios abstractos, con los cuales nada salimos ganando.

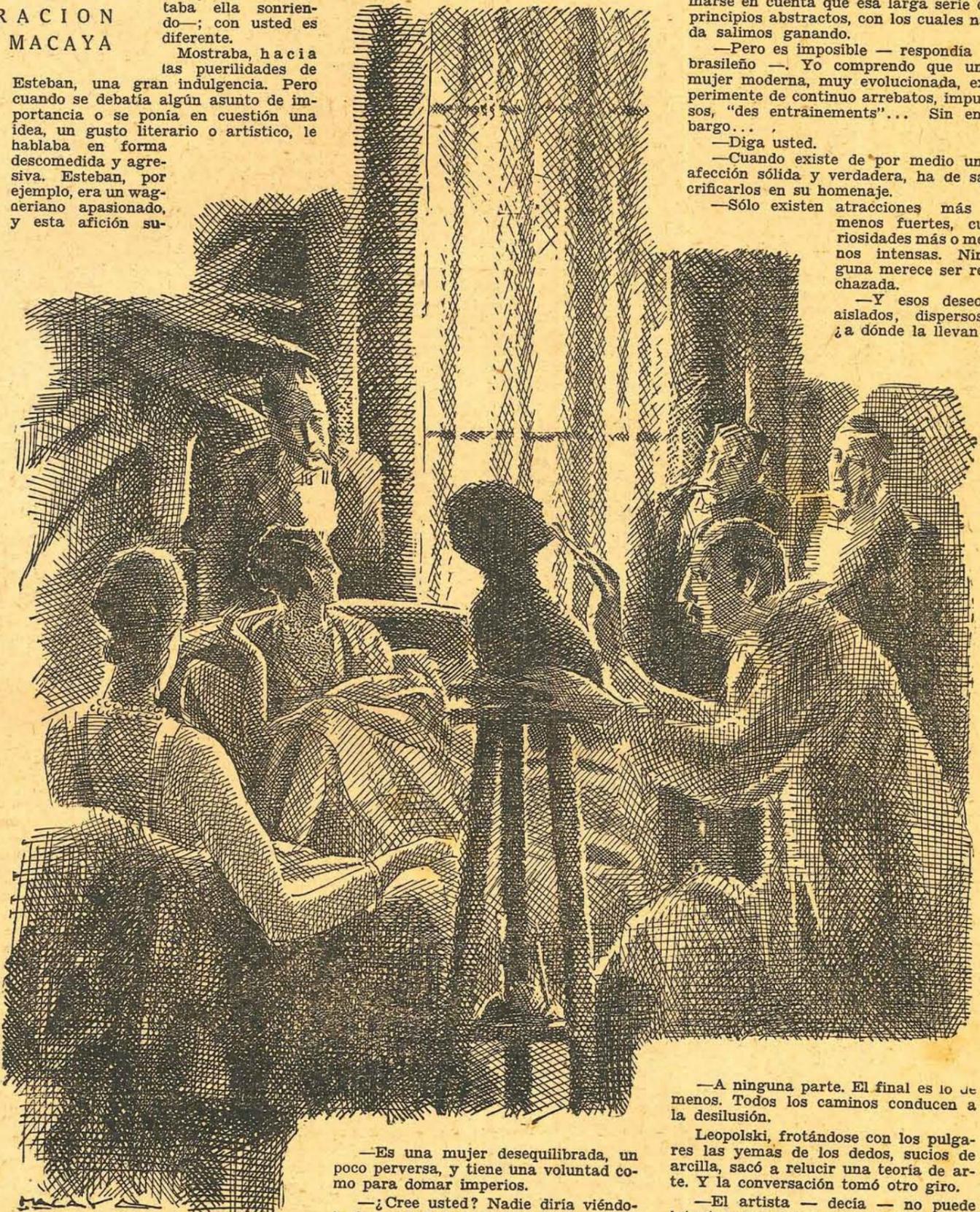
—Pero es imposible — respondía el brasileño —. Yo comprendo que una mujer moderna, muy evolucionada, experimente de continuo arrebatos, impulsos, "des entrainements"... Sin embargo...

—Diga usted.

—Cuando existe de por medio una afección sólida y verdadera, ha de sacrificarlos en su homenaje.

—Sólo existen atracciones más o menos fuertes, curiosidades más o menos intensas. Ninguna merece ser rechazada.

—Y esos deseos aislados, dispersos, ¿a dónde la llevan?



ya tenía la virtud de sacar a Hilda de sus casillas. —"Es insoportable" — decía recalando las palabras —, "sensiblemente insoportable", cuando Esteban tocaba en la victrola algún Trozo de "Tristán" o de "Siegfried". Yo, tímidamente, poníame de su parte. Ante una frase de Hilda, los conceptos que

—Es una mujer desequilibrada, un poco perversa, y tiene una voluntad como para domar imperios.

—¿Cree usted? Nadie diría viéndola tan grácil, tan desfalleciente...

—Pues ándese con cuidado. Hasta sus menores palabras encierran una extraña fuerza de persuasión.

Daniel Leopolski era un escultor polaco, que modelaba su busto. Porque, en los últimos tiempos, el departamento de Esteban comenzó a verse muy concurrido. Además de Leopolski, iban a visitarlos un matrimonio belga, un violinista rumano, un botánico brasi-

—A ninguna parte. El final es lo de menos. Todos los caminos conducen a la desilusión.

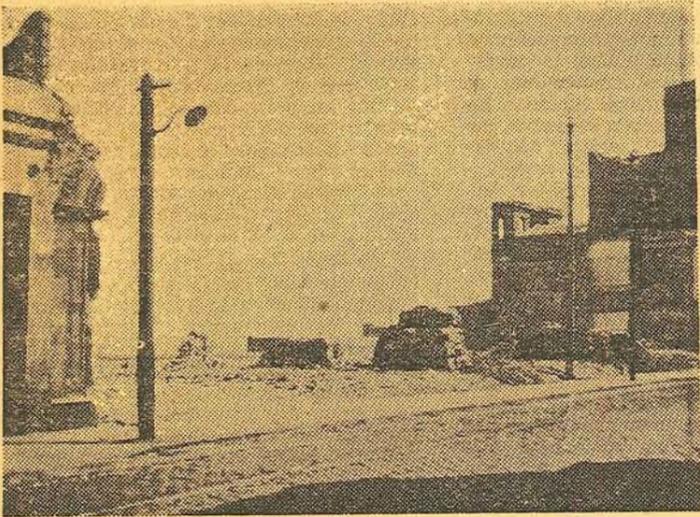
Leopolski, frotándose con los pulgares las yemas de los dedos, sucios de arcilla, sacó a relucir una teoría de arte. Y la conversación tomó otro giro.

—El artista — decía — no puede intentar una interpretación demasiado amplia de la naturaleza sin correr el riesgo de diluirse, de perderse. Es incapaz de atender a un tiempo toda suerte de requerimientos, no puede expresar todo lo que ve. Necesitaria ser un genio para salir adelante en medio de esa variedad incalculable de matices que se ofrece ante su vista. Cuando se pretende decirlo todo se acaba, muy a menu-

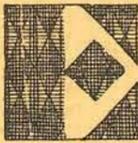
(Continúa en la pág. 8)

EL MONTEVIDEO DE LOS PROSCRIPTOS

Por
ARTURO
GIMENEZ
PASTOR



LA CIUDAD VIEJA



S inevitable, al desembarcar en Montevideo, el recuerdo de los proscritos de Rosas.

La ciudad vieja, que es la que recibe al viajero en sus calles antiguas, la pequeña Montevideo de los días de la expatriación en que vivió y luchó apasionadamente aquella juventud destinada al culto de una heroica protesta cívica, evoca siempre el grupo de los que la rebeldía y la persecución arrojaron a la orilla oriental del patrio río "como hojas que se lleva sin rumbo el huracán".

Esa sugestión del lugar histórico tiene, como casi siempre las de igual naturaleza, su principal elemento de virtualidad en el ánimo del que contempla a través de los recuerdos, el escenario a que esos recuerdos están asociados; porque en lo que respecta a los elementos materiales del teatro en que se desarrolló el drama de la expatriación, las modificaciones de aspecto y carácter introducidas en él no dejan de ofrecer inconvenientes a la impresión de identidad.

Desde luego, circulan por las calles asfaltadas tranvías eléctricos y automóviles en la visión matinal de la hora del desembarco, que de por sí ahuyenta la idea característica del nocturnismo romántico, y son pocos los testigos arquitectónicos de la vida de aquel entonces que aun conservan su fisonomía primitiva.

Sin embargo, a pesar de esto y de todo lo que muy diversas condiciones de vida suponen en el aspecto de una población, esa parte originaria de la amplia y bella ciudad que hoy es Montevideo diríase aislada en un solitario ensimismamiento de su vida de otro tiempo.

Aquellos lugares, aquellas calles, aquellos edificios del Montevideo que trepa la colina materna apiñado en las inmediaciones del desembarcadero ofrecen, como rasgo dominante, una general tristeza de cosa que fué; tristeza de las mansiones venidas a menos, tristeza de las calles que fueron principales, tristeza de las otras calles, viejas bajo los afeites de un progreso que no las penetra; tristeza que la misma luminosísima transparencia de la atmósfera montevidéana afirma con su contraste de alegría.

Algo de esto hay siempre en aquella parte de toda ciudad que quedó concentrada e inerte como célula muerta en el dinamismo de sus victoriosas prolongaciones modernas. Así las reliquias del Buenos Aires original que todavía perdura en calles como Balcázar y Defensa, por ejemplo.

Pero mientras aquí esos rezagos urbanos quedaron enquistados en la masa de la gran capital y sometidos a la irradiación de su tensa vitalidad, la vieja Montevideo quedó en rigor segregada de la ciudad nueva que se desprendió de su

Aspecto actual del antiguo barrio montevidéano del Templo Inglés, en la parte demolida a la altura de las calles Camacúa e Ituzaingó

seno. En su expansivo despliegamiento la hija se llevó la animación vital, la riqueza y la alegría fuera, y lejos del hogar materno, y aquello quedó solo y olvidado; cosa aparte.

LA CIUDAD DE ANTES

Esa Montevideo en que vivieron su duro y largo y brillante y glorioso ostracismo los proscritos de Rosas, y que aparece grande en la perspectiva histórica por la persea de vida y el caudal de figuras famosas que concentró en su seno, cabía toda en la península de encorvado lomo en que nació, desde la extremidad de esa península, arranque meridional del contorno de la bahía que el Cerro remata en la orilla opuesta, hasta lo que hoy es la plaza Independencia. Allí le había cerrado el paso la ciudadela colonial, convertida desde 1836 en mercado público, pero cuya gran portada de piedra siguió enfrentando la calle San Carlos (luego Sarandí) hasta 1879.

Por la izquierda, la población derramada hacia la bahía escurriese en las afueras de la Aguada ("es la aguada tu guirnalda"), y una menuda edificación suburbana, prole de aquel mercado, había empezado a pulular orientándose hacia lo que vino a ser después la gran calle 18 de Julio. Más allá, en el antiguo descampado de extramuros, fueron surgiendo algunas quintas.

La ciudad nueva tuvo su línea de todo lo que la calle a que dió nombre la derruida ciudadela, cuando la apertura del mercado franqueó a la población el camino hasta entonces cerrado por la fachada de la ex fortaleza española.

Por en la época de la expatriación la ciudad toda era la que sólo mucho después empezó a ser "la ciudad vieja": la Montevideo agrupada sobre su península, entre la bahía y la costa abierta del sur.

Población menos aplastada que otras de su tiempo en la América española, por el relieve de su emplazamiento que la destacaba en ascenso, presidida por la muy visible eminencia de la Matriz.

Allí estaban todos los órganos vitales de la capital uruguayana: el Fuerte (casa de gobierno), la Aduana, el Hospital de Caridad, esa misma Iglesia Matriz, el Cabildo, el teatro, los cafés, los hoteles, los comercios, las mansiones solariegas y la mayor parte de las no solariegas en que vivió la sociedad mundana, oficial, comercial y popular de aquel Montevideo que en 1840 dicen que llegó a tener más de 30.000 habitantes.

El Fuerte, el teatro, la aduana que conocieron los emigrados no existen ya; con mayor razón el "muelle viejo" que pisaron al desembarcar en ese suelo en que iban a vivir años de recia lucha y en que algu-

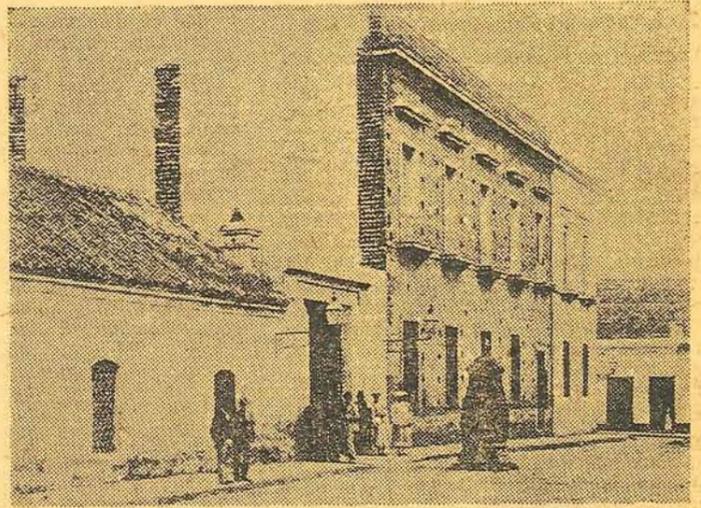
nos iban a morir sin volver a pisar el de su patria.

Los otros edificios públicos antes mencionados, el hoy Hospital Maciel, la Matriz, el Cabildo, subsisten más o menos como entonces eran, y aun alguno que otro de propiedad privada, como la casa de Regalia, en la calle 25 de Mayo (entonces San Pedro, pues la nomenclatura post-colonial data de 1845); casa que muchos argentinos del ochenta y tantos habrán habitado cuando fué Hotel Continental; pero, en cambio, los más de los edificios comunes que imprimían carácter de época al Montevideo de los expatriados han sufrido retoques o transformaciones que sólo dejan percibir en la ciudad de hoy un aire de familia que difunde melancólica la imagen de la de ayer. Los que afirman con seguridad su presencia en aquel entonces, son los de evidente fecha colonial, no raros en algunas calles del antiguo núcleo céntrico: las de Piedras, Washington, Misiones y otras análogas. Actualmente las obras de construcción de la rambra Sud América (avenida costanera que se dirige a su punto de soldadura con la rambra Wilson), han hecho desaparecer ya buena parte de la edificación que se apretaba menuda en la zona del antiguo Cubo del Sur, donde fué brotando un caserío de arrabal tristemente presidido por el taciturno y hasta lúgubre Templo inglés.

Pero esta parte de la ciudad actividad, la del gran calor de vida que difundieron en Montevideo los emigrados de Rosas. Esa actividad, ese calor, se concentraban en la parte norte (de la calle Sarandí hasta la costa de la bahía), en que se agrupaba la población al abrigo de los vientos fríos del Sur.

Su foco central era el Fuerte, antigua residencia de los gobernantes españoles y casa de gobierno en todo tiempo hasta su demolición en 1884: caserón en cuadro construido en lo que hoy es plaza Zabala, con mucho más de cuartel que de fuerte; portada al norte, a pocos metros de la calle 25 de Mayo, de la que la separaba el teatro San Felipe, y con acceso desde esa calle por las de 10. de Mayo, de la que la separaba el ángulo sobre esta última; los demás, bajo; gran patio plaza; todo viejo y pobre.

Allí el ministro Vázquez debió tener frecuente trato con los expatriados, siempre en su porfía de organización de la resistencia política, diplomática y militar contra la tiranía, y en torno de ese grupo del Fuerte y el teatro, centro de movimiento oficial el uno, punto de convergencia e irradiación social el otro, se irremolnaba, impulsado y agitado por aquellos hombres todo inquietud y pasión, el dinamismo de una ciudad que apenas sería hoy un pueblo, cuyo ambiente y expresión actuales sólo la evocan en contraste con la vitalidad y el brillo de la espaciosa capital moderna, pero que fué foco de una animación



El Fuerte. Casa de Gobierno en el Montevideo de la época de Rosas, situada donde hoy está la plaza Zabala

tensa y brillante en los días de ese histórico ayer.

LOS DOS GRUPOS DE EXPATRIADOS

Las tormentosas vicisitudes de la política argentina fueron, en efecto, enriqueciendo la población de Montevideo con un sucesivo reflejo emigratorio de los que buscaban allí alejamiento, paz o seguridad. La caída de Rivadavia llevó a aquel refugio la emigración de los vencidos unitarios; de 1838 a 1840 el entronizamiento de Rosas desbordó sobre la orilla oriental una nueva oleada de fugitivos: el grupo juvenil de la Asociación de Mayo, identificado con aquéllos por la común denominación de "unitarios" con que la política rosista denunciaba genéricamente adversarios de toda clase; y entre estos raudales cívicos, la corriente, más difusa, de franceses, italianos y españoles, que afluyeron también como consecuencia del bloqueo o en busca de atmósfera federal de Buenos Aires. Fué así cómo llegó Montevideo a tener aquella población de treinta y tantos mil habitantes, que le atribuyen cálculos demográficos corrientes.

La expatriación y el común esfuerzo contra la tiranía presentaban fundido en uno aquellos dos grupos de emigrados políticos. En realidad, siempre permanecieron diferenciados por su espíritu íntimo, por su ideología, por sus rasgos de temperamento. Los primeros, los rivadavianos—los Alsina, los Paz, los Agrelo y Agüero—, cuya escuela intelectual de clásico rigor personificaba Juan Cruz Varela, eran los "sonámbulos de un ensueño desvanecido"; los otros, los jóvenes, cuyo pensamiento político y literario de impulso romántico se personificó en Echeverría, eran los visionarios de un sueño a realizarse: Juan María Gutiérrez, Alberdi, Mitre, Tejedor, Mármol, Rivera Indarte, Cané, Félix Frías, Cantilo, Luis L. Domínguez, entre muchos cuyos nombres destacó menos la resonancia de sus actividades, y, por fin, el mismo Echeverría, cuando vió imposible su doctrina de acción contra la tiranía dentro de la patria misma. Elemento de relación entre su rígido grupo y el de los románticos fué el espíritu juvenilmente abierto y cordial de Florencio Varela.

LA INTELIGENCIA PROSCRIPTA

El grupo romántico fué el que dió su tono y su acento de impetuoso brío a la ardiente campaña de la expatriación en el Plata. A esas figuras de gran corbatón negro y apasionada expresión fisonómica en que la sotobarba unitaria daba gravedad a la edad temprana (pocos tenían más de 25 años, y alguno, como Mitre, era apenas adolescente), a esas fi-

guras de la segunda emigración se refiere siempre la idea del Montevideo de los proscritos.

Fué, sí, su presencia la que infundió a la vida de la reducida capital uruguaya el ritmo y la intensidad que a la distancia en el tiempo la hacen sentir con el movimiento de una ingente población.

Un nutrido chisporroteo de publicaciones, todas ellas instrumentos de ardorosa cuando no candente lucha, anuncia con "El Iniciador" de 1838 la llegada de esa nueva fuerza que inaugura allí la época de la prensa literaria y tiende vivos regueros de periódicos efímeros, hojas al viento que extinguen su fuego en breve tiempo para resurgir con tenacidad irreductible. "El Nacional", "El Talismán", "El Tirteo", el "¡Muera Rosas!", "El Guerrillero", "El Album", "El Conservador", "La Semana", "El Comercio del Plata" (que con "El Nacional" escapa a la suerte de corta vitalidad que agosta rápidamente a los otros), van apareciendo y desapareciendo de 1841 a 1847 al toque de aquellas plumas argentinas que con la fogosa prédica romántica y la flamante campaña en prosa y en verso contra la tiranía provocaron un movimiento de ideas y una actividad de comentarios que imprimieron nada común animación a la vida intelectual montevidéana.

La rebelión romántica contra el despotismo académico se identificaba de por sí con la doctrina liberal y con la rebelión desencadenada contra la tiranía política. En general, los expatriados de la segunda emigración sintieron con igual vehemencia de lirismo romántico el ardimiento de la batalla literaria y el de la batalla cívica. La efusión poética se prodigó en todos aquellos periódicos, y aun en alguno, como en "El Tirteo", fué el del verso el idioma preferido para acometer a Rosas con más vibrante eficacia.

Los últimos acentos poéticos de Juan Cruz Varela, gloria literaria de la era rivadaviana, y los cantos iniciales de la gloria de Mármol, y los sonos primeros de la lira de Mitre brotaron en Montevideo, mientras Echeverría alineaba solitario los inacabables versos de "La guitarra", "Avellaneda" y "El ángel caído". Y en Montevideo se publicó todo lo que la musa lírica inspiró al mismo Mármol, a Gutiérrez, a Domínguez y a Rivera Indarte, que ni antes ni después del destierro hicieron obra poética a recibirse por la posteridad como legado histórico. ya que, ¡ay!, no ha de contarse como obra poética el "Himno de los restauradores" y el "Himno federal", que el último había ofrendado al "Rosas invicto" de sus primeros años políticos.

Todo eso aparte de la caudalosa avenida de prosa, cuyas expresiones más particularizadas recogieron el panfleto, las piezas de doctrina y controversia literaria, los ensayos de toda especie, los trabajos sobre instrucción pública; una gran suma de esfuerzos que alcanzaron hasta la realización, en



el campo de la novela, de obra tan robusta como había de ser "Amalia", cuya primera parte se publicó también en Montevideo.

LA VELADA

Jóvenes, poetas y tribunos, proscritos, rebeldes, románticos... Fácil es imaginarse lo que esto representa como elemento dinámico en una sociedad de pueblo chico, al menos por la extensión de su recinto, como lo era Montevideo hacia 1840.

"A las siete de la noche—dice Mármol en su "Amalia", refiriéndose a ese tiempo—, el café de don Antonio estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí a tomar su café, a hablar de política y pasar en seguida a sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires..."

Tertulia de café, visitas, teatro, bailes... No despliegan estas manifestaciones de una sociabilidad todavía patriarcalmente casera una visión demasiado brillante en el cuadro de la ciudad que la perspectiva de época nos hace ver recogida y oscura, con pocas calles de desigual empedrado, angostas y taciturnas a la escasa luz de faroles de aceite. Y, sin embargo, no es difícil imaginarse halagos de trato y lucimiento de reuniones que una sociedad homogénea y coherente, vinculada por afinidades íntimas y por cosas que interesan en común, puede ofrecer mejor que la bullente popularidad anónima e impersonal de nuestras capitales modernas.

En esas visitas, en esos bailes del Montevideo cuyas calles tristonas frecuentaba de noche poca gente, la amistad, los galanteos y noviazgos y la animación juvenil que eran siempre algo de todos en el ambiente de esa sociabilidad familiar; cosas que la diversificada y presurosa vida de la gran ciudad moderna diluye o fragmenta, debía avalorar con amables atractivos las veladas aquellas que es grato imaginarse en el momento en que, conforme al gusto y moda de la época, se recita alguna poesía—"La diamela", de Echeverría, por ejemplo, que tuvo gran boga—o se baila, entre el minué y la contradanza, el "Vals Minerva", de Alberdi, que el mismo autor toca en el piano y en cuyo isocrónico ritmo se mece el recuerdo de los versos recitados poco antes:

Dióme un día una bella portefaña, que en mi senda pusiera el destino, una flor cuyo aroma divino llena el alma de dulce embriaguez. Me la dió con sonrisa halagüeña, matizada de puros sonrojos, y bajando hechicera los ojos incapaces de engaño y doblez.

EL COLISEO

El café, el teatro... ¿Dónde estuvo ese café de don Antonio que aparece en "Amalia"? ¿Fue conocido con esa denominación o es ella parte de la invención novelesca?

La solícita diligencia de mi distinguido amigo uruguayo

Casa en que estuvo el histórico café de San Miguel, en la esquina de las calles Piedras y Misiones, muy concurridas y concurridas en tiempo de los expatriados

Julio Lerena Juanicó, me hace saber que ese sucesor del café de San Miguel, en la esquina de Misiones y Piedras, tenido como punto de reunión de los patriotas en los días de la Independencia, ocupaba en la calle Cerrito, entre la misma Misiones y la de Treinta y Tres, el local que hoy ocupa, frente al Club Católico, la casa de comercio de Taranco y Cia. Era el consabido café principal, lugar de tertulia común, que la tradición española y los hábitos de la época querían en toda población de entonces.

De allí, tras la charla noticiosa y comentadora de las novedades diarias, se dispersaban los parroquianos rumbo a la velada en salas amigas, a la cita romántica o el teatro.

En los tiempos del año 40, meridiano de la famosa era de la expatriación, el teatro, el Coliseo, como se le llamaba entonces, era la vieja Casa de comedias colonial adaptada a las exigencias de un mayor volumen social, y se levantaba en el mismo emplazamiento del nuevo y bonito teatro San Felipe, inaugurado en 1880, donde hoy está el palacete Taranco.

En las proximidades de la lucida temporada de 1830, durante la cual se celebró la jura de la recién nacida Constitución uruguayaya (13 de julio de ese año), "todo empezó a cambiar de aspecto" en la vieja Casa de comedias, nos dice Isidoro de María en su "Montevideo antiguo". "Se aumentaron los palcos bajos, se dotó de barandilla a la orquesta y se desterró la costumbre de llevar cada cual sillas para su palco, proporcionándolas la empresa en alquiler".

La sala de ese teatro así mejorado y cuya denominación oficial, aunque poco usada, fué de San Felipe y Santiago (patronos de la ciudad), tenía dos órdenes de palcos y cazuela al fondo; en la platea se alineaban escaños con lunetas corridas; en el pasillo de acceso que por mitades las separaba, dos robustas vigas, que casi alcanzaban la dignidad de pilastras—una hacia el arranque de la platea, la otra en medio del salón—, se erguían sosteniendo el caballete de la techumbre a dos aguas.

Tal era el teatro en que la sociedad montevideana a que se habían incorporado los proscritos argentinos iba a ver representar "El Duque de Visco", "Las seis gradas del crimen o Los escalones del cadalso", "La huérfana de Bruselas", "Otelo", "Marion Delorme" y "Los tres novios imperfectos", o a oír en fragmentos de óperas las celebradas voces del famosísimo Vaccani, las hermanas Tani y la "diva" Piacentini.

UN GRAN DIA

Ese pobre teatro lugareño—en que el 25 de mayo de 1840 se cantó por primera vez el

Himno Nacional Uruguayo con la música con que ahora se canta (la de Quijano instrumentada por Debali)—fué todavía ennoblecido entonces por un acto de belleza helénica que debió consagrarse a la perpetuidad del monumento conmemorativo: ello fué el certamen poético de 1841, que asoció el nombre del jefe de policía Antuña, su promotor, al recuerdo del más luminoso de los días de la expatriación.

La pluma de Alberdi nos ha legado, con la crónica oficial de ese acto, un documento cu-

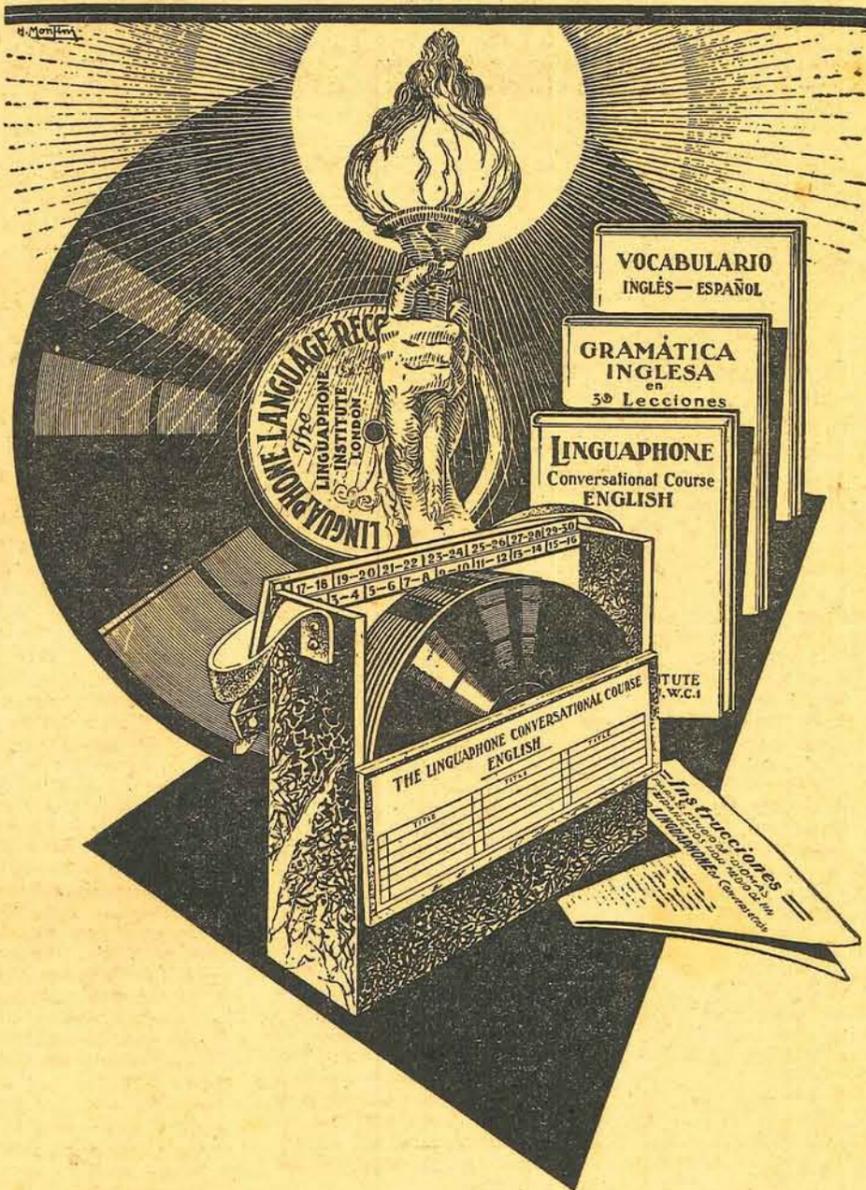
ya evocadora sencillez noticiosa lo hace de más precio que muchos otros votados por ambicioso esfuerzo literario al premio de la emoción póstera.

El resumen de esa crónica dice esto:

Para celebrar ese año el 25 de mayo, convocó el jefe de policía a una justa poética, ofreciendo una medalla de oro a quien presentara la mejor composición sobre el acontecimiento a conmemorarse, y nombró para apreciarla y discernir el premio una comisión de cinco miembros.

El mismo 25 de mayo debía aparecer en la puerta del teatro una carta declarando el fallo; y aunque a las 9 de la mañana de ese día se traba en aguas del río un combate entre buques de Rosas, al mando de Brown, y del Gobierno oriental, a órdenes de Garibaldi, no falta público al cartel, que a esa hora aparece en el punto indicado.

A la una del día "se abren las puertas del teatro; y en menos de quince minutos (sigue la noticia de Alberdi), los palcos y lunetas se cubren de ca-



Los mejores profesores de idiomas del mundo

Acaban de llegar a la Argentina para dar lecciones en casa. Hablarán en su propia lengua, por medio de los modernos discos LINGUAPHONE a Vd. y a toda su familia, donde y cuando Vd. quiera. Sólo con escucharlos, sin esfuerzo alguno, asimilará Vd. los sonidos extranjeros, y con una rapidez nunca soñada imitará perfectamente a sus maestros. ¿Vd. sufrió ya muchas decepciones en el estudio de idiomas? ¿Vd. gastó un montón de pesos en ensayos que fracasaron? No importa. Si es así, sairá apreciar a fondo todas las ventajas del método LINGUAPHONE apenas lo haya conocido. Pues son precisamente los decepcionados quienes, al conocer el método LINGUAPHONE, más rápidamente se dan cuenta de las deficiencias de los caminos seguidos en el estudio de idiomas con anterioridad; son ellos quienes menos tardan en aprovechar tan maravilloso invento.

A. Lloyd James, Master of Arts y catedrático de la Universidad de Londres, redactó el libro de texto del curso LINGUAPHONE de Conversación en INGLÉS. El y ocho catedráticos más de distintas universidades inglesas grabaron el texto eléctricamente en 16 discos dobles.

Louis H. Pallier y el Prof. Pernot, catedráticos de La Sorbonne (París), redactaron el libro de texto del curso LINGUAPHONE de Conversación en FRANCÉS. Nueve catedráticos

franceses de distintas universidades lo grabaron eléctricamente en 16 discos dobles.

El Prof. Dr. Paul Menzerath, catedrático de la Universidad de Bonn, redactó el libro de texto del curso LINGUAPHONE de Conversación en ALEMÁN. El y nueve catedráticos más de distintas universidades alemanas lo grabaron eléctricamente en 16 discos dobles.

Cursos similares existen para el estudio del ITALIANO, RUSO, ESPERANTO, etc. Además, hay cursos especiales de VIAJE y de LITERATURA para estudiantes adelantados. Hasta el mismo BERNHARD SHAW, el más célebre escritor inglés de nuestros días, le dará lecciones de inglés por medio de discos LINGUAPHONE si Vd. así lo desea.

LINGUAPHONE es el método de los estudiantes exigentes. Autoridades de la Argentina y del extranjero lo aseguran unánimemente. No espere, pues, hasta que su vecino se lo diga. Infórmese Vd. HOY!

N. 8
Señor
Juan Tuercke

Casilla Correo 1209
Buenos Aires

Sírvanse enviarme, gratis y sin compromiso, folletos explicativos sobre el método LINGUAPHONE:

Exclusividad:

Juan Tuercke

DEMOSTRACIONES GRATUITAS:

VICTORIA 636, 7o. piso

(De 9 a 13 y de 15 a 19)

BUENOS AIRES

Me interesa el idioma _____

Nombre _____

Profesión _____

Calle _____ No. _____

Ciudad _____ F. C. _____

si todo lo que Montevideo encierra de gentes distinguidas de los dos sexos. Una banda de músicos se instala en el lugar de la orquesta. En el proscenio hay una mesa y tras de ella siete sillas. Los individuos de la comisión aparecen y ocupan cinco".

Leído por el secretario (Manuel Herrera) el dictamen de la misma, obra de Florencio Varela, otro de sus miembros, Cándido Juanicó, lee la composición laureada, que arranca nutridos y exaltados aplausos.

"El presidente (Francisco Araucho) declara que no se conoce al autor y le invita a comparecer si se encuentra presente. Los ojos se dirigen hacia atrás. Una figura joven se pone de pie, y un aplauso general saluda al noble cantor de las glorias americanas. Atraviesa la platea y sube al proscenio, entre aplausos; acredita la identidad de su persona, y preguntado por su nombre, contesta llamarse "Juan María Gutiérrez".

El presidente pone en sus manos la medalla, saludándole con palabras convenientemente retribuidas por el poeta victorioso, que toma asiento al lado de la comisión entre la ovación y la música que resuenan en su honor.

Con el mismo ceremonial—lectura, música y posesión de estrado entre aplausos—se honra a los autores que han merecido "accesit" y distinción. Son ellos Luis L. Domínguez y José Mármol.

Andrés Gelly es el lector de la poesía del primero y Florencio Varela de la del segundo, celebrada con calurosa unanimidad por el auditorio. El autor de otra composición también distinguida por el jurado no se presenta; la alusión de Alberdi a su autor hace pensar que fuera Francisco Acuña de Figueroa.

"El señor presidente—concluye diciendo la crónica—declara cerrado el acto del certamen, y las damas abandonan el Coliseo al son de la música, y los vencedores se retiran mezclados con ellas, recogiendo sus caricias, que son también un lauro de oro, y sus miradas de interés, que son más que un "accesit". Y todo ese día, en las calles, en el teatro, en todas partes, sorprenden demostraciones que los señalan diciendo: "Aquel es uno de los vencedores en el Certamen de Mayo".

LA VISITANTE

(Continuación de la pág. 5)

do, por omitir lo fundamental. Thomas Lawrence elegía un rasgo de su modelo, lo reproducía a la perfección y descuidaba los otros. Lotte, en la actualidad, aconseja a sus discípulos que se decidan ya sea por la atmósfera o por el volumen...

—Y con eso, ¿qué quiere usted decirme?

—Le quiero a usted decir, mi querida amiga, que tanto en la vida como en el arte —agregó finalmente en francés— "il faut prendre son parti".

—Pero yo lo he tomado —contestaba Hilda—. Mi partido consiste precisamente en no aferrarme a ninguno. ¿Concibe usted algo mejor que marchar un poco al azar, sin sentirse estorbada por principios o lazos importunos, conocer personas interesantes, cosas nuevas, ciudades curiosas?

—¿Y el amor?

—¡Bah! No pronuncie esa palabra caduca, vacía, infantil, que nada significa.

Desde uno de los sillones Sheraton, cerca de un vaso conteniendo restos de "whisky", Esteban se mantenía apartado de la conversación. De tanto en tanto, la cabeza sobre el respaldo, los ojos semicerrados, lanzaba muy despacio una bocanada de humo.

—Algún día hablará en forma diferente —contestó Leopolski—. Y entonces, cuando pretenda echarse atrás, será demasiado tarde. El tiempo es nuestro enemigo.

—Nuestro único enemigo es el aburrimiento.

La atmósfera se iba cargando por momentos. A través de las cortinas de tul se vislumbraban los cristales em-

¡Qué emoción de épica juventud social difunde ese cuadro del pobre teatro de pueblo donde una entusiasta devoción a los dones del espíritu solemniza la ofrenda poética de un grupo de desterrados, a tiempo que el cañón truena en las aguas inmediatas advirtiendo la vecina presencia del poderoso y terrible enemigo en quien se personifican angustias, inquietudes, amenazas y peligros para todos los de aquella ciudad que escucha el canto juvenil de los proscripciones frente al siniestro campamento de la tiranía!

Hora de áurea gloria para "los vencedores en el Certamen de Mayo"; de honor memorable para el pueblo que con tan alto desinterés se complació fraternalmente en tributar todos los laureles de tal jornada a los refugiados en su libertad y en su cultura.

RESPLANDORES Y SOMBRAS

Y no fué ese el solo fulgor de significativa importancia que destellara entonces en el teatro.

Justamente un año antes, el 26 de mayo de 1840, se había representado por primera vez un drama patriótico en cinco actos titulado "Cuatro épocas", obra en prosa y en verso de uno de los emigrados que apenas tenía 19 años y que se llamaba Bartolomé Mitre. Un año después del certamen, en agosto de 1842, ocupó la escena "El poeta", "primer ensayo original de una obra dramática de un joven americano", según el texto del respectivo anuncio en los diarios; y poco tiempo después "El cruzado" (como aquél, en cinco actos y en verso), obras ambas de José Mármol, que era el "joven americano" del anuncio y el mismo aplaudido con tanto calor en el torneo poético de un año antes.

Acontecimientos cuya resonancia en el ambiente intelectual y social del Montevideo de entonces tuvo necesariamente que corresponder a su notable significación en ese ambiente y en ese tiempo.

Cuando el teatro vivía exclusivamente de la producción dramática europea ya consagrada por el éxito, así de antemano asegurado, la representación de obras primerizas de jóvenes expatriados dice mucho de la vibración a que había llegado la atmósfera intelectual montevideana, y no poco del prestigio

que ellos habían conquistado, a la vez que sugiere la vivacidad de novelaría y la animación de comentarios que tales novedades debieron suscitar.

◆ ◆ ◆
Cuando eso ocurría estaba próximo el fin de aquel período brillante de la vida montevideana generado por la persecución y el odio.

En 1842, el ejército de Rosas al mando de Oribe puso sitio a



Actual aspecto de la casa en que vivió y a cuya puerta fué muerto Florencio Varela, en la calle Misiones, hoy núm. 1436

la ciudad, que en los nueve años de persistencia de ese asedio había de conquistar el título de Nueva Troya. Hubo un principio de disgregación del grupo argentino. Aquellos que en el café de "Amalia" aparecen "contentos con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires", tienen ya razones de experiencia y de previsión para considerar esa perspectiva sólo como un desvanecido espejismo. En 1843, Gutiérrez y Alberdi emprenden viaje a Europa; Florencio Varela se les había anticipado en la travesía hasta el Brasil, de donde más tarde siguió a Francia; Mármol se había ido a Río de Janeiro y había sido devuelto allí por el viento y el mar enemigos de un inten-

to de emigración a Chile; volvió, pues, a la plaza sitiada a luchar, como también Varela, en la prensa siempre asociada al fragor de la pelea.

Montevideo sufre la angustia de su heroísmo; falta el agua, se raciona la alimentación y cunde la peste. Se vive dura vida de peligro y miseria, pero no cede la vibrante exaltación espiritual de los sitiados.

Dos trazos de biografía, uno de Mitre, de Gutiérrez el otro, dan en la de Echeverría la sensación de ese ambiente de la Nueva Troya.

"Echeverría vivía—dice Mitre—en un cuarto aislado, triste y desnudo", "que revelaba la penuria del proscrito", "y comía como un soldado raso de la libertad la ración que se repartía entonces a los defensores de Montevideo". "En una gran alarma — escribe Gutiérrez—, motivada por un amago de los sitiadores, concurrió Echeverría con sus armas al llamado de los tambores, y cuando, pasado el conflicto, regresaba envuelto en su capa y encorvado al peso de sus dolencias físicas, le alcanzó el general Pacheco, al frente de una fuerza de caballería, y enfrenteado con él saludó con el sombrero en la mano y con su genial elocuencia al ilustre poeta que daba aquel ejemplo de abnegación y constancia".

Un tal lirismo heroico hace sentir vibrando latentes en la noche del sitio las dianas de Caseros.

EL CONJURO DE LA NOCHE

En el Montevideo viejo de hoy la noche reconquista para la evocación el Montevideo de los proscripciones haciéndolo resurgir de la ciudad que el día muestra transformado por la vida actual.

Como todo foco de actividades que sólo el dinamismo comercial anima, ese antiguo barrio de la capital uruguaya muere al anochecer. Cesa el ruido; como ojos cansados ciérranse las más de las puertas y escaparates, negando su luz a las calles, y los tranvías eléctricos se alejan llevándose su estrépito y su claridad perseguidos por el silencio y las sombras que un momento se echaron a un lado a su paso.

Antes de media noche la evocación de la ciudad en que vivieron los emigrados se opera casi por espontáneo conjuro de la ciudad misma que el tran-

seúnte de hoy contempla recordando. Alguna de esas sus calles angostas y viejas a que la memoria asocia tales o cuales hechos concretos de la vida de los emigrados, dice al oído con voz vehemente el "fué aquí" que los reanima a lo vivo.

Esa calle Misiones, por ejemplo, donde tuvo Florencio Varela su casa y la imprenta de su famoso "Comercio del Plata" (la casa en que probablemente fué velado Echeverría), tiende hacia el puerto, contemplada desde la esquina de 25 de Mayo, una perspectiva bastante típica de la calle de antes. La irradiación de los globos eléctricos ilumina la sombra de las viejas casas taciturnamente alineadas cuesta abajo y las estrechas aceras sólo dan paso a uno que otro viandante.

La imaginación oye entonces sin esfuerzo la resonancia del pensativo paso de Echeverría que, envuelto en su capa, se retira a su indigente habitación; o más allá, de otro lado, voces de un grupo que vuelve del teatro comentando vivamente la velada: Mármol y sus amigos después del estreno de "El poeta", o también la visión sentimental de una figura juvenil que dilata en la soledad nocturna el pensamiento amoroso fundido en perspectivas entonces muy inciertas de un gran futuro: el pensamiento de aquella D. a quien dedicó su drama "Cuatro épocas", y el porvenir del adolescente Mitre; o bien, ya durante el sitio, es la figura alta y floja de Florencio Varela que, de retorno a su casa aquella noche de marzo del 48, se detiene en la calle 25 de Mayo al encontrarse con una persona de su relación con quien conversa al paso, quizá a la luz del farol que alumbraba entonces con pobre luz esa misma bocacalle en que nos hemos situado para ver pasar el pasado. Tras el accidental diálogo, dobla el escritor por Misiones hacia abajo; se aleja en el silencio obscuro el eco de sus pasos; cesa luego; ha llegado a la puerta de su casa... Un quejido de muerte; la daga de Andrés Cabrera se ha hundido feroz en su espalda.

La claridad de los blancos globos eléctricos, el tranvía que pasa estentóreo y luminoso, la ciudadidad de la calle asfaltada, no consiguen arrancar del todo el ánimo a la sugestión del antiguo crimen.

pañados por la niebla de la calle. El humo de los cigarrillos se entrelazaba cerca del techo, en jirones fantásticos; los cuadros se esfumaban, y las gotas de agua de la araña francesa parecían aumentar de tamaño, más grávidas que nunca, y de un instante a otro amenazaban derretirse. Dominando la risa aguda de las bailarinas, se escuchó la voz del rumano:

—Los chinos acostumbran decir: aquí abajo, cuando las cosas no marchan en la medida de nuestros deseos, es bueno tenderse en una barca, los cabellos al viento, y hacerse a la mar.

—Sí, sí —decía una de las bailarinas—. Hay que divertirse, procurarse "a good time", con eso basta. Y el recurso infalible consiste en viajar, no echar raíces en ninguna parte.

El busto de Hilda había quedado terminado. Todos nos sentimos un poco "snobs" y lo admiramos en medio de grandes aspavientos. Sólo Hilda había quedado silenciosa. El escultor se acercó:

—¿Está usted descontenta? ¿No se encuentra parecida? ¿No le agrada mi obra?

Con un movimiento tardo y voluptuoso, alzando los brazos desnudos, ella se quitó un largo collar de cuentas rojas de madera de sándalo. Y, sin dignarse responder a sus preguntas, lo dispuso en tres hileras desiguales alrededor del cuello de la estatua.

◆ ◆ ◆
En los días que siguieron, Hilda se mostró más amable y cariñosa que de costumbre. Adivinaba nuestros gustos, procurando no contradecirnos ni a Esteban ni a mí. A veces, yo decía de intento esas cosas razonables que antes lograban irritarla y presenciaba, asombrado, su actitud complaciente, su

acquiescencia gentil. Hablaba muy poco. De tanto en tanto sonreía. Era una sonrisa lenta, casi laboriosa, que se dibujaba sobre su rostro como una curva de lápiz sobre una hoja imaculada. Entonces, para ocultar mi ansiedad, yo variaba la conversación, me esforzaba en darle un giro amable y sutil e introducía nuevos temas como quien se aplica a prolongar, con astillas, las últimas llamas de un fuego que está a punto de extinguirse. Nuestra vida cobraba ese matiz rosado y ardiente que adquiere la estancia, pasada medianoche, cuando ya no queda otra luz que el escaso resplandor de los troncos en la chimenea, semiocultos bajo las cenizas. Una a una, se habían ido apagando todas las lámparas.

Cuando Esteban se marchaba al club, yo la acariciaba en forma tierna y patética. Las nuevas maneras de mi amiga, su dulzura, su afecto, se me antojaban esas mejorías ilusorias que experimentan algunos enfermos antes de morir. Sin querer, añoraba la Hilda de otros tiempos, lejána, desdeñosa, indiferente. Las palabras que escuché la tarde en que Leopolski terminó su busto, resonaban nuevamente en mis oídos: "Hay que procurarse 'a good time', eso es lo importante". Y después: "tenderse en una barca, los cabellos al viento y hacerse a la mar"... Una noche, al despedirnos, apoyé mis manos en sus hombros y mirándola friamente en los ojos murmuré:

—¿Por qué han cambiado tanto tus maneras? ¿Qué significan tantas bondades, tanta sumisión?

Ella guardó silencio un instante. Luego, muy despacio, respondió:

—Porque se acerca el fin.

◆ ◆ ◆

De tarde en tarde, cuando voy a vi-

sitarlo a Esteban, contemplo el busto de Hilda modelado por Leopolski. Alrededor del cuello, las cuentas rojas parecen prestar a la estatua una vida momentánea e imprecisa. Los sillones Sheraton, el boceto de Simón Levy, las estampas románticas, los grabados del Segundo Imperio, todo está igual en apariencia. Sin embargo, todo ha cambiado, amiga mía.

Stuart Merrill, este poeta amanerado y frío que usted leía en ocasiones, dice en uno de sus versos:

*He olvidado el color de tus ojos
Y el sonido de tu voz.
Luego de haberte suplicado tanto
He confiado tu recuerdo
Al cuidado de los Dioses...*

En ciudades distintas, bajo cielos ligeros, ¿ha encontrado usted el hombre capaz de retenerla? ¿O continúa usted siendo la viajera soñadora y errante, la "globe-trotteuse" impenitente que suele encontrarse en los palaces de Europa, en St. Moritz y en Davós, en Ostende, en Dieppe, en Deauville, en Biarritz, sobre cuya identidad se forjan mil suposiciones? La que en Cannes, rodeada de ingleses, cruza apuestas fabulosas jugando al baccarat, la que se marcha al Cairo cuando el invierno avanza y, a la vuelta, pasea su aburrimiento entre dos judíos de perfil sinuoso, los labios displicentes, los párpados marchitos, pintados de azul...

La visitante que llega cuando nadie la espera e irrumpe en nuestro corazón como en su propia casa. Y un buen día, desde la ventana, la vemos alejarse tal cual como vino, serena e implaceable, agitando los dedos de la mano en señal de adiós.



Acto 1°: Decoraciones de la Fiesta del Plenilunio

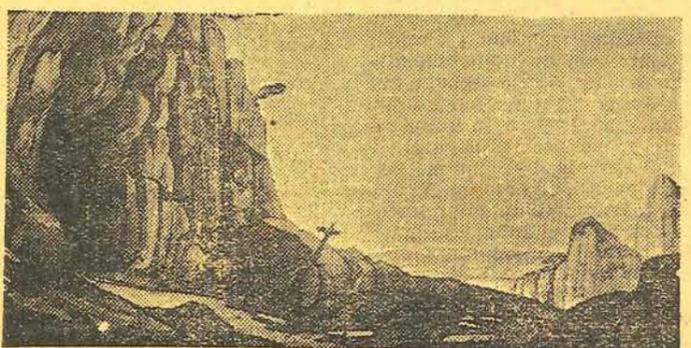


En la lista de estrenos que anuncia la empresa del Colón para la próxima temporada, figura una obra bien conocida de los vascos: la "Amaya", de Guridi. Parece, pues, que al cabo de los años, los méritos poco comunes de esta ópera, tan unánimemente reconocidos cuando fué estrenada en Bilbao, y poco después en Madrid, en 1920, van a poder ser apreciados por públicos más cosmopolitas. La colectividad vasca de la Argentina está especialmente de enhorabuena. No sólo porque se halla a punto de convertirse en hecho un anhelo que acariciaba desde hace largo tiempo, sino porque "Amaya", al ser honrada en el escenario del Colón, contribuirá a prestigiar el arte vasco ante el público bonaerense.

El nombre de Guridi no es desconocido en Buenos Aires. La justa fama de que goza en España ha llegado hace tiempo a estas tierras en alas de las más elogiosas críticas. Parte de su obra ha podido ser directamente apreciada. Cuando estuvo en esta ciudad, hace unos años, otro ilustre músico vasco, el Padre José Antonio de San Sebastián, dió a conocer en varios conciertos lo más selecto de la producción coral de Guridi. Y en el Teatro Avenida se mantuvo durante mucho tiempo su popular zarzuela "El Caserío". Últimamente el músico vasco estrenó "La Meiga", zarzuela de ambiente gallego que aun no ha sido dada a conocer en Buenos Aires.

La vida de Guridi es la de un músico de vocación bien decidida. Nacido en Vitoria en 1886, en el seno de una familia en la que el cultivo de la música era una tradición no interrumpida, apenas había cumplido cinco años ya se esforzaba en traducir sobre el piano algunas ideas melódicas que bullían en su imaginación. No le arredraba su casi total ignorancia de las más elementales reglas de solfeo. A los once años de edad y viviendo con su familia en Madrid, contaba ya con buen número de composiciones, naturalmente inéditas. Alguna de ellas fueron a caer en manos del señor García Soler, barítono que actuaba con gran éxito en la Corte. Soler, asombrado de la capacidad musical del niño, le puso en relación con el señor Arin, profesor de armonía del

Acto 3°, Cuadro 2°: La muerte de los padres de Teodosio de Goñi



Conservatorio Nacional. Arin tomó gran empeño en proporcionar a su discípulo las nociones técnicas de que carecía, hasta que Guridi, con su familia, hubo de fijar su residencia en Bilbao.

Por el año 1900, en un entresuelo de la calle del Arrenal de la capital vizcaína, se reunían a diario, de siete a nueve de la noche, todos los verdaderos "amateurs" de la villa. Aquello se llamaba "El Cuartito", y era una original tertulia artística. En aquel local no había dependencia ni servicios de ningún género. El primero que llegaba tomaba la llave, que la víspera había sido escondida debajo de la puerta, entraba y encendía la luz. Todo el mobiliario estaba constituido por un piano y varios bancos de madera tapizados. Los contertulios se entregaban libremente a sus aficiones musicales, ejecutaban algunas obras y, sobre todo, comentaban con apasionamiento las novedades del mundo musical. Por allí pasaron los más grandes artistas que en aquella época actuaron en Bilbao: Isaye, Pugno, Thibaud, Bauer, Colonne, Crickboom, Degreef, Herman. Una tarde de invierno, cuando se hallaban congregados en "El Cuartito" docena y media de habituales, apareció el musicólogo D. Lope Alaña, llevando de la mano a un niño envuelto en un abrigo y cubierta la cabeza por una gran gorra de visera. Dirigiéndose a los contertulios, Alaña presentó al muchacho: "Aquí tienen ustedes un nuevo compositor de gran talento". Con la natural curiosidad se invitó al niño a sentarse al piano, y entre el general asombro, aquél ejecutó, con seguridad y soltura insospechadas, cuatro o cinco composiciones propias, de gracia y flexibilidad poco comunes. "Y, ¿cómo titulas esas composiciones?", le preguntó uno de los presentes. "¡Cosas!", respondió Guridi sin inmutarse. En "El Cuartito" halló ambiente propicio a sus aficiones, y dos profesores desinteresados, el señor Sainz Basabe, de armonía, y el Sr. Alaña, de violín. Desde entonces se inició un período de gran actividad para el precoz artista.

Poco tiempo después fué presentado al público en un concierto en el Instituto Vizcaíno. El éxito obtenido por las composiciones de Guridi fué tan grande, que hubo que organizar un nuevo concierto en Bilbao y otro en San Sebastián. En los Juegos Florales de 1901 obtuvo el premio con una composición titulada "Chalupan" (En la barca). Tres años más permaneció en Bilbao componiendo aquellas sorprendentes "cosas" impropias de su edad.



Jesus de Guridi

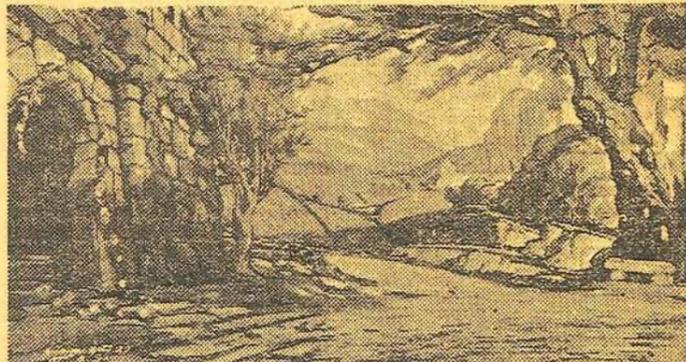
En 1904, Guridi salió para París. Allí se hospedó en el mismo edificio de la "Schola Cantorum", donde, bajo la dirección de Vincent D'Indy perfeccionó en dos años sus estudios de piano y cursó los de órgano, composición y

GURIDI Y SU OPERA "AMAYA" POR LUIS ECHAVARRI

contrapunto. Usandizaga, el luego famoso autor de "Mendi-Mendiyan", "Las golondrinas" y "La llama", fué allí su discípulo. De París, Guridi se trasladó a Bruselas. Con Jongen, profesor de órgano en Lieja, dió durante dos cursos lecciones particulares de órgano y composición. De entonces datan sus primeros trabajos para órgano y varias piezas breves para piano, cuartetos y algunas composiciones corales. Por indicación del gran vascofilo y musicólogo D. Resurrección María de Azkue, quien guió también sus primeros pasos en París, pasó Guridi a Colonia, con objeto de ejercitarse en la instrumentación con Otto Neitzel, pianista, compositor y eminente crítico musical. Allí transcurrieron los últimos meses de su estada en el extranjero.

Contaba veintidós años cuando regresó a Bilbao. Y sin titubear, con el entusiasmo propio de su gran vocación, se entregó de lleno a su obra. Una tras otra fueron apareciendo diversidad de composiciones, que eran siempre acogidas con elogio por el público y la crítica. Y cuando en 1909 y los años siguientes, los esfuerzos de la Sociedad Coral de Bilbao y de un núcleo de destacados músicos produjeron aquella floración del teatro lírico vasco concentrado en obras como "Maitena", "Lideta Ixidor", "Mendi-Mendiyan", "Ortzuri" y "Urlo", Guridi contribuyó brillantemente con su deliciosa y sentida "Mirentxu". Tan copiosa y excelente labor artística le valió importantes distinciones. La Sociedad Filarmónica de Bilbao le nombró socio honorario; fué profesor de órgano de la Academia Vizcaína de Música; organista de los Santos Juanes, y más tarde de la basílica de Santiago en la capital vizcaína; durante muchos años ha dirigido la Sociedad Coral de Bilbao; es director honorario de la de Vitoria y tiene el título de miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La producción musical de Guridi es abundante para su juventud. Aparte de sus obras corales, basadas en las bellas canciones del "folklore" vasco, tan rico y tan variado, cuenta con numerosas piezas para piano sólo y piano y canto; tres exquisitos coros para niños, titulados "Así cantan los chicos", "El príncipe triste" y "Día de campo"; una obra para canto y orquesta titulada "La saison des semailles": una



Acto 2°: El campo de la romería

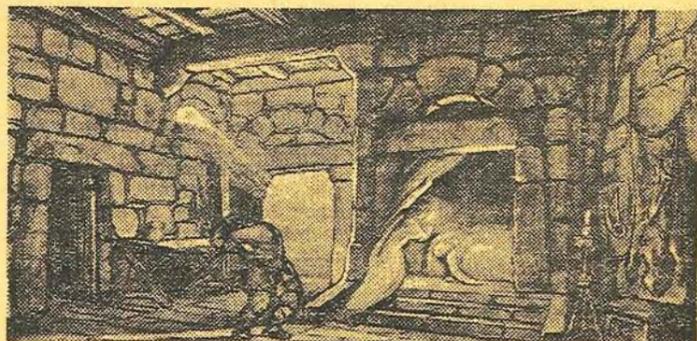
"Fantasia" para gran órgano; varias pequeñas composiciones, también para órgano, inspiradas en temas de Navidad; una "Elegía" y una "Romanza" para violín con acompañamiento de orquesta o piano; tres poemas sinfónicos titulados "Egloga", "Leyenda vasca" y "Una aventura de Don Quijote"; varios réquiem, Salves, Tantum Ergo y otras composiciones religiosas para voces mixtas y órgano; dos óperas vascas, "Mirentxu" y "Amaya", y otras dos zarzuelas españolas, "El caserío" y "La Meiga".

De todas las obras de Guridi es "Amaya", sin duda, la que más se destaca. En ella puso su autor el máximo empeño artístico. Fué estrenada en el Coliseo de Albia, de Bilbao, en 1920, con éxito sin precedentes. Más tarde fué dada a conocer en Madrid, en su adaptación castellana, con un éxito análogo. Muchas gestiones se realizaron entonces para llevarla a Londres, a París y a Berlín, mas surgieron dificultades económicas y de interpretación que lo impidieron.

El libreto de "Amaya" está inspirado en un episodio de la famosa novela "Amaya o los vascos en el siglo VIII", de Navarro Villoslada. Teodosio de Goñi, poderoso señor nava-

Teodosio sabe entonces con horror que a quienes ha dado muerte es a sus ancianos padres, que habían cambiado de aposento. Para expiar su crimen va a Roma y el Papa le ordena que haga penitencia en la montaña navarra de Aralar, hasta que se rompa por sí misma una gruesa cadena que debe llevar a la cintura. Así sucede al cabo de algunos años, durante una escena espectacular, tomada de la tradición, según la cual el dragón infernal que habitaba en la cueva del Aralar, es muerto por el Arcángel San Miguel. Teodosio queda libre de penitencia y puede reanudar su vida con Amaya.

Este argumento ha dado amplia ocasión a Guridi para desplegar todo su talento musical. Desde la grandiosa escena del Plenilunio pagano, en el primer acto, hasta la exuberante nota de color y alegría de la romería, que culmina en la apoteosis de la "Ezpatadanza", en el tercero, y la solemne emoción religiosa del epílogo, "Amaya" es admirable por su unidad de pensamiento y de realización. Los "motivos-guías", inspirados en bellos temas populares, mantiene



ro, parte para una expedición contra los paganos. En el camino se le aparece un monje, que no es otro que su antiguo rival Asier disfrazado. El monje le insinúa maliciosamente que su esposa Amaya, a la que dejó en la casa paterna, le es infiel en su ausencia. Teodosio retorna cegado por los celos, entra sigilosamente en la alcoba matrimonial y percibe dos personas en su lecho. Llevado de la ira, saca la daga y les da muerte. En aquel momento aparece Amaya en la puerta.

Epílogo: La cueva del Dragón en el Aralar

unidad y el equilibrio a través de toda la partitura. La maravillosa canción pagana de Amagoya halla el contraste emocionante del coro poderoso de sus fieles. Con los ritmos alegres de los versolaris se entrelazan las canciones guerreras. Es, también, de notar en toda la obra la justeza del color orquestal que traduce fielmente el significado poético y dramático del momento.



EL AHORRO

El ahorro es un eficaz educador. El hombre ahorrativo piensa, reflexiona y proyecta. Traza su plan. Tiene su programa. Acaba por conquistar su independencia.

EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo: comenzar. ¡Abra usted una cuenta de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento. Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

LAS BIOGRAFIAS PSICOLÓGICAS DE MAUROIS

COMO surge Byron, radiante y torturado, del último libro de Maurois (1), se dibuja Shelley idealista y can-

doroso en la primera de sus biografías, que se leyó con apasionamiento de novela. "Ariel ou la vie de Shelley" atrajo, sobre el autor de los primeros ensayos de limitado público, el primer éxito de la gran venta y el comentario animado. Inauguraba con ésta del poeta del ritmo y la nostalgia la serie de sus vidas noveladas, que trajeron al género un nuevo tono, porque equidistan de la chatura biográfica y de la exageración lírica, en su admirable penetración de estudio psicológico. La adolescente psicología de Shelley, que no madura con los años que no fueron muchos, ni con los desengaños, que fueron contados como sus amores y sus empresas, surge curiosa y modesta bajo sus versos musicales y sus panfletos ingenuamente exaltados. Este poeta contemporáneo de Byron fué, como lo muestra nitidamente Maurois, el polo opuesto de su amigo, en el arte y en la vida. Poeta de intimidad, mientras Byron era poeta de multitudes, la existencia del uno fué tan opulenta como la del otro recatada. No pidió al mundo mucho más allá de unas vagas aspiraciones de justicia, que no pasaron de palabras, y unos amores burgueses, opacamente conyugales. El vuelo de su talento no lo llevó a reclamarle una rica fantasía a la vida; ni buscó, salvo una sola excepción, otra mujer que la que tenía más cerca. En el balance que surge de la cariñosa silueta de Maurois, aparece la ternura como la mayor fuerza, la pálida fuerza de su carácter, y la tranquilidad contemplativa como la más deseada aspiración de su destino. Soñador y pudoroso, su existencia tuvo el escaso brillo de las de todos los que se encierran en sí mismos; y así, junto a sus versos suaves, que dan prestigio a su vida, se proyecta su figura un poco esfumada en sus romances humildes como novias de provincia y su intimidad, apartada como un cuarto de estudio.

Todo en Shelley está regido por la pálida fuerza de su ternura. En su niñez, se cobija del rudo contacto del colegio, en la hermana que lo admira y en la prima que le despierta la suave sensualidad de las líneas que empiezan a modelarse. Pero el encanto dura poco. La prima, que es muy sensata, se aleja de sus lirismos, y la hermana se cansa pronto de admirarlo. Para hacer algo que le dé nombre, publica un panfleto que titula "La necesidad del ateísmo", que lanza como un desafío a la obligación de creer en Dios que se impone en las regimentadas aulas de Oxford. Lo expulsan del colegio, se enemista con la familia, y se queda sin recursos. Huérfano de todo apoyo, conoce a una bella muchacha, Harriet, hija de un pequeño comerciante que, pese a sus diez y seis años, sabe ya hacerse raptar. Se casa, según él entiende, más que por amor, por caballerosidad; en realidad por juventud y por candor. Comienza su vida matrimonial con más cariño que entusiasmo y emprende su única tentativa de acción: una prédica de justicia para tranquilizar la anarquizada Irlanda, donde es recibido con igual animosidad por los que ataca y por los que defiende. Después, su ilimitada admiración por Godwin, a quien tiene por el más valiente filósofo hasta que lo reconoce como el hombre más atado a todos los prejuicios sociales. Al mismo tiempo, el matrimonio que se va arrastrando, mientras Harriet se va arrastrando de oírlo leer en voz alta, y Shelley de verla tan superficialmente vanidosa. Las diferencias; la separación, como

cualquier matrimonio corriente; todo llevado con una resignación tranquila en la que no explotan, vehementes, ni el aguijón de los celos, ni la banarrota de una desilusión; y el refugio del poeta en el destaralado hogar de Godwin y en la solicitud de sus hijas, que todas lo querían un poco. Al poco tiempo, su amor y su fuga con Mary Godwin, de finas facciones y alma sencilla, con la que se casa a la muerte de su primera esposa y con la que vivió, antes y después del casamiento, en una mansa fidelidad conyugal. Viaja mucho, y casi siempre con poco dinero, por gran parte de Europa, que atraviesa de paso, y por Italia, donde reside en distintas ciudades. Mientras tanto, escribe sus poemas, se emociona con sus ruinas y sueña largamente ante la vista majestuosa del mar. Tiene hijos; se enamora efímeramente de una muchacha que encuentra semisecuestrada en un convento, y le canta como a una Virgen, hasta que la virgen se vende en casamiento a un gran señor, rico y sexagenario. Y, de pronto, muy joven todavía, en un viaje en "yatch", que era su único esparcimiento, una tormenta concluye, a los treinta años, la vida del poeta de los versos suavemente sonoros, y las aguas del Tirreno reciben su cuerpo inerte, como en los atardeceres nostálgicos recibieron sus pensamientos y sus sueños. Y así pasan, sin ruido y casi sin fama, modesta y un poco opacamente, los treinta años de Shelley, en los que sólo brilla, a trechos, un poco velada, como luces lejanas, la cuidada perfección de sus poemas.

Como se encontraron en un momento sus vidas, convergen en los dos libros de Maurois, las figuras amigas y opuestas de Byron y Shelley. Una coincidencia los reúne: Clara, la hermana de Mary Godwin, fué pasajera la amante de Byron. Los dos poetas, tan distintos en su carácter, en sus ideas y hasta en su sensibilidad, trabaron una amistad cordial y, por momentos, afectuosa. Maurois se complace en colocar frente a frente a los dos hombres forjados en tan diferente pasta y en analizarlos con minuciosidad y con sagaz penetración. Shelley, que admiraba literariamente a Byron, se encontró pronto sorprendido ante la mundana superficialidad de su existencia; Byron, que hallaba a Shelley seriamente culto y estimaba la elocuencia de su palabra y la firmeza de sus teorías, acabó por aburrirse del hombre recto y tranquilo. Vivieron unidos por esta doble vinculación. Pero estuvieron más unidos todavía; los dos tuvieron un sitio en el corazón y en el recuerdo de Clara. La amante de Byron, después de su fugaz romance, se dió a querer a su cuñado Shelley, que experimentaba hacia ella también una afectación marcada. No se sabe si pasó a más; ante el rumor, Shelley y Mary lo desmintieron enérgicamente, en cartas que han quedado. Pero de todas maneras, ello no impidió que la muchacha cultivara siempre un cariño discreto. Pasaron los años. Murieron los dos poetas.

II

Y cuando Clara, ya vieja, fué visitada por un joven estudiante en busca de documentos, confesó que, en su vida, sólo había querido a Shelley. ¿Será que quedan más grabados en la mujer los hombres sensibles que los hombres brillantes?

*

Después de Shelley. Disraeli. Después del poeta tierno seduce al biógrafo el político espectante. Pocas figuras en la historia de Gran Bretaña tan

tud a disipar la resistencia instintiva de los hombres, estaba ya en la edad en que, si se sueña, se sueña pudorosamente por dentro. Pero Disraeli no dejó de soñar nunca, ni de considerar su vida pública como el triunfo cincelado de un orfebre. Las obligaciones del poder no disecaron, como en tantos otros, las fibras sensibles, en la rutina de gobernar. Las tres hermanas que le recordaban sus años de halagos juveniles, siguieron siendo, en la ancianidad poblada de recuerdos, las confidentes del hombre que tenía en sus manos los destinos del Imperio Británico, y que ponía en sus cartas, discretamente sentimentales, tanto tacto y más amor que en sus discursos en el Parlamento. De todos los problemas que agitaban la vida del Estado, ninguno le parecía tan decorativo como halagar la vanidad de su soberana con el título de Emperatriz de las Indias. De todos los honores públicos, de todos los homenajes de los políticos o de los electores, ninguno le llegaba tan honrado como las rosas blancas que, de cuando en cuando, enviaba la Reina agrada-

decida a su ministro, comprensivo y galante. Sin duda el momento más feliz de su vida, fué su vuelta del Congreso de Berlín, después que su habilidosa elocuencia había ganado Chire, y Londres lo recibía alfombrada de flores, como a la vuelta del Duque de Hierro, después de Waterloo. Y así culminó, con una apoteosis, como la entrada de un vencedor, que tanto había soñado desde niño, la carrera de este personaje misterioso y seductor, que dirigió a los hombres con el sortilegio de su palabra y convirtió la política en un escape rutilante y mundano.

Y no sólo la figura de Disraeli está admirablemente proyectada en sus rasgos, coloridos como sus indumentarias y finos como la prosa pulida de sus novelas. También toda la vida inglesa del siglo XIX, en sus órganos más visibles, el Parlamento y los salones, aparece evocada con prominencia de amplio cuadro. Los hombres que rigieron alternativamente los destinos del más dilatado imperio, van surgiendo de sus páginas y reviviendo en sus fisionomías, marcadas y características. Al sentarse Disraeli en su banca se ven, a su alrededor, los que fueron sus amigos y, con mayor frecuencia, sus enemigos políticos. Van apareciendo así, la silueta, un poco en miniatura, de Lord John Russell, pequeño e insolente, como empujándose para parecer más alto; de Sir Robert Peel, corpulento y autoritario; de Lord Stanley, elegantemente displicente; de O'Connell, el planifletista irascible y temido; y sobre todo de Gladstone, macizo de cuerpo y de espíritu, que no se sentaba a escribir un discurso sino después de haber rezado su infaltable plegaria. Y como síntesis de todas las psicologías individuales, la psicología colectiva de este Parlamento, que silbó el primer discurso de Disraeli porque sus frases habían sido demasiado trabajadas, con la cara inexpresiva de austeridad y el espíritu envejecido de tradiciones, de un elector sensato. Y junto al Par-

lamento, los salones aristocráticos, de donde salieron, llevados de la pálida mano de una "lady", tantos diputados y tantos ministros. La sociedad londinense del siglo XIX, vista por fuera en su ostentosa corrección y, por dentro, en la plástica figura de lady Blessington, que casó a su amante con su hijastra, con la promesa, cumplida, de que nunca la haría su mujer. Y en medio de toda esta sociedad, empacada y condescendiente, tolerante siempre que se mantuviera rígida la moralidad de las formas, la figura de Disraeli, con sus sueños fastuosos de príncipe oriental, sorprendiendo como una flor exótica, de colores demasiado vivos, entre el gris espléndido de Londres.

*

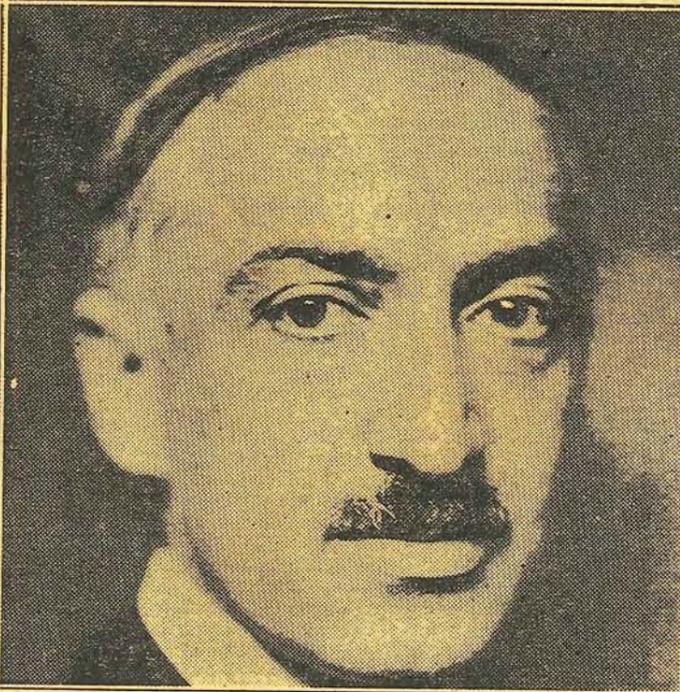
Entre las tres biografías que ha trazado Maurois, aun siendo las tres admirables de penetración psicológica, hay una marcada escala de valores, que establece, sin forzar, jerarquías. La primera, la de Shelley, es una cariñosa semblanza del poeta nostálgico y musical, visto con precisión y reflejado con solicitud comprensiva, por momentos con amenidad pintoresca y por momentos con sencilla emoción, pero sin la grandeza del cuadro y la majestad de la prosa que va a alcanzar después en Disraeli. Los dos tomos recientes de Byron, presentan, con el más nítido relieve, todos los caracteres, que se van dibujando con la precisión de cuerpos, pero, tal vez excesivamente detallistas en la minuciosidad y en la extensión de sus setecientas páginas. La línea altibaja de sus tres biografías novelescas, culmina en "La vida de Disraeli", el segundo de los libros de Maurois, donde alcanza su más acabada expresión, su arte sobrio y armonioso. Tiene un equilibrio impecable. En el amplio panorama o en la escena íntima, en el retrato individual o en la ondulación de la marea parlamentaria, tiene la grandeza de una vasta tela, majestuosa en su expresión de conjunto y perfecta en el cincelado de sus detalles. Maurois aparece así como un gran novelista que, en lugar de crear caracteres, o copiar los que se mueven a su alrededor, revive los hombres que existían en los tiempos yaidos. No ha estado tan feliz cuando se ha dado a crearlos y "Climats", su más reciente novela, atestigua que no los crea con tanta fortuna como los evoca. Pero si no crea almas, es un psicólogo extraordinario para hurgar en las que han pasado, entrarse en todos sus pliegos y traerlas al mundo, a través de los años, en una nueva vida, que no se gasta, ni pasa. Saca los personajes de sus sepulcros, y, al tocarlos, surgen, vivientes, como en una resurrección.

(1) Ver "Las biografías psicológicas de Maurois, I", en la revista de LA NACION del 20 de abril.

Calmando el dolor estomacal

Siendo infinito el número de los que sufren del estómago, uno de los más serios problemas científicos era obtener un remedio que calmase al instante los dolores de la digestión irregular. Y esto finalmente se ha conseguido con el bicarbonato cálico, que es un producto concentrado y muy agradable, bastando sólo media cucharadita disuelta en un poco de agua para neutralizar la acidez, calmar el dolor, ardor, etc., y disfrutar de una digestión perfecta.

Las propiedades del bicarbonato cálico han sido ampliamente descritas en el valioso folleto editado por los señores Laich & Rey, calle Belgrano núm. 2544, Buenos Aires, quienes lo enviarán gratis a cualquiera de nuestros lectores que lo solicite.



ANDRE MAUROIS

tentadoras para trazar su semblanza, como la de este judío, fino y romántico, que soñaba desde niño con ser Primer Ministro. Disraeli es, en la grave y disciplinada vida pública inglesa, un ejemplar único, un hecho de excepción, casi inexplicable en su mecanismo perfecto y monótono: es la política, no como ciencia, ni como función, ni como apostolado, sino como un arte mundano y una aventura rumbosa. En este terreno, el muchacho de ilimitadas ambiciones y el hombre de agudo talento, ponen, sucesivamente en juego, sus multiformes armas: sus novelas extravagantes y sus discursos pretenciosos; sus chalecos detonantes y su tajado perfil de viejo óleo; sus corbatones inflados y su elegante conversación; su voluntad y su elocuencia; sus ensueños y su seducción, extraña y misteriosa. Su carrera hacia el poder, lenta y difícil, sembrada de desengaños y de derrotas, va siendo la trabajosa ascensión a una cumbre, sin dejar en los escollos del camino más que una velada amargura de no haber triunfado más joven. A Disraeli no le interesan los actos, ni las posiciones; le interesa solamente su aspecto suntuoso y su exterior romanesco. No le halaga tanto ser primer ministro, como serlo de una reina adolescente, y aparecer, ante Gran Bretaña y ante el mundo, como su paladín, firme y leal. No pudo serlo, porque cuando se coronó la reina pequeña y gloriosa, Disraeli aun no había conseguido su banca de diputado; pero lo fué después, cuando ya los años habían blanqueado la cabeza de su soberana y traído una impenetrable inmovilidad a su semblante. El "dandy" de los más lujosos salones, a quien las mujeres solían ayudar en su juven-

OCTAVIO
RAMÍREZ



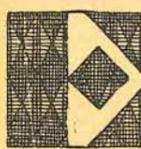
SCOTTI

A VIVIR COMO DIOS MANDA

P O R

GUILLERMO CORREA

ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI



El matrimonio moderno escapa al parangón con el antiguo —se dice—. Ni las propias relaciones de familia son semejantes—se agrega. Hoy, como quien compra trigo, se concierta una alianza, con absoluta sencillez y simplicidad. Si acaso vinieren hijos, cada uno se irá por donde mejor se le antoje, ahorrando el muestrario de escenas dramáticas, anticuadas y, por consiguiente, desabridas, quedando reservada la ternura solamente para los románticos, cuyo número tiende a disminuir en términos asombrosos.

En los tiempos idos, el casamiento era un contrato y un sacramento, sellado a perpetuidad por voluntad de las partes y por sanción social de rubro civil y religioso. Hoy lo rige, ante todo, el noble principio de la conveniencia. El amor es lo de menos: va siendo cada vez más y más redundante. Pronto, dentro del maravilloso cuadro de los adelantos, ha de ser un contrato resolutorio a plazo, concertándolo a la manera que ya se ha celebrado en alguna parte del mundo civilizado, por seis meses, por un año o por dos, reservándose, naturalmente, los contrayentes, el derecho de continuarlo, si así lo aconsejase la conveniencia, o disolviéndolo, en caso contrario, por mutuo acuerdo.

Tal es el deseo de los modernistas, seres rebeldes de las viejas costumbres de una sociedad que no tuvo la gloria de conocer y usar los resortes magníficos descubiertos por el progreso humano, para la dicha de la vida actual.

Me encantaría la victoria definitiva de los modernistas en tal sentido, si creyese encontrar en el fondo de mi personalidad, ya muy gastada, aquella capacidad requerida por el cambio frecuente de mujer y de espectáculo. Con todo, no quisiera se me atribuyese bandera partidaria del modernismo, ni de la antigüalla. La afiliación corresponde de modo exclusivo a la juventud y también a los que tienen juventud, aunque más no sea que por dentro. Lo principal consiste

en la posesión del capital: el resto lo hacen las circunstancias.

Sería delicioso poderse casar por un mes, por una semana, por un día, manteniendo el sacratísimo derecho de prorrogar el contrato, mediante el buen acuerdo de las partes, aplaudan o no los vecinos. En cuanto a los hijos, pasada la precariedad de la infancia, protegida por numerosas instituciones filantrópicas, hallarían su camino, como ocurre con todos los seres de la naturaleza. No hay que temblar por el crujido de la rama, si el pájaro sabe el poder de sus alas, según reza el aforismo.

Antes, la Iglesia y el Estado marchaban de consuno en esta grave cuestión, cimentaria de la organización social. Hoy día cada una de estas grandes y poderosas instituciones tira por su lado. Para mucha gente el matrimonio religioso ha desaparecido: basta con el civil. La definición del Dr. Vélez Sársfield resulta atrasada.

En los días presentes, ni el Gobierno ni la Curia se preocupan de vigilar el severo cumplimiento del contrato de matrimonio. El vértigo viene dominando todas las actividades. ¡Es un edén muy lindo y muy complicado!

No corría la misma suerte en épocas pasadas: el hombre y la mujer debían marcar el paso, ante el ojo vigilante de la Iglesia y el Estado, ateniéndose a la documentación oficial del siguiente hecho:

El 23 de mayo de 1804, es decir, hace ciento veintiséis años, estalló una gran bomba en la pequeña ciudad de Catamarca, ocasionando revuelo de autoridades, comentarios y chismes en la sociedad. La Curia y el Ayuntamiento chocaron con violencia inusitada debido a la conducta de un hombre casado.

El señor cura y vicario foráneo, presbítero don Pedro Ignacio de Arce, varón de muchas agallas, después de haber agotado en conversaciones de índole confidencial el tesoro de su elocuencia en pro-

ra de decidir al Ilustre Cabildo a cuidar, como era debido, el comportamiento social y religioso del vecindario, vióse en la necesidad de cortar por lo sano, endilgando al señor alcalde de Segundo Voto, don Juan Antonio Villegas Theran, un oficio cuyo original se encuentra conservado en el Archivo General de la Nación, el cual dice, entre otras cosas, esto:

“Siendo a cargo de las Justicias Eclesiásticas y Secula-

Coplas del valle y la montaña

Cantares de mozas y arrieros

“Corre que te corre el choncho, corre que te va a alcanzar”. Y corristes hasta el rancho y... ya no corristes más.

Prienda que tiene dueño es codiciada; tuitos ponen empeño pa conquistarla.

Se me ha fruncido la vieja por una informalidá; y la china se me queja por una razón igual.

Mucho ruido, pocas nueces, mucho trueno, poca lluvia; por lo mismo espero a veces que güelva al rancho mi rubia.

Las campanas de la aldea por qué no tocan a gloria pa que sepa tuito el pueblo ¡que vos me querís agora!

Naides jura porque sí, tuitos juran la verdá; y si no pueden cumplir por otra causa será.

Julio Sánchez Gardel

res el reparo de los pecados públicos, escándalos y demás excesos de esa naturaleza, pongo en consideración de Vuestra Merced que don Ignacio Alvarez, vecino de la ciudad de Córdoba, casado allí, ha desamparado las obligaciones del matrimonio y la familia, manteniéndose en esta ciudad ha más de cinco años, sin otro giro, ocupación, ni asunto que el de formar y dirigir papeles litigiosos, causando gravísimo perjuicio al vecindario, como siempre lo hizo en todas partes cuantas estuvo y de cuyas resultas fué desterrado de esta ciudad, de Tucumán y de La Rioja.

“Vuestra Merced se dignará pasar una hojeda sobre el Registro a su cargo y hallará estampadas las causas y excesos que motivaron el destierro de Alvarez, con la expresa disposición de no ser admitido en ningún tiempo en esta ciudad y su jurisdicción.

“No podemos igualmente desentendernos de las Reales Cédulas expedidas, a fin de que no se tolere a los casados “vivir fuera de su obligación y vecindario”, subrayado por mi cuenta”, publicándose bandos al respecto con la orden de hacer cumplir los deberes matrimoniales, precepto que debe cuidarse con la más puntual diligencia, máxime en el caso de Ignacio Alvarez, por ser éste un vago, sin ocupación alguna útil a la república.

“Por tanto y en cumplimiento de la obligación de esta Vicaría Foránea, exhorto y re-

quiero a Vuestra Merced de parte de Vuestra Madre Iglesia y de la mía, para que a la mayor brevedad se mande salir al expresado Alvarez de esta ciudad y su jurisdicción”.

El asunto, pues, era terrible, fulminante. Esposas y maridos, frailes y seglares, pusiéronse al filo. Las mujeres, especialmente, mostrábanse muy entusiastas de la altiva actitud del señor vicario. No está averiguado si iban a pura ganancia o hubo en ello simple gazofería.

El alcalde Villegas Theran, recibido el oficio mencionado, se entregó al procedimiento de los paños tibios, temeroso, por cierto, de que el tal Ignacio Alvarez, artista macanudo en materia de argados y tremolinas jurídicas, le hiciese una de marca mayor. Mas como el Padre Arce no era sujeto de aguantar muchas pulgas, con fecha 5 de junio y refrendado por el notario eclesiástico, don Victorino Ferreyra, quien era además escribano público de Cabildo, dictó decreto, ordenando se entregue en mano propia a don Juan Antonio Villegas Theran, un tanto igual del oficio que se le dirigió el 23 de mayo, debiendo hacerse constar el hecho de hallarse sin cabal cumplimiento, en lo concerniente a la expulsión de Ignacio Alvarez.

En el mismo día fué diligenciado el decreto de la vicaría, anotándose que “el expresado Alvarez se halla existente en la ciudad en el día de la fecha”.

Regresado de la notificación del notario, algo le dijo al Pa-

(Continúa en la pág. 14)

ECONOMICAMENTE TIENEN CON **SUNSET** RESULTADOS SEGUROS

BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

que es el derecho de asistir a la casa de Dios para ponerse, por medio de la plegaria, en contacto con el cielo. Ese corazón como todos los corazones tiene necesidad de la plegaria. Esto es tan humano que morirá sin duda con el hombre. Pero es en las épocas de mayor turbación, en los días que suceden a los conflictos sangrientos, que la frente turbada del hombre se vuelve hacia Dios. Los movimientos religiosos han sucedido en todas las épocas a las divisiones guerreras. Hay una razón muy sencilla para ello. La discordia nos pone en contacto con el alma. El mal nos infunde el terror instintivo de su poder y la ansiedad de comprender el juego de la vida y el secreto del mundo. La fe que nos devela estos misterios nos devuelve, a la vez, la simplicidad de las almas puras y el candor de los corazones generosos. La fe nos hace más cordial la existencia y más sencilla la esperanza. Es por esto, sin duda, que el hombre se volverá siempre hacia los altares, en cuyas imágenes, cada creyente reconocerá el alma milagrosa de su Dios.

Creemos, además, que esta persecución suscitará la resistencia de la mujer rusa que tiene, como todas las mujeres, la ansiedad secreta del cielo. A semejanza de la mujer que asistió antiguamente, sobre los valles floridos, a los episodios del drama divino, su alma espera reintegrarse por la esperanza de la resurrección al al-

Poema del sueño olvidado

Ni estoy siquiera cierto
de que viví tu pálido milagro.
Te van buscando a tientas los recuerdos
y te les vas tal vez de entre las manos.
¡Y cuántos días como tú son vanos!

No volveré a tus ámbitos inciertos
ya en ti ninguna noche desemboca.
Eres un poco más de muerte mía,
tan mía por ser solamente mío
tu cierto engaño y el actual desvío.

Y eras también mi vida,
gota de día en medio de la sombra.
No compartí con nadie mi aventura.
Ahora que ya eres ido
tampoco nadie aliviará mi olvido.

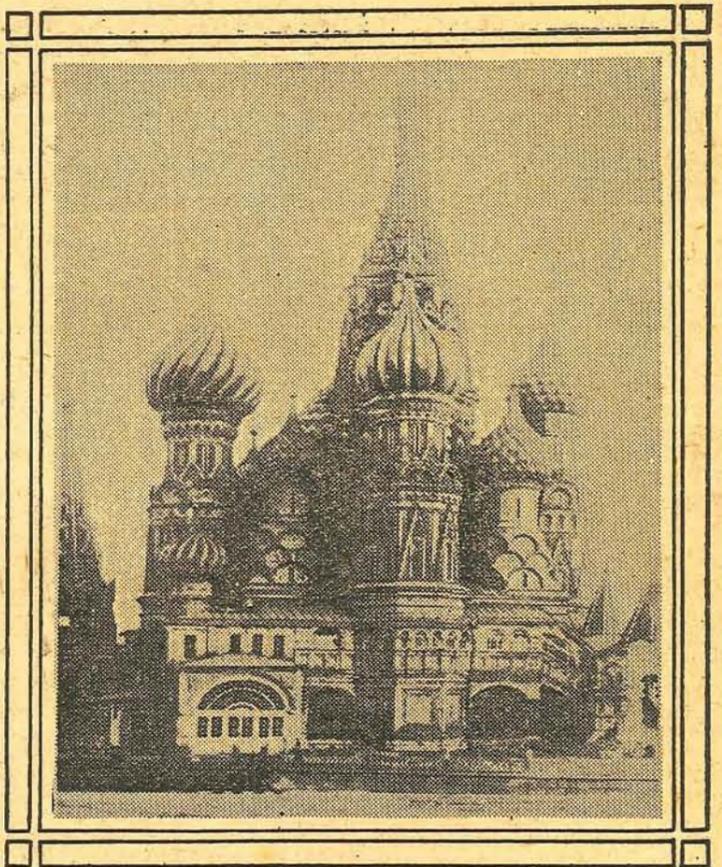
Nunca tuvieron fecha los ensueños
su hoy es un ayer desvaneciéndose
¿Y si esta realidad fuera un recuerdo?
¿Seré yo sólo el que la estoy soñando?
¿Pasarán como tú su dónde y cuándo?

¡Oh descarriado sueño!
enmarañada noche te detiene,
voces te alargo, pero no regresas.
Te seguirán después para mi daño
todos mis días — cándido rebaño—.

Eduardo González Lanuza

ma de los seres que amó en el mundo. Su corazón prolonga en el paraíso prometido la dicha efímera de la tierra. Su fe ha fundado la perpetuidad de los afectos sobre la inmortalidad de las almas. Esta adhesión fué sin duda la que otorgó al cristianismo el gobierno de las conciencias, pues por la mujer elevó el niño sus primeras plegarias, por la mujer el artesano y el labriego reconocieron en los símbolos magníficos las verdades eternas y aprendieron a amar, prosternados

ARMANDO
TAGLE



Uno de los santuarios que la intolerancia bolchevique ha cerrado para el culto: la iglesia del Bienaventurado Basilio, de Moscú, verdadera joya del arte bizantino ruso

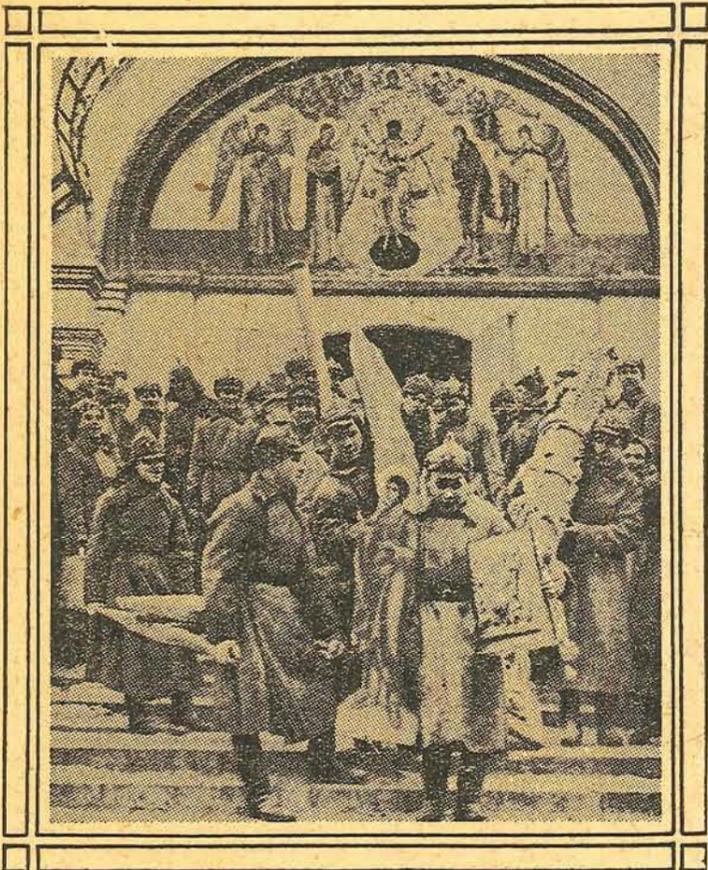
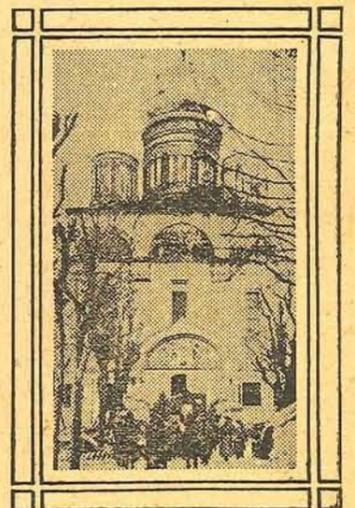
bajo los primeros santuarios, la belleza de la liturgia cristiana.

Cuenta la leyenda que la conversión de los rusos se operó por la intervención de uno de sus príncipes. Pero la historia, que es menos hermosa, aunque más verídica que la leyenda, nos ha descrito, sobre el árido escenario de las estepas, el heroísmo paciente de los monjes. Los bárbaros habían pasado sobre las aldeas de Rusia como una llamarada. En esos días, según el testimonio prestigioso de los monjes, el pueblo ruso vivía disperso en su vasto territorio, al azar de su destino. Pero a la invasión de los bárbaros sucedió la peregrinación de los sacerdotes que partieron un día, desde Constantinopla, para llevar a los últimos confines del mundo la palabra venerable de los apóstoles. Se fundó la ciudad santa de Rusia. El pueblo acogió sin resistencia la cruzada silenciosa de estos hombres cuya ferviente palabra propagó, a través de los bosques, la verdad revelada. Se fundaron monasterios en la ciudad y el desierto, se erigieron con la prontitud diligente de la fe, santuarios humildes. Poco a poco, el sacerdocio congregó a su alrededor a millares de seres que vivían consagrados a las tareas de su predio. Esta actividad apostólica que no declinó en los siglos sucesivos, bajo conflictos sangrientos, transmitió al mujik la santa humildad de la fe, tocó con un tacto exquisito el corazón de la mujer, del hombre, del niño. De este modo el Evangelio cumplió, una vez más, su noble y útil tarea. El sacerdocio moralizó con la palabra y el ejemplo. Hombres de rostro grave, de ardiente mirada, recorrieron todo el país, escalaron las montañas, avanzaron sobre la llanura, para dar a cada uno de los seres que poblaban el desierto la suprema dignidad de la plegaria.

Esta obra magnífica que se cumplió con una tenacidad ejemplar es la que suscita el furor de los dirigentes comunistas. Los mismos hombres que conspiraron ayer contra el despotismo de los príncipes renuevan, a su vez, un despotismo no menos violento y más triste.

Este despotismo conspira contra la vida interior de las almas que guardan aún de la piedad heroica de los predicadores la bondad de las conciencias simples y puras. Dichosos de aquellos que creen porque la fe que los anima es la luz más segura en el mundo de las sombras. Pero no es necesario llevar el instinto religioso a su extremo fervor para condenar esta tentativa siniestra. No es necesario tampoco participar de la unción de los creyentes para comprender y alabar la fe de los demás. Los pueblos religiosos son, sin duda, los que han llevado a efecto las más prestigiosas cruzadas del pensamiento y de la acción. El pueblo ruso no ha perdido la fe porque guarda como un tesoro la simplicidad de las conciencias que agregan a su culto de la tierra el amor activo del cielo. Este pueblo ha sufrido demasiado. Su historia no es sino una serie de peripecias dramáticas. Se diría que todos los días lo amenaza una nueva desgracia, pero se diría, también, que todos los días renueva su vieja esperanza. Esto es propio de las almas que guardan insospechables reservas de energías. ¿Qué dictador en la historia de los hombres ha triunfado sobre los fieles unidos y la voz de las plegarias? ¿Qué voluntad ha sofocado la esperanza y extinguido la fe? Todas las persecuciones han suscitado redentores a quienes transfiguraba el sufrimiento de la multitud y el heroísmo de los mártires. Si, sin duda; mientras se arrasan los altares, mientras se encienden las hogueras esperemos a los redentores, a los mártires.

Una fotografía de la iglesia del convento Simonof, obtenida durante el saqueo del magnífico templo moscovita

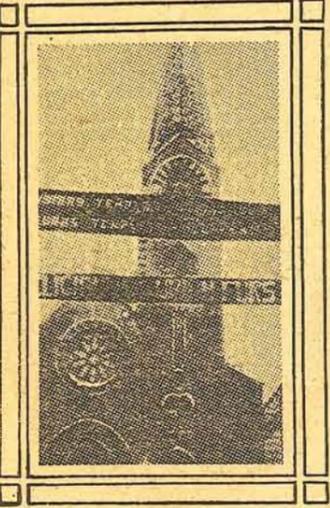


Se ha cerrado en Rusia la casa de Dios. Esta es, sin duda, la más penosa noticia que nos han transmitido en las últimas semanas los periódicos. Pero este acto impío e inicuo no debe sorprendernos, pues la persecución religiosa era el primer artículo en el catecismo comunista.

En nombre del pensamiento liberal se han demolido monasterios vetustos, se ha profanado el metal venerable de las reliquias. La misma mano grosera que ha ultrajado la magnificencia de los santuarios ha sofocado, también, el tañido celeste de las campanas. Esos templos silenciosos y augustos que guardaban en sus paños raidos y en sus piedras milenarias un vestigio del pasado, han sido arrasados con la perversidad de los verdugos ingenuos. Esta persecución no se ha limitado a la destrucción material de los altares. Las figuras de los primeros mártires han aparecido ya sobre el fondo de este escenario siniestro. Hombres de vida ejemplar y de santa palabra se han agregado, también, al éxodo de la multitud fugitiva. Esto nos anticipa acontecimientos decisivos y próximos, pues la aparición de los mártires ha señalado, casi siempre, la caída de los verdugos y las redenciones colectivas.

Si; se ha cerrado en Rusia la casa de Dios. Millares y millares de conciencias no podrán disfrutar, en adelante, del goce inefable de la contemplación.

"La religión es el opio del pueblo", dicen los letrados colocados por los bolcheviques frente a la iglesia luterana de Moscú



La soldadesca bolchevique desvalijando la iglesia del convento Simonof, de Moscú, antes de consumar el salvaje atentado que significó la destrucción del edificio

Su culto deberá confinarse en la intimidad secreta de los hogares. No creamos, sin embargo, que el gobierno soviético ha abolido por ello este culto. Si no se sofocan las ideas, se sofocan menos aun los sentimientos. El pueblo ruso a quien se ha infligido con esta medida un agravio inexcusable, no proscibirá a Dios de su alma. Es sin duda un pueblo religioso. Sus episodios nacionales y sus arrebatos heroicos nos muestran los aspectos menos aparentes de este corazón, ganado, a la vez, por el sentimiento de las promesas divinas y por el furor de las injusticias humanas. Es un pueblo rebelde. Los dictadores que se perpetúan demasiado en el poder lo fastidian. Todos los días erige un ídolo desconocido porque todos los días destierra al ídolo de ayer. Esta alma triste, este corazón indulgente no ha perdido, por lo demás, su fe en la misericordia divina.

No es posible, pues, imaginar a este pueblo rendido a la voluntad de sus dictadores. Se han cerrado las iglesias, pero no se han demolido los oratorios. Se ha sofocado el sonido de las campanas, pero no se ha sofocado la plegaria interior de las almas. Estos acentos no se sofocan. Las manos diligentes de los fieles multiplicarán, desde ahora, los santuarios con la prontitud milagrosa de la multiplicación de los panes. El amor lo hace todo porque todo lo puede. La fe es un acto de amor. La fe congregará a la caída de la tarde a los hombres de buena voluntad y a las mujeres apacibles de la vasta campiña, en un rincón silencioso, bajo las frías pupilas de los santos. Se han demolido obras de arte. Se erigirán, en adelante, obras familiares. Las unas eran monumentos, pero las otras serán, sin duda, reliquias. De este modo el rumor de las plegarias proferidas en la ciudad y el desierto no turbará el reposo exterior de los dirigentes comunistas.

Esta medida es, además, peligrosa para la existencia del régimen soviético. Conmueve sentimientos profundos que no se hieren jamás sin consecuencias. Lesiona el derecho más invulnerable de las almas,

ESPAÑOLES Y VENECIANOS EN EL SIGLO XVII

Ciertos errores históricos tardan increíble tiempo en desvanecerse. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que sigamos hablando de la conjura tramada por los españoles en 1618, contra la seguridad de la República veneciana? Se dice, además—lo hemos dicho todos—que en tan turbia maquinación intervino D. Francisco de Quevedo. Así consta en modernas historias literarias: "Quevedo tomó parte en la conspiración española contra la República de Venecia, y disfrazado de mendigo, se libró de los espadachines que tenían orden de matarle". (Fitzmaurice Kelly). "Quevedo, actuando de espía contra Venecia, se libró en una espantosa noche de mortandad, etc." (Pfandl). "En Venecia fué descubierta una conjuración de los españoles contra la República... Quevedo estaba señalado como uno de los principales promotores". (Montoliú). Muchos otros libros recogen la misma idea, en una u otra forma, y el que esto escribe incurrió no ha mucho en el mismo yerro en unas páginas consagradas al duque de Osuna, con la agravante de que censuró a Fernández Guerra por sostener lo contrario. Porque ¿cómo iba a ser posible que desde el anovelado Saint-Réal, en el siglo XVII, hasta el riguroso Ranke y el veneciano Musatti ("Storia di Venezia", 1915) todos no hubiesen hecho sino patrocinar una escueta invención? Hasta recordamos a nuestro Martínez de la Rosa que en el prólogo a su drama "La conjuración de Venecia", en 1810, alude a "aquella otra de 1618, atribuida al marqués de Bedmar, embajador de España". En esas condiciones y frente a hechos al parecer tan elementales, creíamos que lo razonable era explicar el error de quienes no los admitían.

El principal personaje de aquél, en su época, ruidosísimo acontecimiento, fué don Alonso de la Cueva y Benavides, que Felipe III nombró marqués de Bedmar en el año 1614, cuando D. Alonso contaba 53. En 1607 comenzó a desempeñar la embajada de Venecia, con arte tan supremo, que los mismos venecianos, maestros en ese arte, quedaron maravillados. A su hora llegaron a temer que Bedmar disolviese la República a puras sagacidades, utilizando meramente los desniveles políticos de aquel medio. Años más tarde describe a Bedmar un embajador veneciano, cuando don Alonso vivía en Roma como Cardenal, dignidad a la que fué promovido por el Papa Gregorio XV, en 1622. Aun entonces, en 1643, se recuerda su embajada en Venecia, "en la que no sirvió muy bien a su señor, porque siendo de gallardo espíritu, siempre inclinado a grandes cosas, tuvo pensamiento de abrasar el Arsenal de la República y poco faltó para que lo consiguiera... Había sembrado en aquel venerando senado tales gérmenes de desconfianza, que parecía como si aquella asamblea no tuviera más preocupación que la de evitar que este señor penetrara en sus resoluciones. No puede negarse que es una gran cabeza ("un gran cervellone"), repleto de ciencia y de una memoria prodigiosa".

Fascinaba por su elocuencia. Mas Bedmar se hallaba tan desprovisto de simulación, que llanamente descubría a sus amigos los más graves secretos. A espíritu tan abierto se le achacaron arbitrariamente los designios más sombríos, designios que los venecianos, familiarizados con sus archivos, son hoy los primeros en rechazar (1).

El 19 de mayo de 1618, dos hermanos franceses, Carlos y Juan De Bouleaux, aparecieron colgados por los pies en la Plaza de San Marcos. Muchas otras personas fueron ajusticiadas, ahogadas o anegadas en los canales. Dijose, además, que varios centenares de habitantes se habían ausentado por miedo a verse incluidos en tanto estrago. La causa de tal persecución, según la Señoría, había sido una conjura, "cuyo objeto se decía ser la destrucción de la casa de la moneda, mediante un petardo, saquearla, y pegar luego fuego al Arsenal". Con lo cual Ve-

POR AMERICO CASTRO

(Para LA NACION)
MADRID, abril de 1930.

España, en aquellos años, poseía en Italia tres sujetos de rango excepcional. Quizá nunca más habría de darse semejante coincidencia dentro de un dominio hispánico: el duque de Osuna, en Nápoles, dinamismo extraordinario y visión genial;

Pues bien; tan magníficos personajes tenían que haberse las con una corte insignificante. El duque de Lerma era un débil mental; junto a él se agrupaban para regir los asuntos de Italia gentes apocadas de ánimo o desprovistas de toda luz de inteligencia. Como fondo de tanta miseria, contemplemos al desdichado Felipe III, sin alma, entregado a toda superstición y apasionado de los juegos de azar, en los que aventuró su patrimonio y, a veces, el del tesoro público.

El 23 de junio de 1618, el secretario Antonio de Aróztegui informa al Consejo de Italia

la gestión veneciana, hábilmente silenciados por el embajador, que negociaba con perfecta audacia a base del temor y la irresolución del favorito. Este veía ya al marqués de Bedmar colgado de un pie en la Plaza de San Marcos, graves complicaciones, tal vez una guerra. Sin esperar a más, sin conocer lo sucedido por informes directos del embajador español o del gobernador de Milán, fué relevado D. Alonso de la Cueva, con orden de salir sin tardanza para la embajada de Flandes. Venecia ganó la partida, sin cartas de valor: audacia de poker.

La "conjuración de Venecia" quedaba así reconocida por el Gobierno español. Más tarde Felipe III hubo de recriminar al embajador Gritti por su proceder inaudito: ya era tarde para retroceder, y en el ambiente quedó flotando para siglos que Bedmar había intentado volar el Arsenal de Venecia y acabar con la República. Al conocer el duque de Osuna la destitución de Bedmar, dirigió al Rey una carta espléndida, alta de tono y muy expresiva de ese contraste antes señalado entre los ministros de España y el Gobierno central. Así dice Osuna el 28 de julio de 1618:

"Suplico a V. M. conozca que esta gente quiere desacreditar a D. Alonso de la Cueva por fiel vasallo de V. M. y hombre de bien; pues ¿qué duda hay que si no lo fuera se hallaran satisfechos de su persona, y el no estarlo es la mayor aprobación suya? Pretenden desarmar a V. M. de fuerzas y de buenos ministros, cuando ellos se van armando de todo. Digo esto aprobando la elección de D. Luis Bravo (el substituto de Bedmar) que le tengo por tal que juzgaré se les ha hecho tiro en nombrarle V. M. Pero quisiera que D. Alonso de la Cueva saliera honrado y premiado, como merecen sus servicios, y como conviene al de V. M., pues a lo que va, más parece castigo que galardón, y así lo tienen ellos publicado muchos días ha, y la diligencia que para ello hacían en esa corte. Compadézcase V. M. de la reputación de los que le sirven bien y hallará muchos que lo hagan; y de otra manera, pocos serán los que querrán comprar sus trabajos sirviendo a V. M. y aventurar su vida y su honra para hallarse después sin ella; y quien más utilidad saca de esto es V. M."

De esa suerte invalidaba la potestad regia la valiosa gestión de sus ministros, y se preparaba el régimen desastroso de la selección al revés. Osuna seguirá poco después la suerte del marqués de Bedmar, quien, por cierto, a los ochenta años (un poco tarde) fué llamado por Felipe IV a formar parte del Consejo de Estado.

Entretanto, la leyenda de la conjuración iba haciéndose más densa. Desaparecidos de la vida o del poder quienes pudieron oponerse a tal fantasía, e incluso el interés en deshacerla, sólo sobrevivieron las palabras y la imagen impresionante de aquella "posible" catástrofe, tema de charla para la nube de desocupados que formaban la base de nuestra do-



venecia habría sido prácticamente aniquilada.

La Señoría juzgó conveniente atribuir tales proyectos (meras habladurías) a las embajadas de España y Francia. En realidad, no habían huido tantas personas como se decía, ni la culpa de Bedmar se extendió a más que a haber dado a los hermanos De Bouleaux una carta recomendatoria para el Virrey de Nápoles, muy afanado entonces en la recluta de soldados veteranos. Cualquier pretexto, sin embargo, parecía conveniente a la inquieta República, cansada de la continua presión ejercida sobre sus asuntos interiores por D. Alonso de la Cueva, muy ducho en utilizar sus divisiones internas.

Venecia. La plaza de San Marcos en el siglo XVI

Bedmar, en Venecia, inteligencia y táctica ultrasutil; don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, gobernador de Milán, político sagaz y enérgico, unido íntimamente a la acción de los dos anteriores. Este es uno de los rasgos más sorprendentes en la Italia dominada o influida por España: los tres representantes del poder castellano, no obstante su alta significación individual, procedían en perfecto acuerdo, se sostuvieron en sus delicadas tareas y no malgastaron su energía en destruirse recíprocamente. ¿Quién lo diría en estos tiempos!

de que Gritti, el embajador veneciano, ha hecho presente al Rey y a su favorito, el duque de Lerma, que la República exige "que se saque de allí al Marqués de Bedmar, "sin declarar la causa" mas de que se excusará con esto gran inconveniente; diciendo que la ocasión es tal, que, por el respeto que aquella República tiene a V. M. no se declara, y que V. M. envíe allí otro, el que fuere servido. Y aunque el Cardenal-duque insistió en querer saber la causa, no le pudo sacar más, porque dijo no tenía orden para pasar de esto". Una conversación con el príncipe Filiberto de Saboya (nada imparcial en este asunto) hace conocer a Lerma los "motivos" de



minación en Italia. Reflejo de esa tradición oral es el relato del muy divertido aventurero Diego Duque de Estrada, en la "Vida" que trazó de sí mismo, mezcla sugestiva de verdad e invención. Estrada escribía sus memorias hacia mediados del siglo; su muerte acaeció en Tarento en 1649, siendo prior de un hospital de San Juan de Dios, a cuya religión se había acogido después de una vida de desorden.

Para que el lector tome el pulso a su capacidad imaginativa, sólo mencionaré la forma en que relata su fuga de la cárcel de Toledo, anticipándose en siglos al invento del paracaídas. Nuestro héroe se halla en el tejado: "¡Vaya conmigo la Virgen, mi abogada! Cerrar los ojos, saltar, pareciéndome abajaba profundo, y hallarme en tierra todo fué uno. Yo tenía la capa de paño puesta, siendo mi intención, si escapaba sin rumor, irme como paseando. Llegábala con fiador, y la misma turbación me hizo asirme de la capa; la cual haciendo pompa como una campana, me bajó derecho, y dando por buena fortuna en un muldarcillo los pies, no me hice mal en ellos, no habiendo caído violentamente, porque el vuelo me entretuvo".

No nos extrañemos, pues, de la forma en que Estrada va a relatar lo acaecido en Venecia durante la conjura. Por lo visto, él no conocía el asunto sino a través de las conversaciones

en torno al virrey de Nápoles, en donde se hablaría de la intervención de Osuna en el negocio de Venecia. Así se explica que Estrada no mencione al marqués de Bedmar, lo que sería inconcebible de haberse hallado Estrada, según preten-

como muchas otras en que abunda este amenísimo relato, hoy fuera de la circulación literaria:

"Tenía inteligencias el Duque, a fuerza de dinero, con algunos senadores de Venecia, mal contentos del gobierno y

de Venecia en una galeaza, llamada Bucentoro, en la cual van los forzados, a diez por remo, vestidos de damasco... cubierta de brocado finísimo, guardado de oro, y toda, por dentro y fuera, hecha ascua de oro, de adonde toma el nombre

soldados venecianos, que quitan o hacen dejar las armas a cuantos entran. Pero es de advertir que ninguno de nosotros iba a la española y que llevábamos debajo del capote cuatro o seis pistoletas, cuchillos y otras armas". El proyecto era echar a pique "el Bucentoro y el senado cuando estuviesen en la función del desposorio del mar". Mas he aquí que un traidor francés, llamado Enrique, "por interés de doscientos mil ducados que pidió puestos en Constantinopla (!)", descubre el complot y no se logra el designio de acabar con Venecia.

Contra tanta fantasmagoría habrán de prevalecer en adelante las nobles y sencillas palabras de D. Alonso de la Cueva a la Señoría de Venecia: "Yo, in quello che se ragiona publicamente, non ho parte alcuna". Bedmar era peligroso para Venecia, mas por motivos muy otros, como enérgicamente acentuaba Osuna. Pasados los siglos, nuestro menor deber es no admitir fábulas como la

de la Conjunción de Venecia. Para quienes hemos acogido tal fantasía, aunque sea en forma incidental, la única disculpa posible consistía en referir los hechos tal como acontecieron, diciendo que no aconteció nada.

(1) Ver sobre todo el estudio de Luzio, "La Congiura spagnola contro Venezia nel 1618, secondo i documenti dell'Archivio Gonzaga". Venecia, 1918.



La legendaria Conspiración de Venecia. Pretendida sorpresa de la embajada española por las autoridades venecianas, según una estampa romántica

ambiciosos de mayor estado... Tratóse este importante negocio con gran secreto para el día de la Ascensión. Este es el día en que sale todo el senado

de Bucentoro... El orden que llevábamos para tomar Venecia fué en esta forma. Aquel día está patente a todos el Tarazanal, torre de San Marcos... Yo fui nombrado por cabo de cuatrocientos hombres, los cuales habíamos de entrar de doce en doce, menos o más, en el Tarazanal, adonde están todas las galeras y galeazas desarmadas, las municiones y artillería, a cuya puerta hay doce

de la Conjunción de Venecia. Para quienes hemos acogido tal fantasía, aunque sea en forma incidental, la única disculpa posible consistía en referir los hechos tal como acontecieron, diciendo que no aconteció nada.

A VIVIR COMO DIOS MANDA

(Continuación de la pág. 11)

dre Arce, relacionado con el semblante y cierta sonrisa de fisga del señor alcalde, elevándose de golpe la temperatura, cosa fácil, por otra parte, dado el carácter rasquilla del señor vicario. El chisme de los últimos quince días floreció y semilló copiosamente, contribuyendo de su lado el fermento Alvarez, a fomentar el desacuerdo de la autoridad religiosa con la civil, terreno en el cual era un lince, nada respetuoso de las pragmáticas de la Iglesia y refinado en el arte de los "papeles litigiosos".

Instantes hubo en que se admitía, como cosa hecha, la determinación del vicario, de arreglar el asunto de Alvarez a trompada limpia, y la de sacarlo hacia las afueras de la ciudad, ni más ni menos que a un lisiado. A pesar de la creencia generalizada en tal sentido, la incidencia no entró por ese rumbo, debido tal vez a su falta de elegancia; ni el señor alcalde hizo nada por complacer la entonces justa exhortación de la curia, la que se limitó a seguir tronando contra los enredistas, los malos padres de familia y los maridos criminosos, nómina en la que figuraba honrosamente el ergotista cordobés.

Entre el vicario y el alcalde Villegas Theran el resentimiento personal había rayado punto muy alto, quedando interrumpidas las relaciones oficia-

les e incluso las privadas. En el concepto del vicario, el señor Villegas Theran no pasaba de ser un pobre hombre, pusilánime, incapaz de cumplir los deberes de su cargo con honrra y serenidad. En el de los maridos descarriados, por el contrario, se le justificaba, con gusto y admiración, apareciendo más imponente y barbudo que Moisés, el del Pentateuco. Las mujeres que se creían honestas estaban de parte del cura; las otras hubieran prendido fuego a la sacristía, encabezadas por la compañera de Alvarez, mujer hacendosa, soltera y madre de varios hijos rubios y morenos.

Es el caso que el Padre Arce, miembro destacado de familia distinguida, sacerdote de fama de virtuoso, rico, ilustrado y bravo, irritado por aquellas ocurrencias, apeló a recurso de mayor eficacia de los empleados hasta ese momento, dirigiendo el siguiente oficio, copiando a la letra:

"Exelentísimo Señor Mariscal de Gobierno, D. Rafael de Sobremonte, Virrey de estas provincias.

"Exmo. Señor: "El expediente que a ésta acompaña impondrá a V. Exa. el ningún aprecio que hace la Justicia ordinaria en cuanto al cumplimiento de tan momentánea circunstancia, como es la de expeler de este pueblo a D. Ignacio Alvarez, sujeto tan perjudicial que fué en todos los lugares que habitó, siendo constante de público y notorio que nunca tuvo otra ocupación que la de enredar asuntos y en ellos a las Justicias y sus vecinda-

rios: no se debe esperar paz y quietud en este pueblo inter en él se mantenga este móvil de las discordias: tiene su mujer y su familia en la ciudad de Córdoba y con total abandono de sus obligaciones es tolerado en esta ciudad por sus Justicias, sin embargo de los gemidos lamentosos de sus habitantes. Yo, como Vicario y Juez Eclesiástico en ella, no puedo desentenderme de la obligación a vista de tan notorios males.

"El mismo Alcalde de Segundo Voto, a quien se dirigió mi representación (por estar ausente el de Primer Voto, que anduvo en cobranza de tributos), lo tiene de su Director, motivo poderoso que ha de sostener ese pesado yugo a pesar de este misero pueblo; a no ser que el fuerte y justificado brazo de V. Exa. libre las más serias providencias, a fin de remediar tan lamentables daños, que así lo pido con el más sumiso rendimiento.

"Dios guarde a V. Exa. en su mayor grandeza los muchos años que deseo.

"Catamarca, junio 5 de 1804. —(Firmado): Maestro Pedro Ignacio Arce".

Cualquiera dirá que ahí quedó terminada la contienda promovida contra el enredista, mal marido y mal padre de familia; mas no fué así, porque en esta ciudad de Buenos Aires fué conocido y tratado en Consejo, entendiéndose como cosa muy principal que los maridos están obligados a vivir con su mujer, así como el padre con sus hijos, calificándose de atentatorio el incumplimiento de tan altos y sagrados deberes.

En su mérito, recayó al pie

del oficio dirigido por el Padre Arce esta conmovida resolución:

"Buenos Aires, 2 de julio de 1804.

"En atención a lo representado en este oficio por el Cura Vicario de la ciudad de Catamarca con referencia a las actuaciones que acompaña, pasese orden al Alcalde Primer Voto de aquella ciudad para que siendo cierto que don Ignacio Alvarez es casado y avecinado en la ciudad de Córdoba, se traslade inmediatamente a vivir en unión y compañía de su mujer y familia, bajo apercibimiento de que, de no ejecutarlo así, se le hará conducir a este destino con la correspondiente custodia; y dese de esta providencia a los Señores Gobernadores Intendentes de ambas provincias, para que cuiden, respectivamente, de su cumplimiento".

(Hay dos rúbricas).—(Firmado): Gallego".

Esta resolución del virrey Sobremonte fué comunicada a los gobernadores-intendentes, llegando la de Catamarca en la primera quincena de agosto, es decir, cuando los naranjales, cubiertos de azahar, inundaban de fragancia la atmósfera oxigenada y seca del valle.

La cosa era enteramente clara; se había pronunciado la sentencia de expulsión de don Ignacio Alvarez, dándole toda la razón al Padre Arce, quien al informarse del texto exhaló este suspiro de honda satisfacción: "A vivir como Dios manda".

El desterrado tuvo que volver hacia sus lares, emprendiendo

regreso forzado en un rocín de mala muerte, y bajo la custodia del milico más desgarrado de la fuerza pública local.

Las mujeres honestas alzaron la cabeza con arrogancia; las otras la bajaron con despecho. Los malos maridos tosían de fastidio; los otros, los buenos... No sé lo que iba a decir.

El refocilamiento del señor vicario no pudo ocultarse y menos aun la mirada de soslayo, desdeñosa, provocativa, en la que envolvió a don Juan Antonio Villegas Theran, al encontrarse el domingo en los portales de la Matriz, con ocasión de la misa mayor, que nadie fué osado de faltar en aquellos días gordos de la vida colonial.

Desde entonces, en Catamarca, todos los maridos cumplen con el deber de vivir al lado de su esposa y en medio de sus hijos, mientras hay quien no descubre otros detalles.

Probable es que ocurra otro tanto en la docta ciudad de Córdoba, lugar donde nació el infortunado Alvarez, según reza la aludida documentación del Archivo General.

Pero yo no consigo impedir esta exclamación brotada de muy adentro:

¡Pobre virrey Sobremonte si le tocara dictar ahora un decreto parecido!

Esto de "vivir como Dios manda" es fácil de decir y medio complicado en los conflictos de la existencia.

"In illo tempore" la Iglesia y el Estado marchaban de acuerdo. En los días presentes ni los matrimonios, estando a lo que se cuenta.

CON LAS ESTRELLAS DE LA RUSIA ROJA

La actriz Olga Tzezarzkaya

salarios por trabajos iguales con los del hombre, el profundo respeto y consideración por todos los esfuerzos de la mujer y situaciones especiales de su sexo, fueron de las primeras medidas tomadas por la revolución triunfante. Al principio, la antigua esclava no pudo levantarse y sacudir de golpe la carga de una secular tradición de prejuicios y necesidad de la ayuda del Gobierno para liberarse. Se crearon entonces las llamadas reuniones de delegadas de obreras y campesinas, eligiéndose una por cada diez mujeres del pueblo o distrito, al efecto de formar un cuerpo de delegadas con el cargo de cuidar la educación y prepararse para un trabajo social eficaz y activo. El trabajo de estas delegaciones se realizaba bajo el consejo directo del Partido Comunista. El número de delegadas en 1929 llegó a 830.000, entre las que había tres cuartas partes de campesinas. Y la obra de todo este movimiento gigantesco de emancipación moral y educación intelectual puede calcularlo si le digo que las analfabetas de hace diez años son ahora conferenciantes, que en los Soviets de Rusia existen 300.000 miembros que son mujeres y 7000 que son presidentes; campesinas de antes que ahora dirigen importantes instituciones culturales y económicas, obreras de antes que se han convertido en profesoras y en técnicas capaces de dirigir fábricas; las antiguas esclavas tienen ahora, fundadas, dirigidas y escritas por ellas mismas, revistas de exclusivo carácter femenino, que, como "Krestianka" y "Rabotnitsa", alcanzan tiradas de medio millón de ejemplares. Y ningún país del mundo supera en perfección las leyes soviéticas de protección a las madres y a los niños. Como ningún país del mundo supera las libertades acordadas a la mujer rusa, ahora dueña y señora absoluta de su vida, dueña de su ser, de sus sentimientos, de sus ideas, dueña para siempre de su personalidad.

En la mesa de Sonia Petrovna humeaban los vasos de té y por la gran ventana se veían los copos de nieve caer sobre la noche de Moscú. Moscú silencioso y quieto y apenas iluminado; Moscú, que uno puede recorrer a cualquier hora de la noche con absoluta seguridad, y donde entonces el grito de los "isvoschis", guiando sus trineos en el silencio de las calles, recuerda, no sé por qué, el grito de los gondoleros venecianos al cruzar o dar vuelta los pequeños canales.

Maria Paulovna Gonta, acurrucada entre los almohadones del sofá, rodeaba con sus manos, pálidas y alargadas, un vaso de té. Y con el comunista español Antonio Jesús Ibáñez, residente en Moscú, bebíamos discretos vinos del Cáucaso y Crimea. Vinos blancos y tintos bastante parecidos a los nuestros.

—Dueña de su ser, de sus sentimientos, de sus ideas; dueña para siempre de su personalidad—acababa de decir Sonia Petrovna refiriéndose a la mujer de la nueva Rusia.

—Vosotras terminaréis por perder vuestro encanto femenino—dijo Ibáñez, interrumpiendo el discurso de Sonia Petrovna—. Os habéis creado una moral que no toleraríamos los latinos y menos un español o un sudamericano. Sois demasiado libres. En España las mujeres hacen lo que dicen los hombres, sin haber perdido por ello su personalidad y menos aun el respeto y la admiración.

—Bien, compañero Ibáñez—contestó Sonia Petrovna, que jamás perdía su tono elegante y sereno—; eso sucede en el país de las mujeres domesticadas...

—Vosotras sois demasiado libres, repito—insistía Ibáñez—; vosotras podéis engañar a vuestros maridos si os da la gana, sin que nadie tenga el derecho de decirnos una palabra, ni el mismo engañado, porque ello sería desconocer vuestra absoluta libertad. En España la mujer es fiel por ley de moral y costumbre. El marido puede andar años por el mundo, como en mi caso, y la mujer no engaña, es siempre fiel... ¡La muy idiota!

Maria Paulovna Gonta se había incorporado y miraba uno por uno a los presentes con expresión de asombro. —No puedo comprender—decía—la lógica del compañero Ibáñez. Critica nuestra moral, lo que él

llama nuestra moral, exalta la moral de sus mujeres y al mismo tiempo las llama idiotas por seguir esa moral superior a la nuestra...

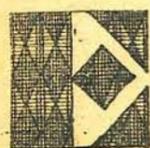
El comunista Ibáñez, bajo, de rostro afilado y severo, con su gorra de vasco que no se quitaba nunca, reía a carcajadas del asombro de Gonta. Le gustaba hacer charlar a sus amigas, y para ello decía lo primero que se le ocurría. Juraba por Dios y la Virgen de la manera más pintoresca y categórica que yo haya oído jamás. Se había jugado la vida muchas veces por sus ideas revolucionarias. Contaba cosas extraordinarias de su vida pasada. —Mi padre era mendigo—me dijo una vez—y mi madre gitana. Mi padre se hacía el ciego, pero era tuerto solamente. Hemos recorrido a pie todos los caminos de España. Mi padre iba tocando la guitarra y yo, que era un chavalillo, ade-



LAS ACTRICES DE PREOBRAYENSKAYA

POR

ARTURO S. MOM



N Rusia no hay domingos, en lo que tal día supone de descanso general. Cada trabajador tiene derecho a un día libre por

semana, lo que no interrumpe la labor colectiva. Las fábricas funcionan de día y de noche. Hace dos años que no se detienen las máquinas de Rusia. Y dicen todos que seguirán así hasta que las repúblicas rojas no necesiten de los demás países del mundo para vivir. El país soviético se ha propuesto, en cinco años de esfuerzo titánico, igualar a los Estados Unidos como potencia industrial. Y en la realización de ese proyecto, que se llama "plan de los cinco años", se han volcado todas las fuerzas de la Rusia Nueva.

Pero aquel día tenía el aspecto de feriado, y es que había coincidido el descanso de varios amigos.

Sofia Igelstrom, a quien en confianza llamábamos Sonia Petrovna, tenía la palabra en cuatro idiomas.

Sonia Petrovna, de una seductora madurez, tenía el tipo de las admirables mujeres rusas, llena de sabiduría, de inteligencia y de gracia. Sabía muchas cosas del presente y del pasado. Conocía el mundo por haberlo vivido y haberlo recorrido. Había identificado por fin sus ideales con los de la revolución y ponía ahora todos sus entusiasmos en la tarea de hacer una vida nueva para su Rusia y para la humanidad... Ese día hablaba de las mujeres rusas.

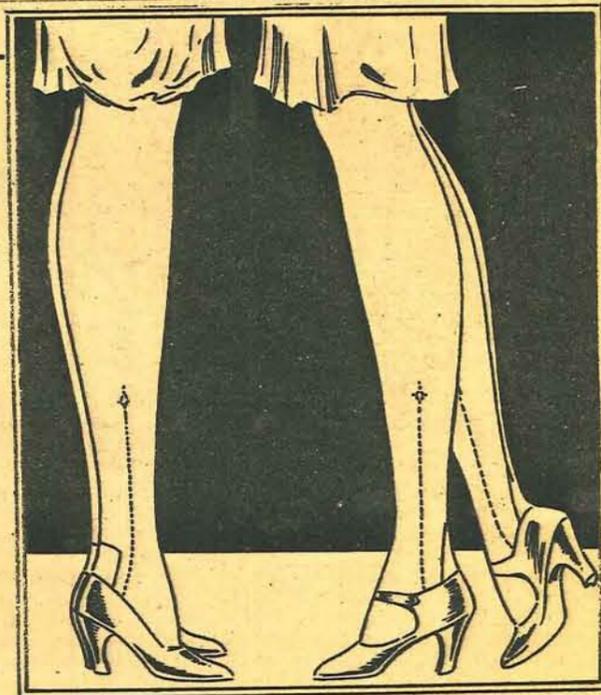
EL PAIS DE LAS MUJERES DOMESTICADAS

La obrera y la campesina rusas fueron durante el régimen del zarismo bestias de carga ignorantes y sumisas. Tras de la ruda tarea diaria en el campo y en la fábrica todavía debían atender a los cuidados

de la casa y aguantar la brutalidad o el mal humor de padres o maridos. Eran un montón de obscuro dolor. La revolución despertó una conciencia en la mujer, le dió una personalidad, hizo de la antigua bestia una mujer, la igualó en todos sus derechos al hombre, nutrió su inteligencia, iluminó su espíritu y embelleció su vida con la posesión del ideal y la noción de su valor. La antigua esclava se llenó de gloria en los días terribles de la lucha y su heroísmo llegó muchas veces a la sublimidad, decía Sonia Petrovna.

Todo respiraba buen gusto y cordialidad en la habitación de Sonia Petrovna. Tapices, muchos almohadones y grandes estanterías repletas de libros era lo más visible en el cuarto, y luego, sobre la mesa de trabajo, pequeños y curiosos recuerdos de viajes por toda la Rusia y el mundo. Cierta vez regalé a Sonia Petrovna una corbata de seda azul que yo llevaba puesta y que ella simplemente había ponderado. Un poco triste porque no podía retribuir mi regalo como ella hubiera querido, me dió un cenicero hecho con un pedazo de colmillo de mamouth encontrado en Siberia. Aquel trozo de marfil antediluviano, curado por millones de años, valía mucho más que quinientas corbatas como la que yo le había regalado. Con todo, Sonia Petrovna estaba triste porque hubiera querido retribuir mejor. Y como aquel curioso trabajo en marfil prehistórico había muchas cosas en el tocador de Sonia, que uno debía cuidarse de no mirar mucho para que no se las regalaran. Como sucedía también con Maria Paulovna Gonta, que estaba siempre empeñada en regalar sus pequeños tesoros, tejidos tártaros, piedras raras del Cáucaso, armas de Ucrania, su patria.

Seguía Sonia Petrovna, que es escritora: Si la revolución rusa no hubiera hecho muchas cosas formidables, hubiera bastado solamente su obra de redención de la mujer para justificarla. Fué una cuestión de Estado introducir a la mujer en la lucha por la vida nueva. La protección del trabajo femenino, la igualdad de



TRATANDOSE DE MEDIAS, LA MODA VA DE BUENOS AIRES AL EXTRANJERO...

POR eso, antes de salir para Europa las damas Argentinas se proveen de medias aquí... y las Medias París son las predilectas.

Las Medias París siguen instantáneamente las vacilaciones del gusto.

Las Medias París están en la vanguardia de la moda.

VENTA AL DETALLE:

En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS



MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273 al por mayor: STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330



Un mitin de niños de Moscú en memoria de Lenin

lante cantando y bailando. ¿Quieres creer que en diez y siete años que viví junto a mi padre jamás le vi lavarse la cara?

El chavalillo aquel, que luego fué minero, marinero, cocinero y carpintero, tiene ahora cuarenta años, colabora en revistas de Francia y España, habla varios idiomas, escribe hermosas historias, traduce del ruso al francés y al castellano y conoce a fondo toda la literatura socialista. Conoce también las cárceles de España y espera volver a ellas para escribir muchas cosas de su vida y leer tranquilo algunos libros que todavía no ha tenido tiempo de leer.

LO QUE PODRIA LLAMARSE AMOR LIBRE

Entre las muchas cosas de Rusia que despertaban mi curiosidad, aparte de todo cuanto pudiera relacionarse con el cinematógrafo, se contaban las referentes a la habitación, es decir a la manera de vivir de la gente una vez abolida la propiedad privada, y las concernientes a lo que podemos llamar relaciones matrimoniales. Eso del amor libre tiene muchos bemoles y se presta a interpretaciones muy diversas, de acuerdo siempre con el temperamento y la moral de cada uno. Eso del amor libre me parece una cosa sin sentido y estúpida. Y por eso me da bastante pena cuando oigo a algunas personas, a veces serias, preguntarme, con expresión de glotona curiosidad: "Che, ¿cómo es el amor libre? Contá..."

Entonces vamos a dejarle la palabra a Sonia Petrovna, que fué quien me explicó este asunto tan interesante de las relaciones matrimoniales en las repúblicas soviéticas.

No hay ninguna diferencia entre la unión legal y la unión de hecho, porque éste es un asunto privado en el que la ley no debe meterse. La ley soviética no establece ninguna diferencia entre los hijos de los matrimonios legales, es decir registrados, y los no registrados. La ley estipula solamente que la mantención de los hijos corresponde por partes iguales a ambos cónyuges, o bien, cuando la situación material del padre y la madre es distinta, ambos contribuyen de una manera proporcional. Negarse a alimentar a un hijo o abandonarlo es un crimen que la ley soviética pena con una severidad ejemplar. También es un crimen la poligamia. Cuando un hombre y una mujer resuelven unirse, pueden regis-

trar en la oficina correspondiente su unión, y si no quieren tomarse la molestia de registrarla es lo mismo, porque nadie se lo va a preguntar. Lo mismo están casados. De esta forma el casamiento deja de ser una imposición al hombre y a la mujer, basado sobre la hipocresía, y se convierte en una unión libre entre dos seres que se aman y se estiman, de modo que con la desaparición de tales sentimientos el casamiento pierde su esencia; y si la ley impusiera su mantenimiento lo convertiría en una carga para toda la familia y los hijos serían los más perjudicados, siendo testigos inocentes de agravios y querrelas entre sus padres. Basta, pues, la sola voluntad de unirse para estar casados en Rusia, como basta la sola voluntad de separarse para que el divorcio se realice de inmediato. Todavía para el divorcio es más fácil la cosa, porque si no se trata de un matrimonio registrado basta que uno de los cónyuges resuelva no continuar viviendo en común. Y si es un matrimonio registrado, es suficiente con el solo aviso de uno de los dos a la oficina correspondiente para que la unión quede legalmente deshecha, teniendo en cuenta siempre, si hay hijos, la obligación de mantenerlos.

Tiempo requerido para conseguir el divorcio: el que le hagan esperar a uno en la oficina para anotar la declaración. Gastos: los de tranvía. Un amigo de Ibáñez andaba un día, a las diez de la mañana, buscando desesperado a su mujer para decirle, por pura cortesía, que a las nueve se había divorciado de ella y que a las once se iba a casar con otra.

Con una ley como ésta, debe suponerse que todos los matrimonios de Rusia son felices, y si no lo son, nadie más que ellos tienen la culpa.

Además, no hay solteronas, porque se necesitaría ser muy desgraciada para no haberse conseguido aunque fuera un matrimonio de una semana en toda la vida... Todas las muchachas que yo conocí en Rusia eran o habían sido casadas. Creo que en general empiezan a casarse desde muy jóvenes. Hasta que dan con el verdadero amor.

Las mujeres respetan mucho a los hombres y se respetan mucho a sí mismas y ambos respetan profundamente sus propios sentimientos. Existe una gran consideración mutua, y la libertad de las uniones afianza y sostiene el cariño. "Yo no amaba a mi marido—me decía una artista amiga—y me separé de él con gran tristeza, porque él me quería y

era un hombre admirable por muchos conceptos. Pero yo no podía convivir con un hombre a quien no amaba, y no podía hacerlo por consideración a él y por respeto a mí misma".

—Y yo no creo que se oigan muy a menudo cosas como esta en los países de las mujeres domesticadas—decía Sonia Petrovna.

LA HABITACION

La revolución comunista abolió la propiedad privada, de manera que ha pasado al dominio de la comunidad, es decir del Estado. En las ciudades el reparto de la habitación corresponde al societ local, quien la concede de acuerdo a lo que se dispone y a un precio que varía según el salario del beneficiado. La habitación ha dejado de ser un problema en Rusia, desde el momento en que lo que podríamos llamar alquiler está en razón de las entradas del inquilino. De manera que sucede lo siguiente: dos personas pueden disfrutar de idénticas habitaciones en cuanto a comodidad y tamaño. Si una de esas personas gana cien rublos de salario, pagará diez más o menos de alquiler. Si la otra persona gana doscientos rublos, pagará veinte, y si gana cincuenta, pagará cinco, o dos, o uno si tiene muchas exigencias de familia o de otra índole justificada. El rublo tiene en Rusia un valor equivalente a un peso y veinte centavos de nuestra moneda, aunque con un poder adquisitivo mayor, debido a las cooperativas y almacenes del Estado, que facilitan los artículos al precio más barato posible. Para comprar cualquier cosa en los almacenes de Moscú es necesario primero ver el precio del artículo, luego ir a la caja, abonar el importe, a cambio del cual se recibe un vale y luego con el vale ir al mostrador y pedir el artículo. Y para cada artículo un vale. Primero se paga y después se recibe la cosa comprada, es decir que se usa el sistema contrario al de los países de las mujeres domesticadas.

Como la población de Moscú se duplicó en muy poco tiempo, creo que en dos o tres años (Moscú tiene ahora tres millones de habitantes), hay en la actualidad una gran escasez de habitaciones. De manera que el que consigue una pieza para sí solo puede considerarse muy afortunado. En las grandes casas de departamentos, cuya administración y cuidado está a cargo de comisiones formadas por los inquilinos, viven a veces cientos de personas. En las puertas de los departamentos suelen verse unos cartelitos

marcando el número de llamadas de timbre correspondiente a cada inquilino.

De la crisis de habitación existente en Moscú, a pesar de todo lo que se edifica y de las uniones matrimoniales, derivan a veces complicaciones tan pintorescas como una que tendré el gusto de contar en otra crónica. Algo que solamente en Moscú puede suceder.

LAS ACTRICES DE OLGA PREOBRAYENSKAYA

Mi experiencia en materia de crónicas cinematográficas me aconseja siempre adelantar algunas notas de ambiente a la presentación de las estrellas, para darles más relieve, diré. Sucede por ello que a veces se habla más del ambiente que de las estrellas. Por lo que pido perdón.

Entre los directores rusos de prestigio se cuenta Olga Preobrayenskaya, una mujer superior por su inteligencia y su vida de consagración al arte. Ha sido actriz de teatro y de cinematógrafo. No es hermosa, es ya bastante madura y muy simpática. Hace unas películas que honrarían la firma de los mejores cineastas europeos y norteamericanos en cuanto a su audacia y vigor. "La aldea del pecado" es una prueba de ello, sin que deba considerarse una obra maestra.

Dirigía en los momentos de mi entrevista una película de cosacos, cuyo título es "El tranquilo Don". Como está todavía bastante débil, luego de algunos días de gripe, dirige a sus actores con una pequeña boccia. Su escena representa una tienda de campaña de un colorido brillante en los tonos y en los tipos.

Esta mujer, justamente prestigiosa, viste como una obrera pobre. A su lado reconozco a dos de sus actrices favoritas: Tzezarskaya y Puschkinaya. Tzezarskaya es gruesa, buena moza, de ojos negros, tez mate y cabellos negros. Un tipo de rozagante campesina, como que son los de campesina los papeles de su especialidad. En ese sentido podría considerársela un modelo de lo que María Gonta llamaba actor delegado. Nada más fresco y real que una campesina de la Tze-

zarskaya como la que interpreta en "La aldea del pecado", por ejemplo.

Tabarich Puschkinaya es rubia, delicada, de ojos azules, un tipo completamente opuesto al de su compañera, como que por ello aparecen juntas a menudo.

En el "set" de tabarich Preobrayenskaya no hay ambiente muy favorable para las entrevistas. Parece que a los demás compañeros presentes, que son muchos, entre ayudantes, electricistas, actores y extras, no les agrada que los cumplimientos periodísticos se personifiquen en su director y en sus dos actrices. Así me lo ha hecho notar el compañero Ibáñez, que me acompaña. Esto va contra la idea, en este caso, contra la pretensión de obra colectiva manifiesta en el personal que secunda a las figuras nombradas. Por eso es que las tres se muestran un tanto remisas en sus actitudes.

A tabarich Tzezarskaya le está gustando mucho que le haga preguntas, pero no se anima, ni se animó, a entrar en un aparte decidido. Y lo mismo sucedió con tabarich Preobrayenskaya y tabarich Puschkinaya.

Pero fué en el momento de retratarnos cuando estalló el colectivismo. Que se retrate con todos, era lo que decían los demás tabarich, según me tradujeron después. Aquí nadie es más que nadie, todos aportan su esfuerzo... Unios, proletarios de todas las naciones, etc., cantaba, mirándose, un tipo de cara impertinente que actuaba de extra, pero que abrigaba la esperanza, sin duda, de que el comunismo lo igualara en cualidades y en méritos con Olga Preobrayenskaya.

Unos por tal razón y otros por tal otra, se acoplaron como cuarenta en la fotografía. Esta es, a veces, la parte desgraciada del comunismo y el colectivismo en los estudios cinematográficos soviéticos. Y en ella se aferran los que menos sirven. Y era por eso, sin duda, que las dos actrices y su directora me miraban y se sonreían y fué por eso también que me quedé sin reportaje formal en el "set" de la Preobrayenskaya.



UN TONICO MUNDIAL

Kola Cardinette—

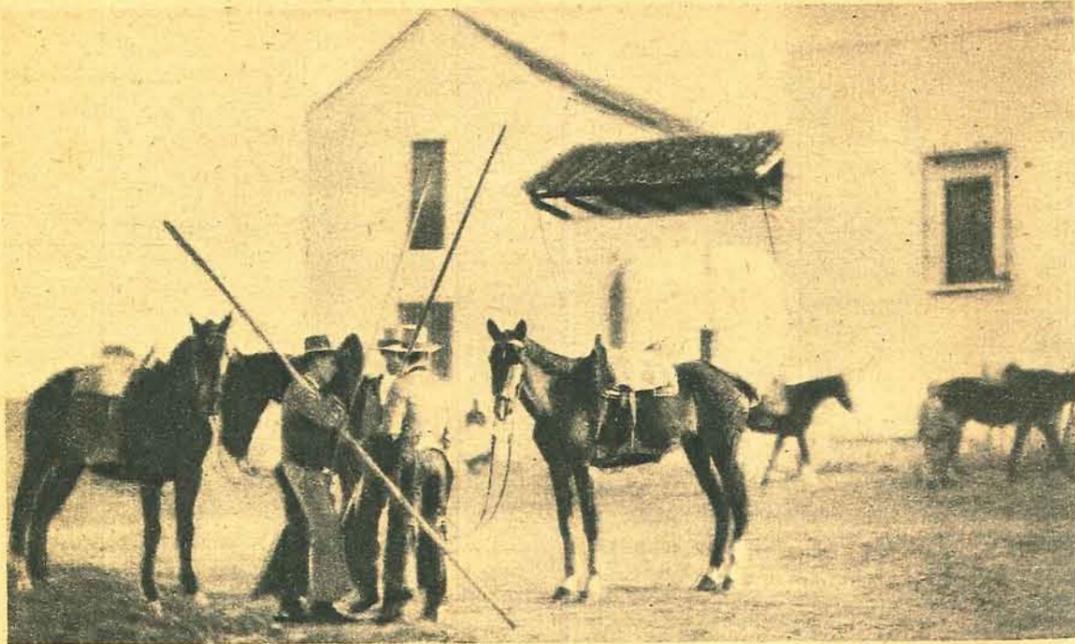
Los más bellos propósitos del mundo se estrellan cuando se carece de una buena salud.

Kola Cardinette se la dará a Vd. Estimulará la reproducción de glóbulos rojos de su sangre—fortificará sus músculos—tranquilizará sus nervios y le concederá gratísima sensación de bienestar. Tómelo. Su sabor es sumamente agradable.

Tonifica y sustenta

Kola Cardinette

The Palisade Mfg. Co.—Yonkers, New York, E.U.A.



Andalucía: Cortijo

LA ESPAÑA TRADICIONAL

ANDALUCIA

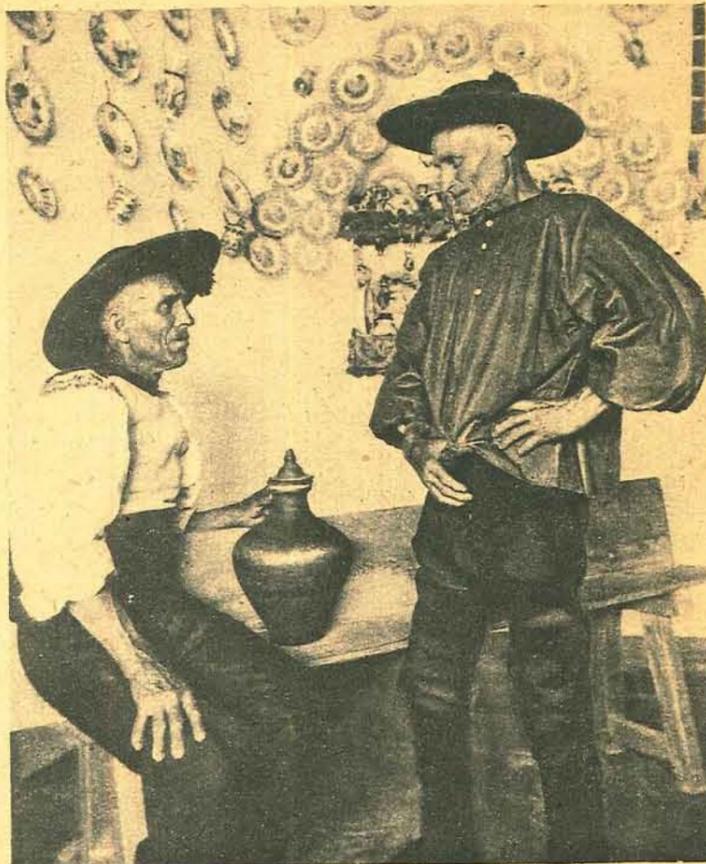
ACABA de ver la luz la obra "Tipos y paisajes de España", magnífica colección de fotografías artísticas que constituye un documento inapreciable para el conocimiento de la España tradicional y pintoresca. Al volver de sus páginas, desfilan ante los ojos del lector, como en un maravilloso calidoscopio, seres y cosas que a los hombres del Nuevo Mundo nos parecen de un ayer remotísimo, pero en los que, no obstante, se perpetúa en pleno siglo de prodigios mecánicos la arcaica tradición de la España legendaria.

Habló Renán alguna vez, y la frase se ha hecho proverbial, del "milagro griego"... ¿Por qué no hablar también del "milagro español", de ese prodigio de pervivencia en virtud del cual los usos y las costumbres de la España heroica del romancero, de las guerras de Flandes y de la conquista de América se conservan incólumes en no pocas regiones de esa "fuerte y extensa pelleja de toro" que al decir de un poeta es la península ibérica?... Maravilla saber que en los campos de Criptana, en la provincia de Ciudad Real, aun voltean al viento castellano las aspas de los viejos molinos hermanos de aquellos que el hidalgo manchego tomaba por desaforados gigantes.

El autor de este álbum de la España tradicional, José Ortiz Echagüe, ha ido reuniendo con amor y paciencia de artista las hermosas estampas que lo componen. Cinco hombres de letras de difundido prestigio—José Ortega y Gasset, José Ma. Salaverría, J. Muñoz San Román, J. García Mercadal y Félix Urabayen—han colaborado en esa obra, escribiendo estudios sobre el traje popular y sobre las diversas regiones de España. Publicado no hace mucho en estas mismas páginas el ensayo de Ortega y Gasset, extractamos hoy, para acompañar a algunas de las fotografías de José Ortiz Echagüe, los párrafos salientes de los cuatro restantes.



Andalucía: Tipo popular



Toledo: Labriegos de Lagartera

ra junto a las faldas del Urbión; una castellana de leyenda romántica en los alcázares segovianos; una belleza en su ocaso, fatigada por excesos de amor en los rincones evocadores de todas las viejas villas castellanas...

"Y en Toledo... En Toledo, Castilla no es una mujer. Es el

espíritu atormentado de todas las razas que contribuyeron a crearla. Es una sombra doliente que ha elegido ya su rincón para acabar y lleva miles de años enmendándose el alma, entre tañidos de campana y lú-

La Sonrisa del Triunfo



En los Deportes Y en la Vida

LA sonrisa de los triunfadores, bien sean hombres o mujeres, siempre muestra una dentadura sana y vigorosa. La salud depende de los dientes, pues si su dentadura no está sana, tampoco puede haber salud. La Crema Dental Squibb ha sido reconocida por su eficacia para neutralizar los ácidos en *La Línea del Peligro*, donde la encía toca el diente y donde empieza la caries dental. La Crema Dental Squibb contiene más de 50 por ciento de Leche de Magnesia Squibb, uno de los antiácidos más seguros y eficaces conocidos por la ciencia médica. Es pura, eficaz y de agradable sabor. Usela con regularidad y podrá lucir también "la sonrisa del triunfo."



La Crema Dental Squibb no contiene jabón, sustancias astringentes, ni raspantes que puedan perjudicar los dientes o las encías.

CREMA DENTAL SQUIBB

E. R. SQUIBB & SONS, NUEVA YORK

Químicos Manufactureros Establecidos en el Año 1858



Toledo: Boda en Lagartera



Aragón, Ansó: El agua y el pan

gubres "De profundis". Tal vez pronto se decida a morir. Otros exploradores recorren también sus campos con la mirada codiciosa puesta en sus entrañas. El Norte la corteja; el Mediterráneo lucha por acercarse a lamerle los pies; el centralismo tiende a europeizarla, curándola de salvajes correrías. Y Toledo será quien guarde los restos sagrados de la hidalga Castilla, bajo los dólmenes imponentes que miran al Tajo; en aquel recoleto lugar donde Manrique — reposando una noche en sus andanzas guerreras por el cercano Ajofrín — oyó la divina voz interior que le dictaba".

"No se engañe nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vió. Porque todo ha de pasar por tal manera..."

FELIX URABAYEN.

CANTABRIA

TERRITORIO en que lo sublime y lo tierno van juntos. Montañas de presencia bravia, costas tempestuosas, huracanes que duran dos semanas y parecen querer volcar sobre la tierra toda el agua del Atlántico convertida en lluvia

infatigable; y al mismo tiempo valles idílicos, praderas floridas y días tibios, serenos, de una dulzura incomparable. País contradictorio. Empezando por el clima, que participa de todas las ventajas de la corriente del golfo, pero también de sus arbitrariedades. La temperatura es suave con relación a su latitud territorial; en cambio, las lluvias son copiosas y persistentes, y las nieblas y las nubes quedan a arradas a las montañas gran parte del año.

"Si el paisaje del territorio cantábrico tiene muy poco aspecto meridional, los habitantes tampoco se parecen al tipo de español que los extranjeros imaginan. Por lo general abundan los hombres grandes, forzudos y de piel blanca; los ojos claros son frecuentes, sobre todo entre las mujeres, que son de esbelta apariencia, fáciles al rubor y de un carácter tan dulce como resuelto y enérgico.

"Pero si esta faja norteña puede aparecer a los ojos de los extranjeros como una España diluida en nieblas y en verdor, es decir como una España falsificada, la realidad resulta completamente al contrario. La realidad nos dice que la estrecha faja del Cantábrico forma como el hueso esencial

de la nacionalidad española, y basta recordar que las más obstinadas resistencias contra la dominación de Roma fueron hechas por los astures, los cántabros y los vascos. Las nodrizas romanas recurrían al nombre de los cántabros para amedrentar a los niños desobedientes, y si los vascos llegaron a ser sometidos oficialmente al poder universal de Roma, la sumisión no debió ser muy completa, porque el espíritu independiente y el leguaje original y misterioso de los vascos han llegado vivos hasta nuestros días".

JOSE Ma. SALAVERRIA.

ALTO ARAGON

MIENTRAS trepamos por un sendero de roca, hemos de sacudir con el polvo del camino los prejuicios del tiempo en que vivimos, y prepararnos a otras visiones más remotas, pues dentro de poco se nos antojará haber penetrado en la Edad Media.

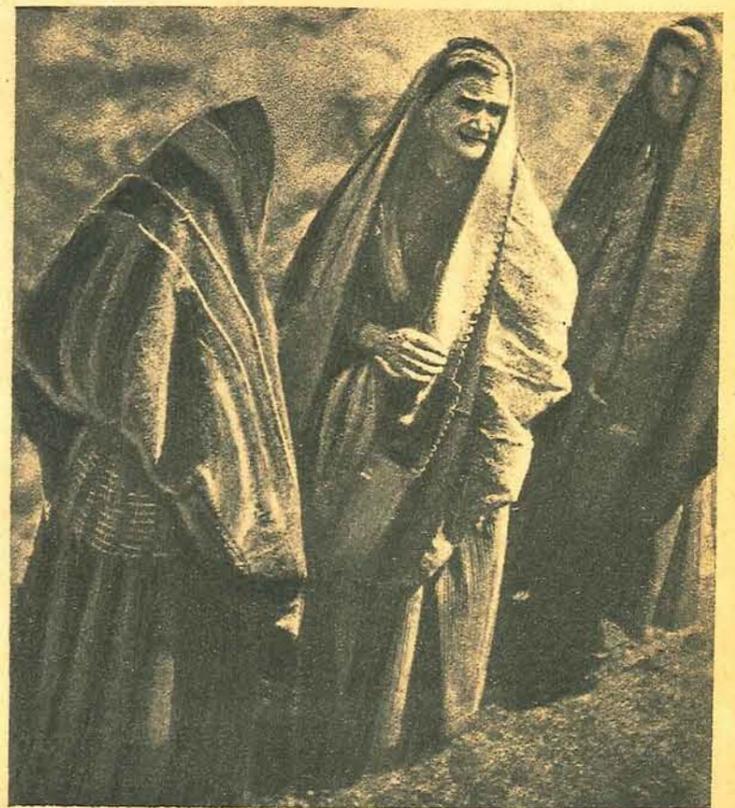
"Hallaremos un vivir primitivo, conservado celosamente en las normas de su patriarcalismo, mientras las sucesivas generaciones borbaban, poco a poco, sobre las tierras llanas, toda huella o matiz de los hábitos caracterizados. La inmensa mayoría de las casas guarda el carácter pristino, original. Bajas y estrechas, vetustas, algunas con borrosas labras heráldicas, se enfrentan con gesto de viejas amigas. Tras de sus portones nos aceche el ancho y enjalbegado portal, y bajo sus inclinadas techumbres el corrido balcón con barandal de madera. Y, en el tejado, la descomunal chimenea que proclama el imperio de un encerrado vivir hogareño.

"La casa altoaragonesa es casa de ceño sombrío y gesto reconcentrado. Casa de rancio solar en escondido valle, recogido entre encanecidas montañas, donde si el estio es breve, es largo e inacabable el invierno; por eso señorea sus distintos departamentos la cocina, amplia, con su gran hogar bajo, cabe la ancha y negra chimenea, que a modo de dosel recoge bajo su guarda las blancas u lustrosas calderas de alto respaldo.

"Y aun en muchos casos la chimenea viene a caer en el centro de la cocina, y en torno al hogar se agrupan las cadieras por tres de sus lados, sirviendo el hueco del cuarto para que por él se acerquen las mujeres a descolgar la olla pendiente de los llares, en aquel cuadro que ilumina el livido fulgor de las resinosa teas, clavadas en el tiadero ancestral".

J. GARCIA MERCADAL.

Lagartera (Toledo): Joven jamellera



Segovia: Mujeres con refajos



Son los polvos de moda.

Matizan la belleza de todos los cutis. Huehlen a jardín.

Use usted



POLVOS TRINI

del tono que prefiera.



GAL MADRID - BUENOS AIRES LONDON - NEW YORK



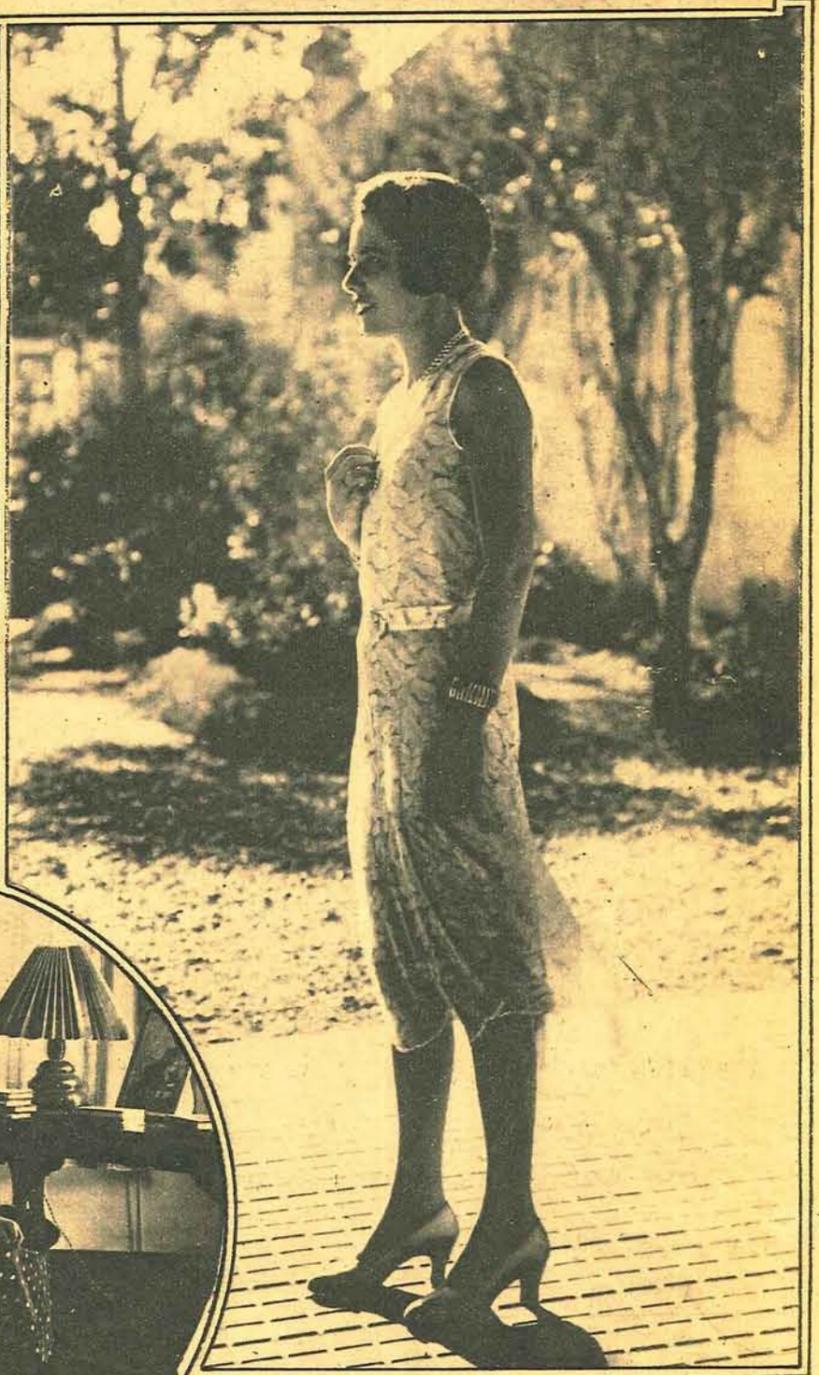
FILM SOCIA

A bordo del "Cap Arcona", en cuyo salón fué tomada esta nota pocos momentos antes del arribo de ese vapor. Regresaron a Buenos Aires las señoritas Gloria Rodríguez Alcorta, Nelly MacKinlay Alcorta, María Laura Viel y Otilia Rodríguez Alcorta, quienes permanecieron una larga temporada en Europa.

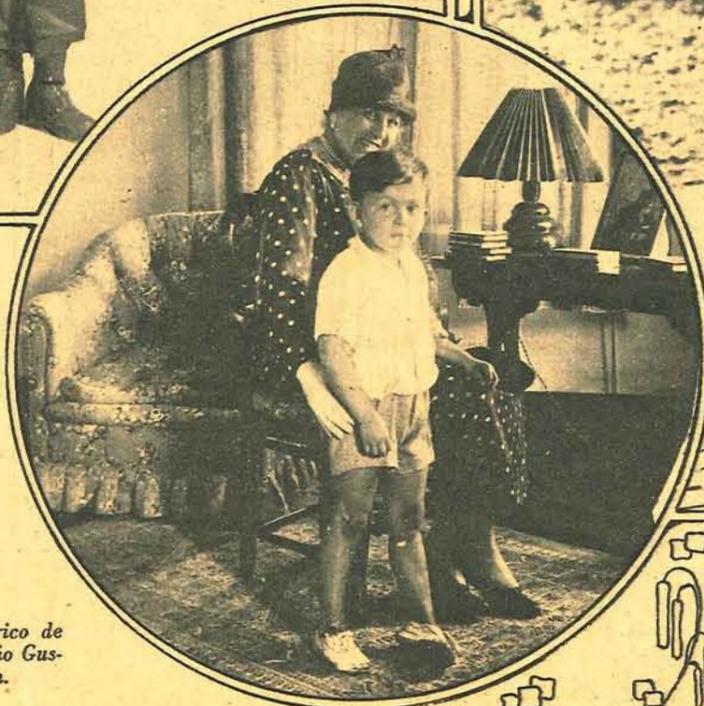
No hubo, felizmente, desgracia que lamentar en este accidente de tráfico en el que actuaron los niños de Gómez Bustillo.



En la última temporada de Saint Moritz, la Señorita Mercedes Dose, que aparece en compañía del marqués de Sandro, se destacó por su habilidad en los "sports" de invierno.

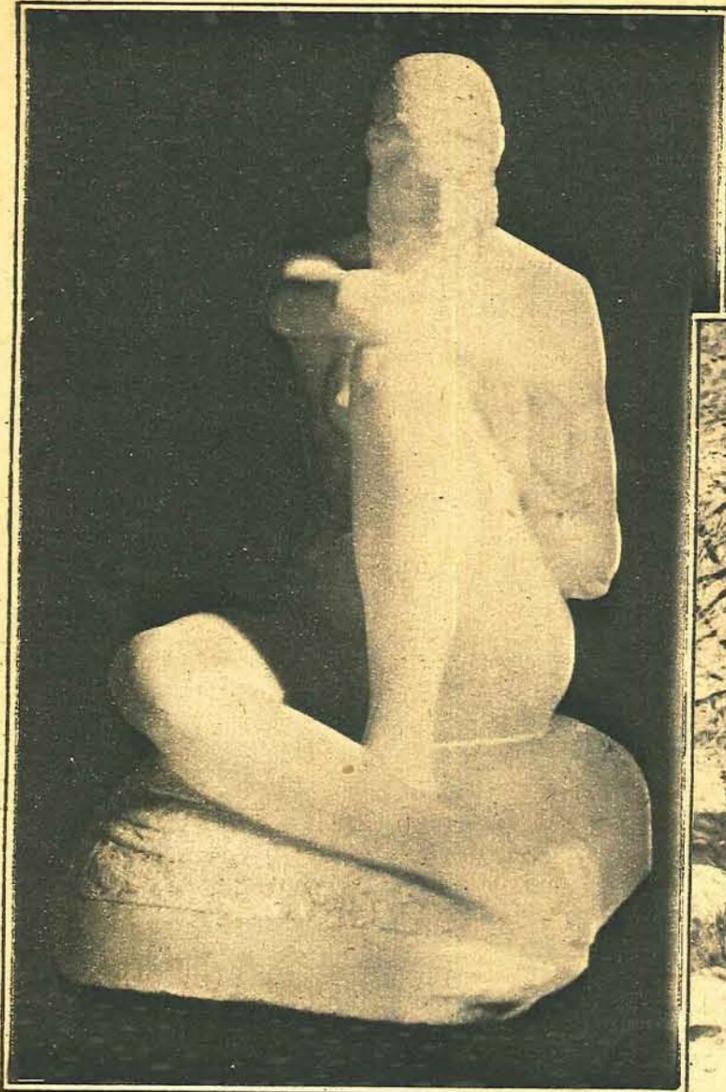
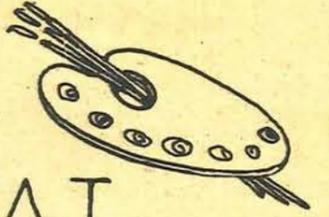


La señorita Angélica de Estrada.



Doña Lucrecia Guerrero de Ramos Mejía y el niño Gustavo Pueyrredón.

DE LA VIDA ARTISTICA LOCAL



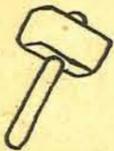
"Meditación", escultura de Pedro Tenti, expuesta en "Los Amigos del Arte".



"El arroyito", de Américo Panozzi, del conjunto artístico de la misma exposición.



"Pirucho", otra obra de Pedro Tenti.



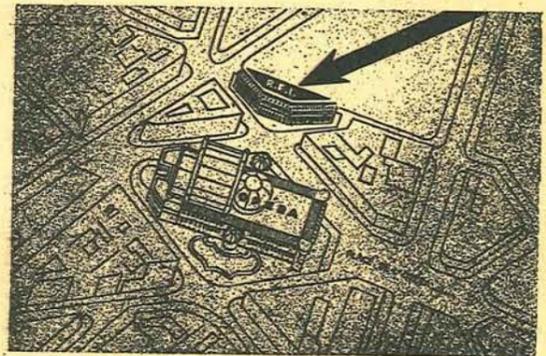
"Tarde triste", de Américo Panozzi.



EN EL CORAZON DE

PARIS

NUESTRA CASA MATRIZ



Antes de emprender su viaje provéase de los "TRAVELLERS CHEQUES" (cheques para viajeros), pagaderos en todo el mundo, de la BANCA COMMERCIALE ITALIANA.

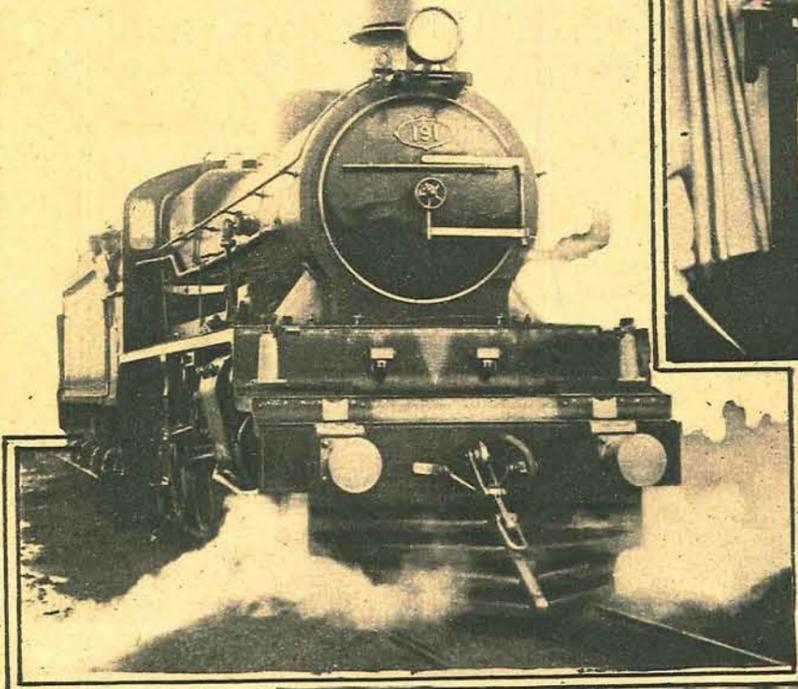
Vd. puede hacer dirigir su correspondencia en PARIS a nuestro "Bureau des Etrangers" 12 Rue Halévy.

BANCO FRANCE • ITALIANO
PARA LA AMERICA DEL SUR

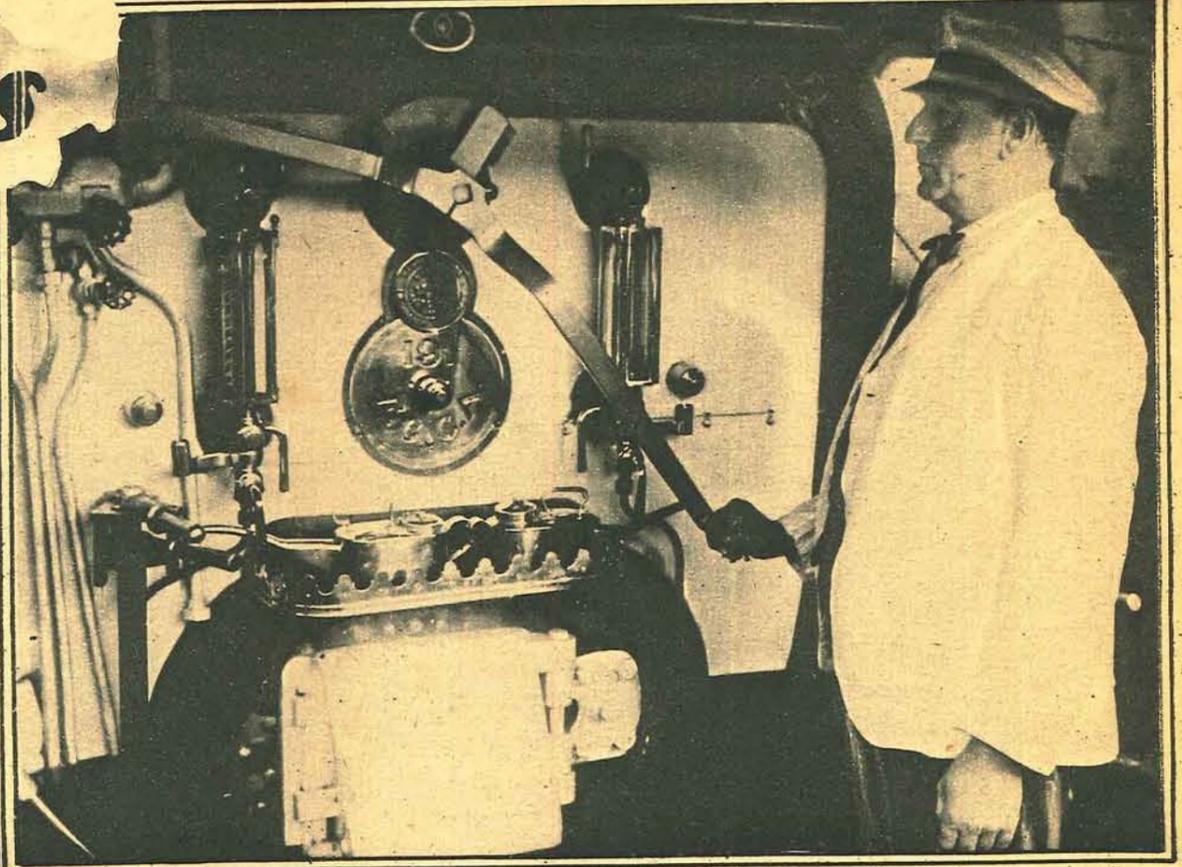
BUENOS AIRES
CANGALLO 509

ROSARIO
S. MARTIN 770

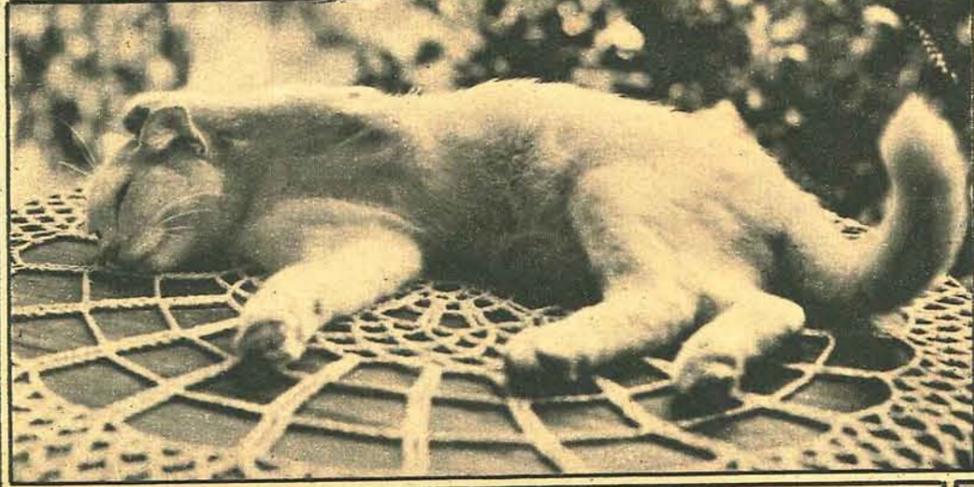
INSTANTANEAS



En marcha, para recorrer a una velocidad aproximada de 100 kilómetros por hora la distancia que media entre Retiro y Rosario.



El maquinista de la locomotora número 191, Francisco Savio, accionando la palanca para iniciar la marcha.

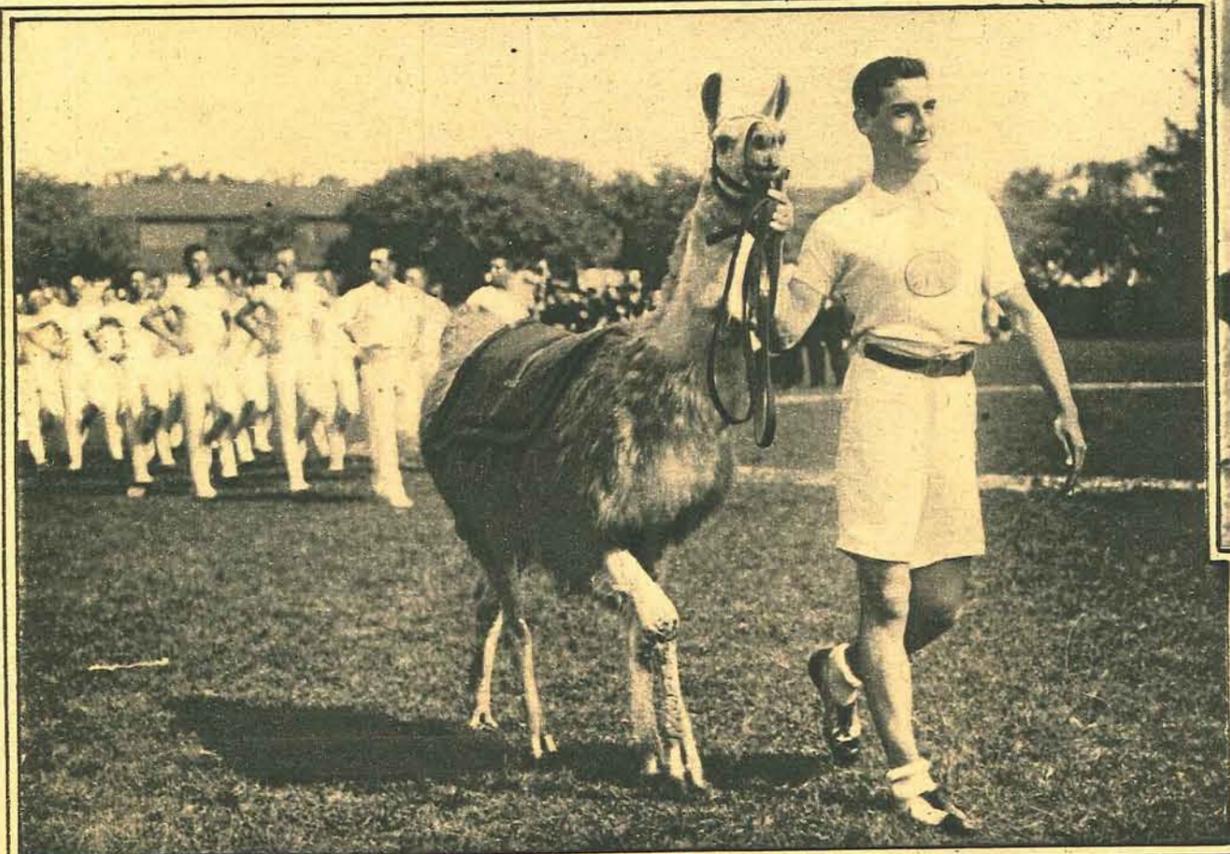


Modorra felina.

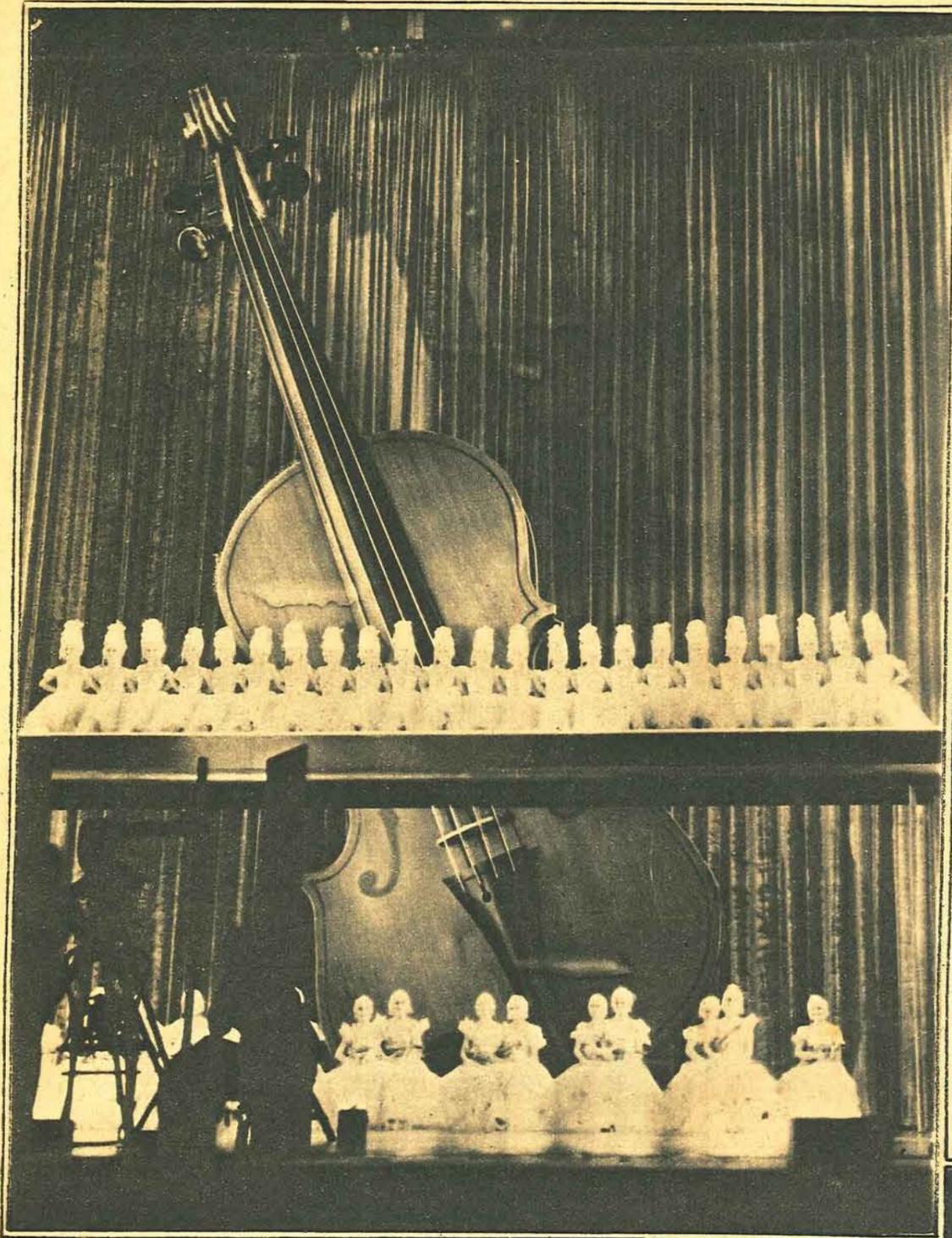


Comenzando la tarea del día.

El Colegio Militar tiene como mascota un representante genuino de la fauna nacional: una llama.



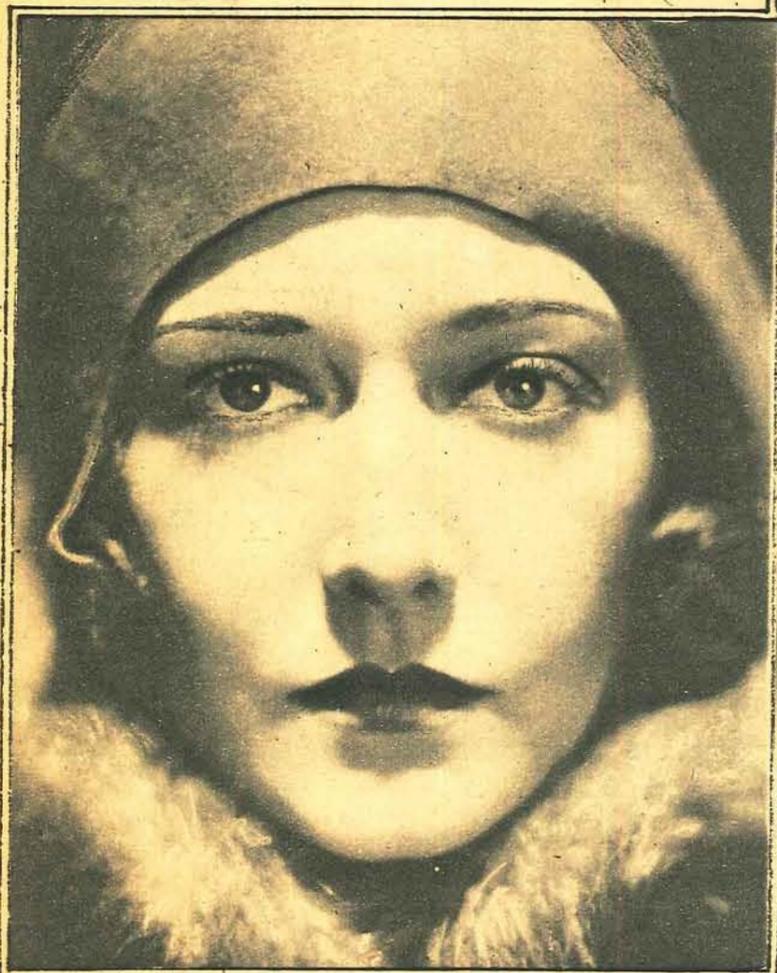
EL CINEMATOGRAFO Y EL TEATRO EXTRANJEROS



Uno de los cuadros más sugestivos de la nueva revista cinematográfica "La marcha del tiempo", en el momento de su filmación.



OLGA MARYE, natural de Costa Rica, trabajó en las revistas de Ziegfeld y Winter Garden, de Nueva York. Recientemente ha sido contratada para trabajar en Hollywood, en películas habladas en español.



Figuras de la pantalla: Dorothy Sebastián.



Mary Covle.





Galletitas "Express"

Para hacer del desayuno
todo un despertar agradable!

Igualmente deliciosas solas o con man-
teca y mermelada o dulces en general.

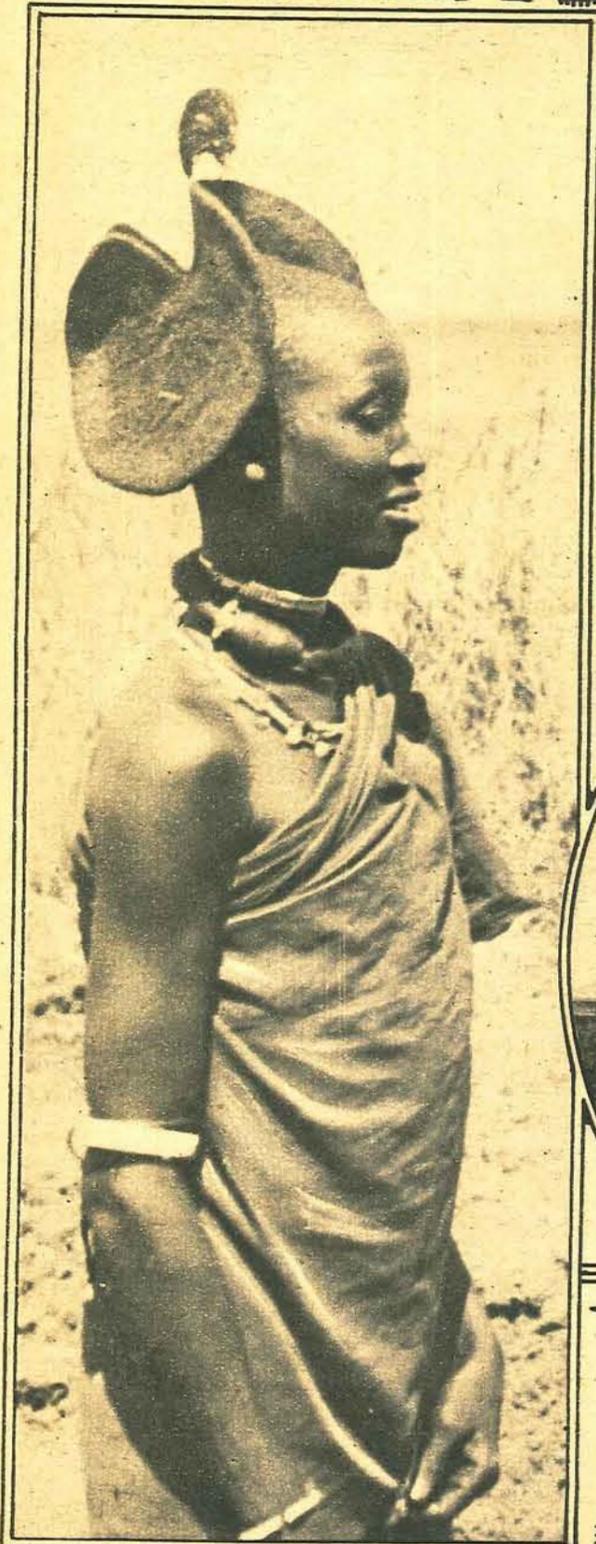


Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país,
en envases de ¼, 1 y 2
kilogramos.

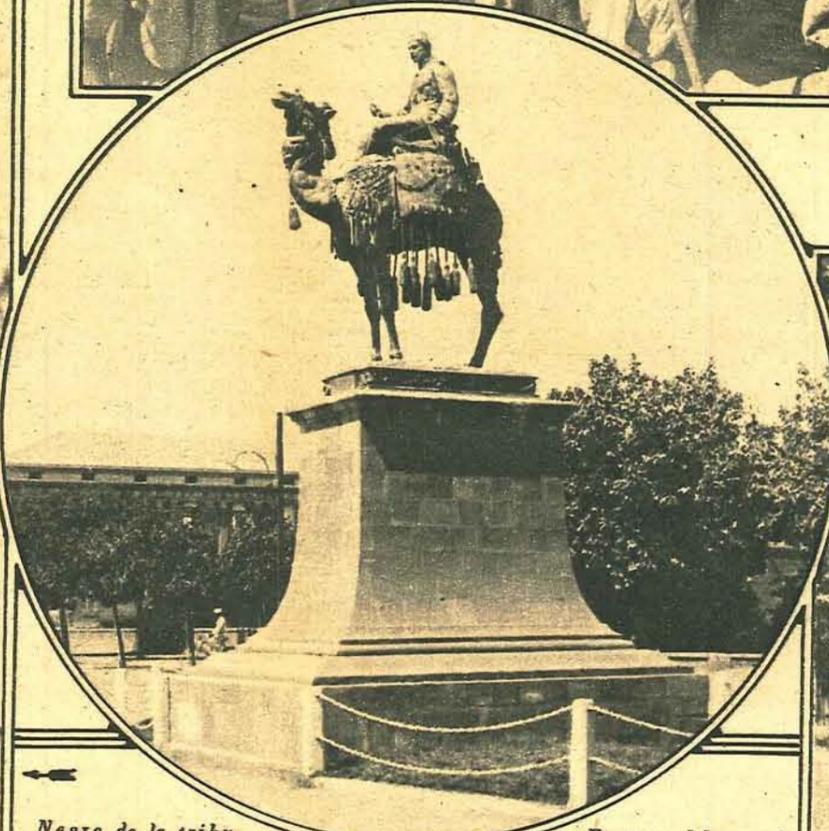
S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

No diga:
galletitas para sandwiches...
Diga y exija:
"EXPRESS" de TERRABUSI
que son algo más...

ASPECTOS TÍPICOS DE SUD AFRICA



Grupo de jóvenes cerca de Assnan, (Egipto).



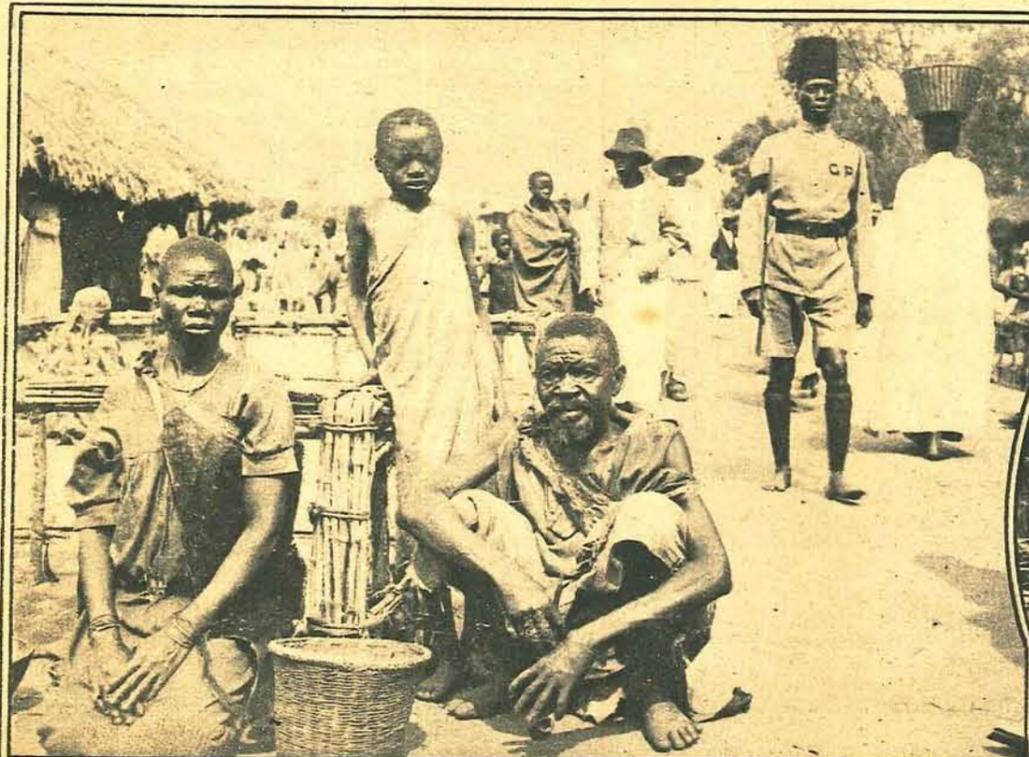
Negro de la tribu Shilluk, a orillas del Río Blanco. Sobre la cabeza tiene un adorno capilar cuya forma se obtiene con una sustancia untuosa que los nativos usan para ello.



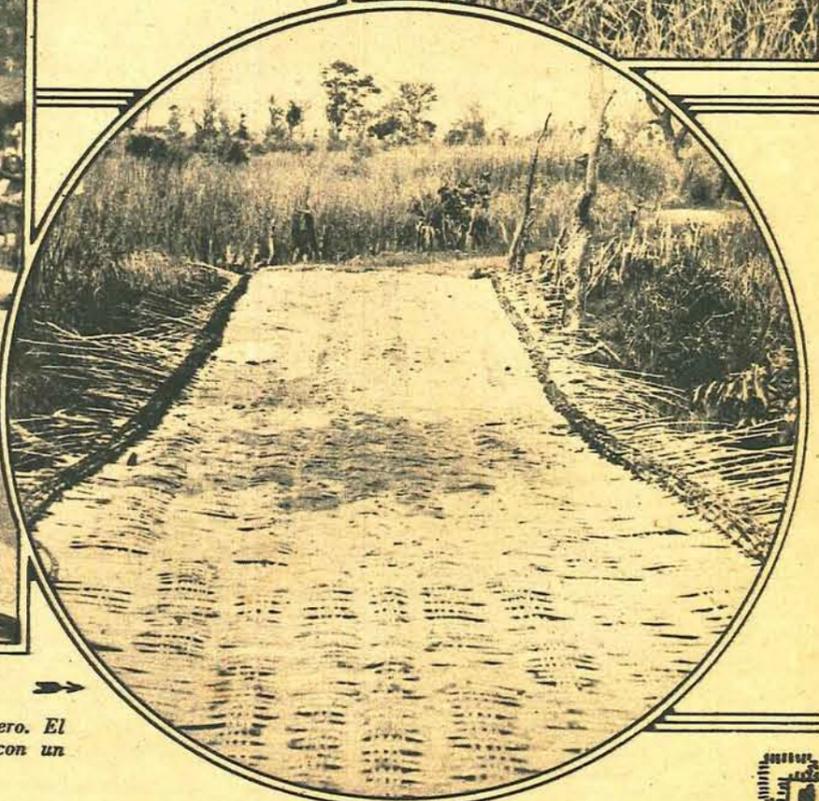
Estatua del general Gordon, en Khartoum, capital del Sudán. Gordon fué un prominente militar inglés de la época de las revueltas indígenas en el Sudán.



Un joven zulú vestido de gala para asistir a una fiesta o para visitar a su novia.



En el mercado de Fort Portal, en Uganda.



La cubierta de un puente carretero. El piso del puente está construido con un tejido de cañas.





Vista panorámica de Hollywood, desde los jardines de Bernheimer.



Foch y Poincaré, dos de los modelos de las nuevas pipas ideadas por un fabricante de París. Reproducen ellas cabezas de diversos personajes célebres, y están obteniendo gran éxito entre los aficionados a las curiosidades.



Grupo de niños de la colonia naturalista de la isla de Villennes, cerca de París, entregados a las delicias de la vida al aire libre y a la práctica de los sports que constituyen el programa de los afiliados a aquella.

Las señoras que podrían pagar diez veces su precio, usan

LUX
Jabón de Tocador

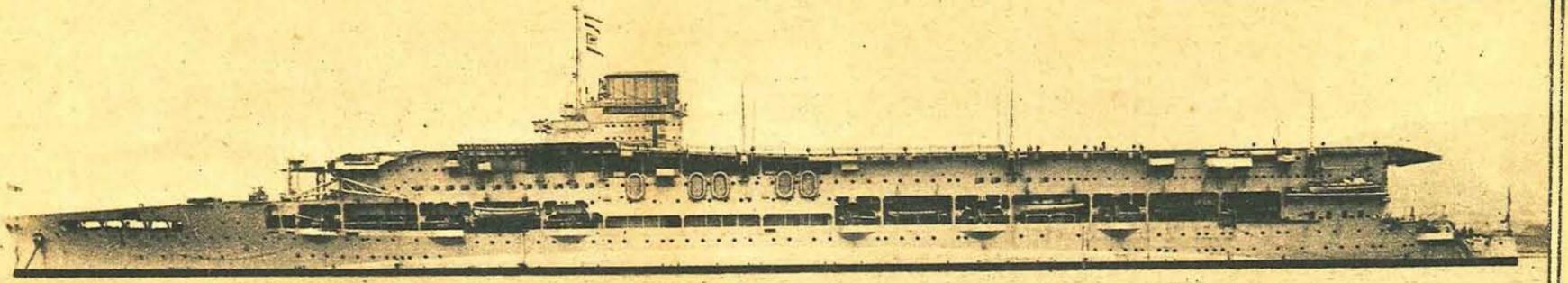


porque ellas encuentran que la maravillosa y rica espuma de este jabón blanco marfil conserva su cutis tan hermoso como los más caros jabones de belleza. Esta es la causa por lo cual es tan popular el Jabón "LUX" de Tocador en cinco continentes. Por esto y su hermosa y suave apariencia y su sutil perfume. Es un verdadero jabón de lujo.

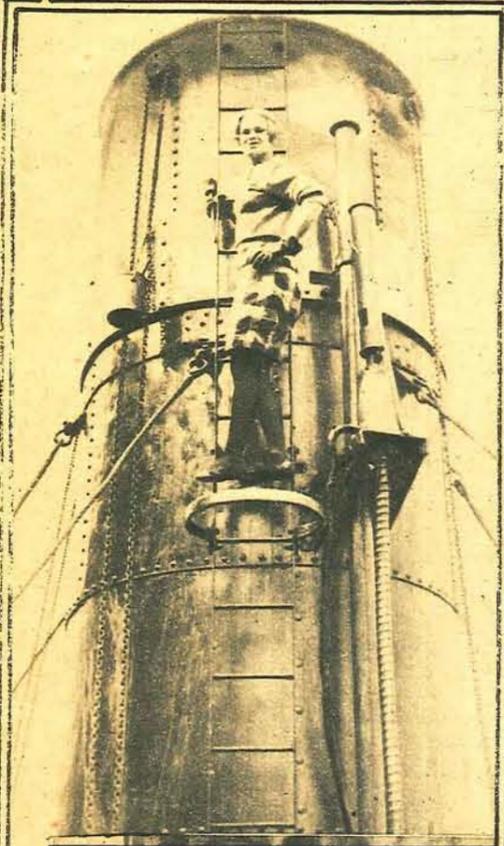
LUX
JABÓN DE TOCADOR



50 centavos la pastilla
L. T. S. 12



El "Glorious", barco portaaviones de la armada británica. Tiene capacidad para albergar 85 aparatos y desarrolla una velocidad de 33 nudos.



Serafina Plotnikova, muchacha rusa que forma parte de la tripulación del "Yushar", barco mercante de los Soviets.



Lady Eleanor Smith, hija de lord Birkenhead, caracterizada de San Jorge en el concurso artístico organizado en Londres con ocasión de la reciente Exposición de Arte Italiano en aquella capital.

Ahora Vd. puede rebajar 1 ó 2 kilos en una noche

Coma lo que guste.

Vista con lo que quiera.

Viva como sea de su agrado.

No tome arriesgadas medicinas.

POR millares se cuentan las damas que hallaron este fácil modo de rebajar 1 ó 2 kilos, una o dos veces por semana. Esas señoras, en la intimidad de sus hogares, toman los refrescantes Baños Sarowal. Los "Polvos para Baño Sarowal" son la concentración de los principios activos de veintidós fuentes termales famosas. Durante muchos años esos balnearios fueron el recurso de miles de damas de gran mundo y de hombres que deseaban conservarse esbeltos. El exceso de peso fué eliminado, la piel alisada, rejuvenecida, los cuerpos más elásticos y las mentes más despejadas.

Las fuentes termales son traídas a casa de usted

EL estudio de los análisis de los ingredientes activos de las aguas de esas veintidós famosas fuentes nos ha contado el secreto de sus efectivos resultados. Esos beneficios, esos mismos resultados, puede usted ahora experimentarlos en su hogar. Sencillamente, agregando a su baño caliente uno de los paquetitos de "Polvos para Baño Sarowal" contenido en cada caja. Se disuelven rápidamente y mientras usted reposa en el baño se desarrolla un agradable proceso físico-fisiológico. A través de los poros el cuerpo expulsa las grasas y las toxinas. Los tejidos adiposos así mismo son eliminados o reabsorbidos por el organismo. Agregue "Polvos para Baño Sarowal" a su baño esta noche e inmediatamente usted perderá uno o dos kilos en una forma fácil, refrescante y saludable. Consulte a su médico. Le dirá que los "Polvos para Baño Sarowal" ciertamente hacen todo eso y que son beneficiosos para la salud.

Además de reducir su peso, los baños Sarowal dejarán su cutis más suave. Alisarán las arrugas si las hubiere. Harán que usted duerma mejor y se despierte como después de una semana de vacaciones.

Los resultados son inmediatos

PÉSESE usted antes y después de cada baño "Sarowal". Constatará por sí mismo la disminución de peso. Y cuando algunas noches después usted vuelve a agregar "Polvos para Baño Sarowal" a su baño, usted volverá a rebajar. Tan pronto que usted haya llegado al peso que le corresponda según la estatura, no trate de rebajar más. No es necesario que se prive de los alimentos que a usted le gustan. No son necesarios los ejercicios. No son necesarias las drogas o medicamentos. Un baño Sarowal por semana le evitará el volver a aumentar.

Dónde conseguirlo

PRÁCTICAMENTE, todas las buenas farmacias, tiendas y perfumerías pueden venderle "Polvos para Baño Sarowal". Le recomendamos especialmente las siguientes casas de prestigio:

En Buenos Aires: Laboratorios Vindobona, Florida N° 8, piso 1°—Perfumería Vislowna, Cabildo, 1589—Franco-Inglesa, Sarmiento y Florida—Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales; Farmacia Scanapieco, Esmeralda y Tucumán; Farmacia Nelson, Suipacha, 457; Farmacia González, Rivadavia y Centenera; Farmacia Chialvo, Talcahuano y Sarmiento; Farmacia Inglesa, Avenida de Mayo, 900; Casa Argentina Scherrer, Suipacha, 171. En Montevideo: W. Ellis, Andes, 1338, 2° piso. En Mendoza: Cohon y Trostanzky, Lavalle, 1 al 5. En La Plata: Tienda Las Novedades, calle 7 esq. 47.

POLVOS para BAÑOS
y POMADA
REDUCTORA

SAROWAL

Elimine las

pecas, manchas y arrugas

con el tratamiento preferido por las actrices.

Usted puede, ahora, transformar su rostro. Crema de Oriente Vindobona le probará que debajo de la superficie marchita, pecosa o arrugada de su piel hay un cutis nuevo, blanco, claro y liso. Introduzca un poco de esa nueva clase de crema en su piel, todas las noches antes de acostarse, y a la mañana siguiente usted constatará en el espejo que la nueva belleza comienza a revelarse.

Es vaso constructora. No levanta la piel. Sana las paspaduras y grietas en seguida de aplicada. Influidando sobre las capas inferiores de la epidermis construye un nuevo cutis para usted. Un cutis blanco, transparente, suave y liso como el de una niña. Corrige las alteraciones pigmentarias de la piel. Por eso diluye las pecas y paños. Es de efectos tónicos y estimulantes. Por eso alisa las arrugas. Aclara la piel y elimina los barritos, la tez cetrina y la rojez. Es higiénica y la librerá, por eso, de los granitos y el acné.

Es la más popular en el mundo teatral. La usan y la ponderan María Esther de Pomar, Amalia Senisterra, Evita Franco, Blanca Podestá y muchas actrices más. Médicos la recetan y miles de damas le deben la blancura y lozanía del cutis. Póngase usted también en tratamiento con Crema de Oriente Vindobona. Siga religiosamente las instrucciones que acompañan a cada pote. Luego, si no quedara usted conforme, le reembolsaremos íntegro el dinero gastado. Sólo deseamos clientes contentos.

Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías, y en la sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida, 8

Piso 1°

Buenos Aires



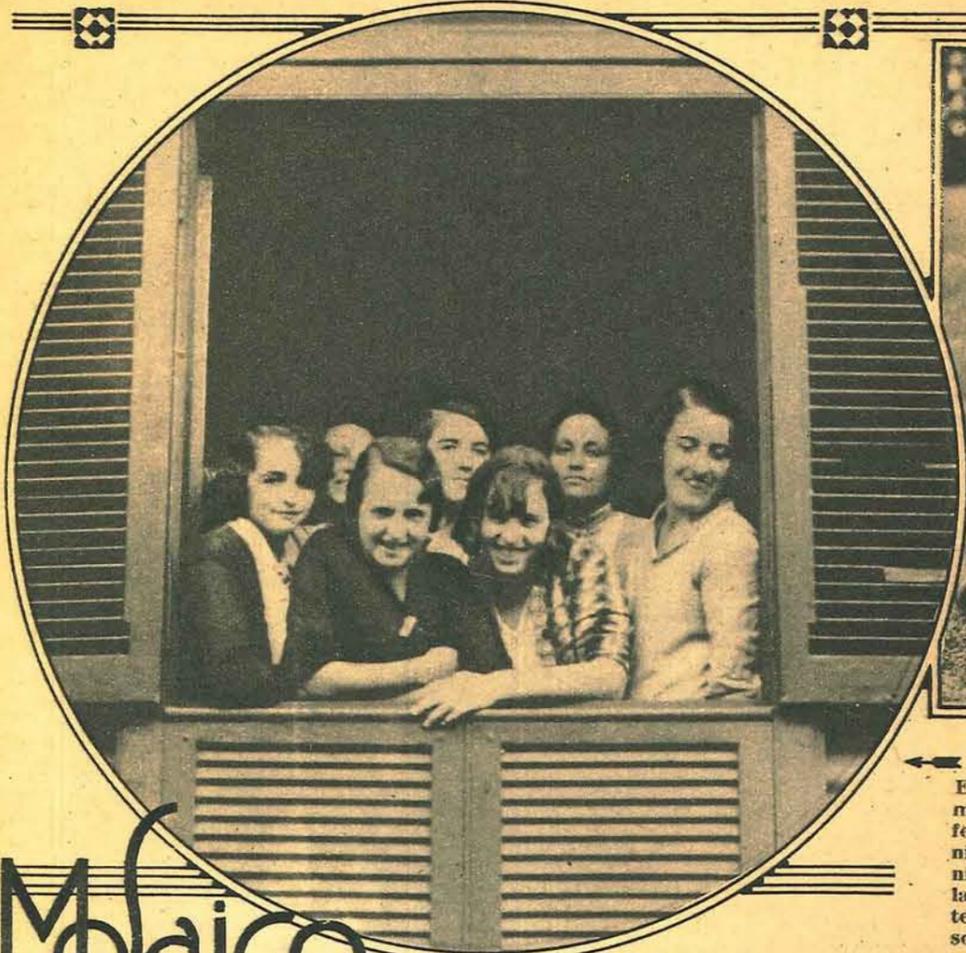
También puede adelgazar sólo las partes del cuerpo que desee.

Para reducir los tobillos gruesos, la papada o cualquier parte del cuerpo sin rebajar de peso las restantes, recomendamos usar la Pomada Reductora Sarowal. Por medio de ligeros masajes penetra por los poros y disuelve la grasa y los tejidos adiposos. Puede usarla sola "Polvos para Baño Sarowal" en combinación con los "Polvos para Baño Sarowal".



"Viendo con frecuencia los lindos potes de Crema de Oriente Vindobona en los camarines de mis más destacadas compañeras, me decidí a probarla. Desde entonces no uso otra crema, pues he constatado que quita rápidamente el efecto del sol de las ployas y deja el cutis fino, liso y transparente."

María Esther de Pomar



El interés que despiertan los matches de football en el público femenino queda ampliamente manifestado en el field de Boca Juniors. Desde las casas vecinas a la cancha, las entusiastas del team boquense siguen paso a paso las alternativas de los matches que en ella se realizan



En ciertas ocasiones la presencia del "botiquín" es indispensable en los equipos de football. Aquí aparece Garasini en momentos en que atiende a su compañero Biddoglio de una lesión sufrida en la rodilla

Módico Portivo



Tras el cansancio producido por el desarrollo de uno de los partidos correspondientes a la copa Cullen, en el Club Atlético de San Isidro, el jugador Juan Labat se dispone a beber un poco de agua

POR SOLO \$ 1.50

Vd. PUEDE OBTENER...

El Nuevo cepillo de dientes Colgate, valor \$ 1.50
(Diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental)

Un tubo de Crema Dentífrica Colgate, valor \$ 1.20

Valor efectivo \$ 2.70

TODO POR \$ 1.50 EN LA CAPITAL

UNA OFERTA EXCEPCIONAL

Con objeto de inducir todavía a un mayor número de personas a que prueben la Crema Dentífrica Colgate... hacemos este notable ofrecimiento. Solamente Colgate, el fabricante de crema dentífrica más grande del mundo, puede hacer una oferta semejante. No hay nada enigmático en esto. Colgate simplemente desea que usted pruebe su Crema Dentífrica, usada por millones de personas. Y para compensarle, Colgate hace esta sensacional oferta de un cepillo de dientes diseñado científicamente y un tubo de la inmejorable Crema Dentífrica Colgate...
POR SOLO \$ 1.50

Este tipo de cepillo es el más moderno y más perfecto que conoce la ciencia dental. Fue diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental... un cuerpo de dentistas que ha estudiado las necesidades de millares de hombres, mujeres y niños. Examine este cepillo. Estudie su forma, su tamaño, sus cerdas dentadas. Fabricado por personal experto y en condiciones sanitarias... de selectas cerdas de la mejor calidad. Cada cepillo es revisado cuidadosamente. El mango está hecho de un hermoso material transparente en 5 tonos exquisitos de verde, morado y ámbar. Las cerdas están fijadas por un procedimiento que las retiene firmemente. Este cepillo es idéntico en calidad, tamaño y duración a los mejores cepillos que se venden en todas las casas del ramo. Ahora es suyo por medio de esta singular oferta.

El Cepillo

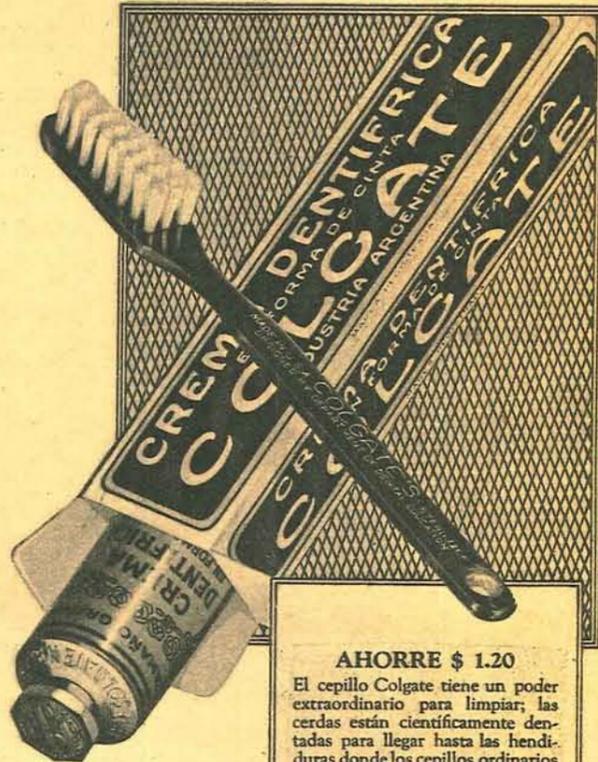
Este tipo de cepillo es el más moderno y más perfecto que conoce la ciencia dental. Fue diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental... un cuerpo de dentistas que ha estudiado las necesidades de millares de hombres, mujeres y niños. Examine este cepillo. Estudie su forma, su tamaño, sus cerdas dentadas. Fabricado por personal experto y en condiciones sanitarias... de selectas cerdas de la mejor calidad. Cada cepillo es revisado cuidadosamente. El mango está hecho de un hermoso material transparente en 5 tonos exquisitos de verde, morado y ámbar. Las cerdas están fijadas por un procedimiento que las retiene firmemente. Este cepillo es idéntico en calidad, tamaño y duración a los mejores cepillos que se venden en todas las casas del ramo. Ahora es suyo por medio de esta singular oferta.

El Dentífrico

La Crema dentífrica Colgate es la de mayor venta en el mundo. La razón sencillamente consiste en que Colgate limpia los dientes mejor, porque contiene el mejor elemento limpiador del mundo—una espuma penetrante que limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar. Su dentista le dirá que las caries no comienzan en la superficie lisa de los dientes, sino en las pequeñas hendiduras, donde se acumulan residuos mucosos y alimenticios. Por lo tanto, la verdadera prueba de un dentífrico consiste en su facultad de penetrar en estas hendiduras y limpiarlas completamente. Una reciente prueba científica demostró que Colgate tiene más fuerza penetrante que cualquiera de los más conocidos dentífricos. La espuma que hace Colgate contiene un fino polvillo que pule el esmalte de los dientes sin dañarlos y los conserva blancos y brillantes.

El método científico Colgate de cepillarse los dientes

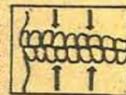
Después de muchos años de estudio y de miles de experimentos, el método Colgate de limpiar científicamente los dientes ha sido perfeccionado por el Departamento de Educación Dental. Este método es más eficaz cuando se usan conjuntamente la Crema Dentífrica Colgate y el cepillo Colgate. Las cerdas elásticas y dentadas del cepillo están colocadas a una distancia correcta entre sí, y obran de tal manera que aplican con la mayor eficacia el poder penetrante de la famosa espuma Colgate... hasta llegar a las más profundas hendiduras que son tan difíciles de limpiar. Comience hoy mismo con el Método Científico Colgate de Limpiarse los Dientes... y note la diferencia en sus dientes diez días después.



AHORRE \$ 1.20

El cepillo Colgate tiene un poder extraordinario para limpiar; las cerdas están científicamente dentadas para llegar hasta las hendiduras donde los cepillos ordinarios no penetran.

Cepille sus dientes de arriba hacia abajo, aconsejan los dentistas. El nuevo cepillo Colgate hace esta operación doblemente eficaz. No cepille los dientes a través.



Quando se limpian los dientes del lado interior, use el movimiento de adentro hacia afuera. Note como las firmes cerdas vigorizan las encías.

NOTA

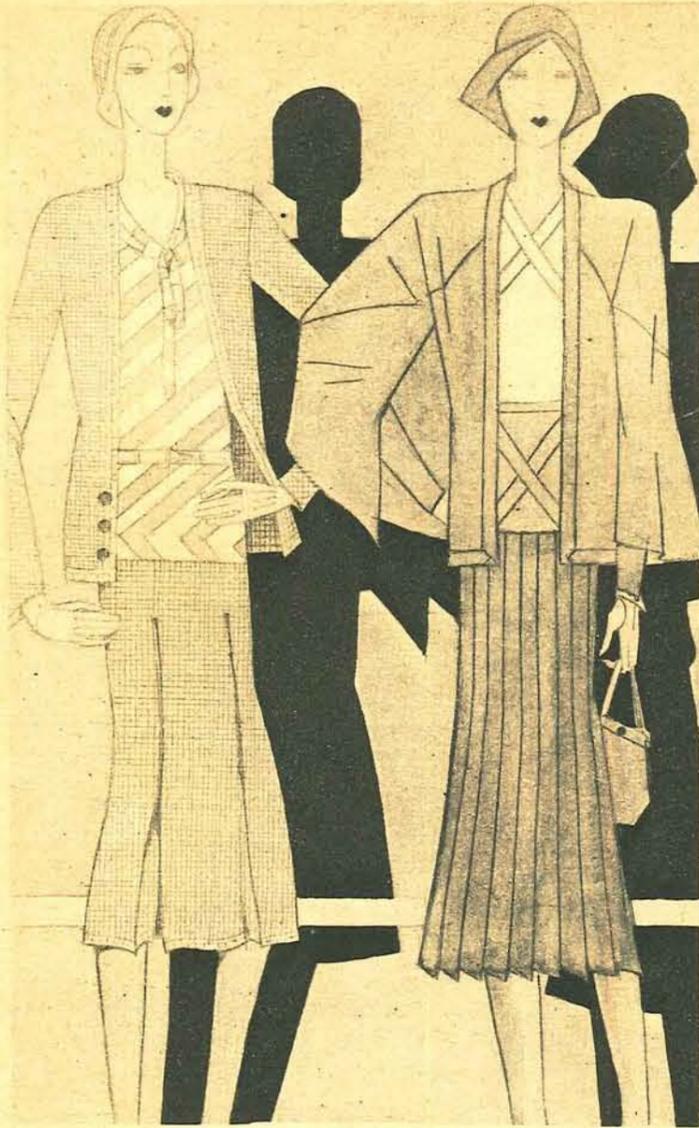
Esta oferta es limitada. No durará mucho tiempo una vez que el público se haya enterado de este anuncio. Así que adquiere AHORA.

Si su farmacéutico o proveedor no los tuviese, envíenos \$ 1.50 y a vuelta de correo recibirá el tubo de crema y el cepillo. Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Santiago del Estero, 1997, Buenos Aires.

En venta en todas las farmacias, perfumerías y otras casas del ramo en la Argentina.

CREMA DENTÍFRICA COLGATE

LA ELEGANCIA FEMENINA



Traje de sport de Iteb, en tweed marrón adornado con las orillas de la tela.—Traje estilo sastre de Tallien, en lana roja, con capa; blusa en jersey



Traje de Molineux, en piel negra con vivos en satén; blusa en georgette blanco



Vestido de noche de Iteb, en crêpe tamaris amarillo con flor en seda con centros negros.—Vestido en chiffon, de Iteb

UNA COMUNICACION DE EVA A. TINGEY

Las nuevas creaciones de Patou son encantadoras; hay entre ellas muchas en negro combinadas con un tono de rosa nuevo, que llama opalino y que parece clavel rosado intenso. Con él se componen blusas para los trajes sastre negros, cuellos y puños para los vestidos negros y ribetea las orillas de los ojales.

Los trajes de sport y mañana se exhibieron con guantes mosqueteros de cuero tostado; los trajes de noche con abanico, y tiene también un nuevo tipo de joyas que consiste en muchas vueltas enroscadas de cuentas en plata que caen haciendo nudos en la delantera.

Entre las joyas para los trajes, Vionnet nos ofrece grandes cuentas redondas en metal esmaltado con lunares en color. Tiene también un collar hecho con hilos retorcidos de cuentas plateadas que caen profusamente sobre los delanteros de los cuerpos de sus vestidos de noche.

Sus escotes son muy variados. A veces cierran en el nacimiento del cuello, con broche de brillantes.

Los conjuntos de tarde incluyen diseños florales chicos sobre fondo negro en seda y también flores grandes estilo cretona; con estos vestidos se usan tapados largos tres cuartos; otros conjuntos tienen vestidos en marocain rosa con tapados largos en lana negra.

Los vestidos en georgette tienen alforzas horizontales y faldas tableadas con franjas chatas ablusadas como señaladores de libros, que se colocan casi siempre en la espalda.

Para la tarde tiene trajes estilo sastre, en tafetas a lunares y a cuadros y en faya, ajustados en la cintura y con un efecto ligero de peplum por debajo.

Las telas para la noche incluyen lamés que son verdaderas maravillas, chiffon imprimé, algunos con enormes flores, el

nuevo crêpe bilitis, tul, encaje, etc.; las faldas tienen efectos de godets a tablas y tablas comunes; algunas tienen panneaux sueltos un poco largos o pequeños volados; hay franjas ablusadas que salen del cuerpo y que terminan como colas; escotes cuadrados y cinturones angostos. La silueta general es la misma de la última estación.

Con los vestidos de noche se usan guantes largos en color; los tapados en general hacen juego con el vestido y se usan también como saco de comida ajustado, como son, por ejemplo, los modelos en tafetas imprimé con enormes cuellos en piel, que se usan sobre vestidos en el mismo tafetas; los modelos en chiffon imprimé tienen sacos de lo mismo con borde de piel. Los tapados largos en terciopelo negro y de color tienen cuello y ruedo en zorro plateado y son alargados por detrás; las capas en terciopelo se adornan con nido de abeja, y capas cortas estilo echarpe en armiño. Algunos sacos cortos se hacen con un enrejado de strass.

Los colores que predominan en la colección son el nuevo rosa opalino, azul marino, negro, blanco, verdes amarillentos, beige y azul claro.

Los colores que predominan en la colección son el nuevo rosa opalino, azul marino, negro, blanco, verdes amarillentos, beige y azul claro.

Los colores que predominan en la colección son el nuevo rosa opalino, azul marino, negro, blanco, verdes amarillentos, beige y azul claro.

LOS ACTUALES TRAJES DE SPORT

Por JENNY

Esta colección es una de las que tiene mejor presentación. Empieza con trajes de sport, que llaman la atención por sus coloridos pastel y por sus blusas sweater en jersey de seda bordadas con frutas como frutillas o guindas en sus tonos naturales. Luego vienen los trajes de tarde en negro y blanco, negro y rosa o azul y blanco, muchos con faldas paraguas, su línea nueva, todos cortos y con vuelo.

Para la noche tiene varios tipos; algunos en chiffon tienen faldas primorosamente trabajadas con moños flexibles en chif-



Tapado corto en terciopelo, haciendo juego con el traje



DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY

fon de vez en cuando. Otros son casi griegos en sus líneas, con faldas largas transparentes desde abajo de la rodilla. Otras son en satén con drapés rectos.

Los trajes de sport y mañana se exhibieron con guantes mosqueteros de cuero tostado; los trajes de noche con abanico, y tiene también un nuevo tipo de joyas que consiste en muchas vueltas enroscadas de cuentas en plata que caen haciendo nudos en la delantera.

LAS NUEVAS COLECCIONES DE VIONNET

La mayor novedad de la colección de Vionnet es su interpretación del vestido "transformación". Antes ya se había llevado a cabo esta idea sin llegar al éxito, pero ahora con "chez" Vionnet no se puede menos que admirar los modelos de belleza que ha creado.

Tiene uno en satén rosa beige con vaporosa capa en chiffon azul.

Se nos muestra un vestido, en que la falda está toda envuelta en azul transparente. En el escote hay una draperie del mismo azul, que se vuelve un pañuelo en la mano cuando la sobrefalda se usa como capa.

Otro traje en chiffon rosa orquídea tiene una sobrefalda a volados que resulta ser un chal fichu. Un tercero ofrece una falda de flecos de seda blanca y un collar de lo mismo retorcido como cordel grueso, y éste se vuelve una capa con flecos. El cuarto utiliza el reverso en chiffon imprimé para hacer un vestido sencillo en crêpe, sobre el que se usará el segundo vestido completo en chiffon amarillo con grandes lunares blancos.

Toda la colección está dominada por la idea de la transparencia, pues hay muchos trajes de tarde en crêpe imprimé y en colores pálidos, sobre los que se usan sacos largos en chiffon o en georgette oscuros.

Otra faz saliente de esta colección de bellezas son los tapados de noche con la parte superior como chal de terciopelo semitransparente y la inferior en capas de chiffon, mezclándose con el ruedo amplio del vestido. Sus colores son claros en esta colección de primavera: tonos de color tilo "lilleul", masilla, damasco pálido, verde lechuga, etc. Tiene también colores coral y combinaciones de



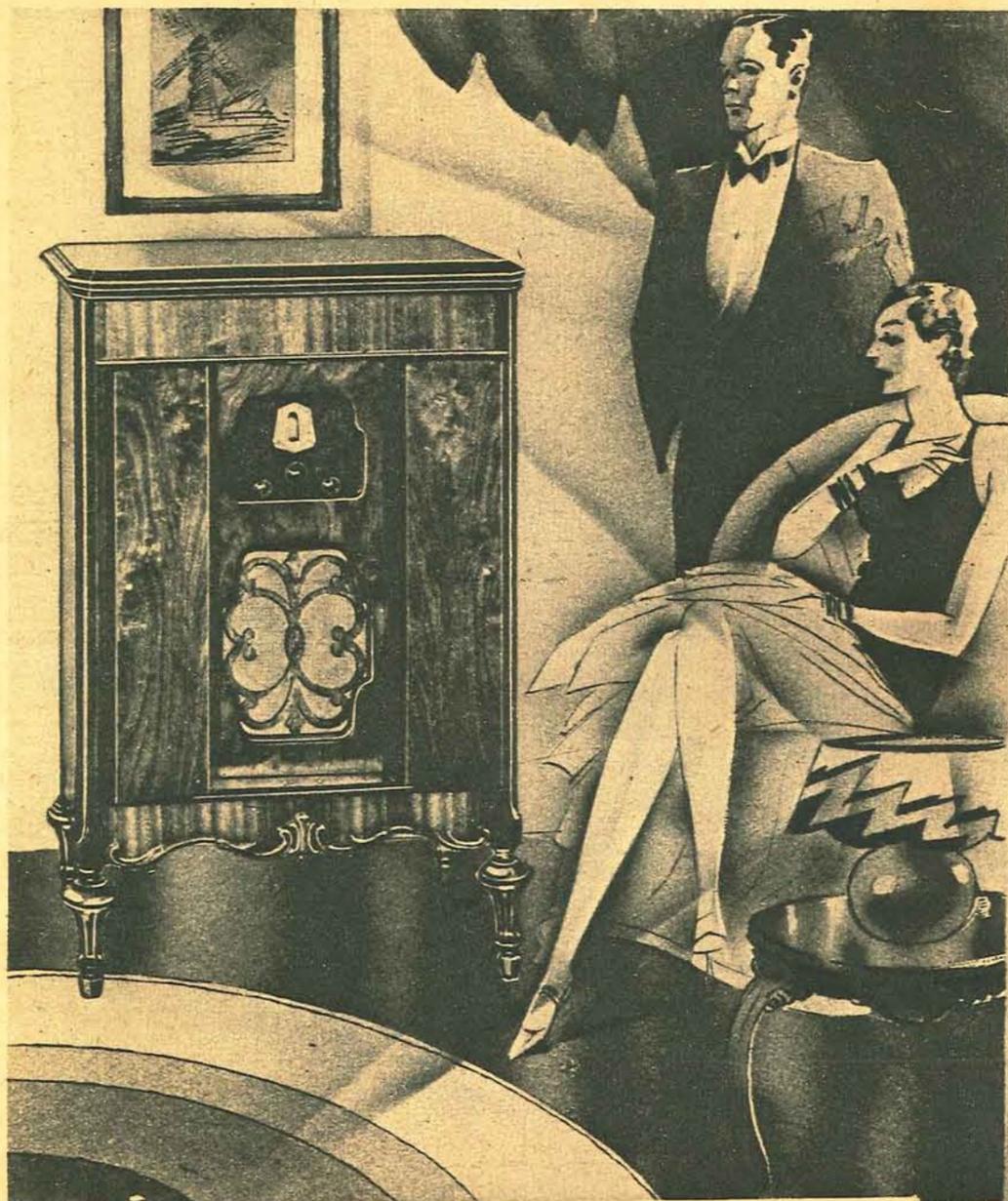
EL CUTIS QUE SE DESCUIDA, se marchita y envejece. El uso diario de la Crema Hinds le devuelve su juvenil frescura y suavidad.

CREMA HINDS

CROSLEY

El radiofonógrafo técnicamente superior al precio más bajo.

\$ 835 =



La combinación ideal.

Simple en su mecanismo como todo lo perfecto y de una riqueza de tono que realza aún más las armoniosas ejecuciones, ya sea de música en discos o por radio. Es un mueble de finas líneas construido ricamente. Este aparato lo acompañará en las largas veladas del invierno, y cuando en su hogar necesite músicaailable hará de cuenta que posee una maravillosa orquesta.

Los aparatos CROSLEY puede adquirirlos en cómodas cuotas mensuales en las buenas casas del ramo de la Capital. En venta en toda la República. Hay un agente CROSLEY en todas las localidades del interior. Pida una demostración.

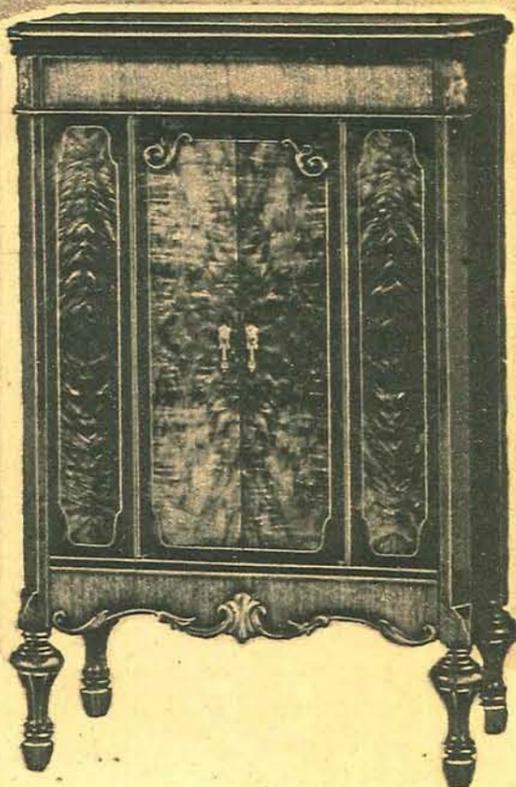
AUDICIONES CROSLEY

Todas las noches a las 21 horas, por L. R. 4, Radio Splendid, exclusivamente para RADIO CROSLEY con la cooperación de los mejores intérpretes de nuestra música popular. Por L. S. 1, BROADCASTING MUNICIPAL, selectas audiciones ofrecidas por la Asociación Pro Fomento de la Radio, de la cual somos miembros.

Si usted se interesa en ser nuestro agente en la localidad donde reside, llene el cupón adjunto.

NOMBRE

DIRECCIÓN



CROSLEY FONO-RADIO, eléctrico. Radiofonógrafo que reúne cualidades sorprendentes de nitidez, pureza y calidad de tono. Sin válvulas en la parte fonográfica, y selectividad, potencia y un alcance ilimitado en la parte de radio. Encerrado en un espléndido gabinete de nogal de Italia con finísimas molduras. Con el famoso chassis Unitrad Crosley. **\$ 835.-**

UNICOS IMPORTADORES
H. y C. CHILIBROSTE & CIA

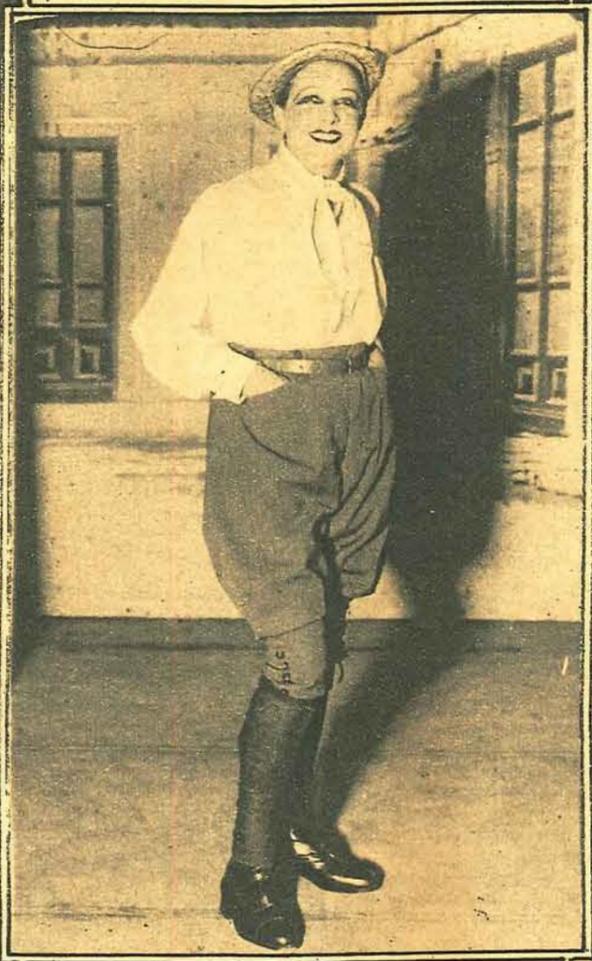
AV. DE MAYO 1361 - RIVADAVIA 1360-1368

Distribuidor en Uruguay: Claudio Soguti ANDES 1490, MONTEVIDEO. BUENOS AIRES Distribuidor en Paraguay: Arturo Escar. PALMA 306, ASUNCION

KODAK TEATRO



Hilda Moreno, tal como aparece en el primer cuadro de "El "doctor" está patético", revista estrenada últimamente en el Sarmiento



Con esta indumentaria Blanca Crespo personifica a "Taquito" en el sainete "Palermo Chico", dado a conocer en el Apolo



Ayer y hoy: dos etapas en la vida de una artista. Berta Singerman a los 11 años, cuando inició su carrera teatral en el papel de huérfana en "El amor ciego", de Libin. En la actualidad, en la interpretación de Maria Luisa en "La invitación al viaje", de Jean Jacques Bernard, la obra estrenada en el Argentino

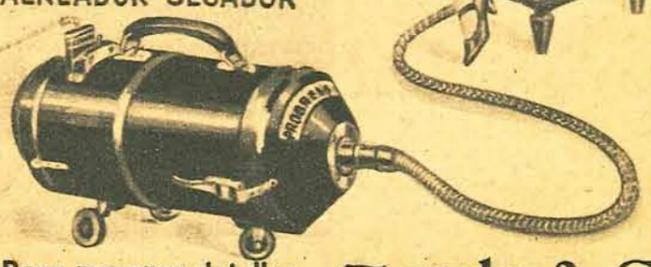


Elias Alippi, Marcelo Ruggero, José Otal, Iris Marga, A. Anchart, S. Bamio y E. Labar en "Que la agarre quien la quitera", pieza que se representa en el Cómico

Ya se acabó...
 el trabajo más molesto de la casa, con el **EQUIPO-HIGIÉNICO PROGRESS**

Utiliza tanto la presión como la succión del aire para la más perfecta limpieza, aereación y desinfección de tapices, alfombras, etc.

**ASPIRADOR-SOPLADOR
 AEREADOR-SECADOR**

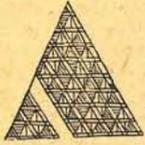



Para mayores detalles llame al No. 37-Riva.-5332 o pida folleto ilustrado

Cassels & Co.
 MAIPU 271

MI VIDA

P O R
LEON TROTZKI



Lo ocurrido la "razzia" de enero de 1898 no fui detenido en Nikolayev, sino en la finca de un gran propietario, donde Swi-

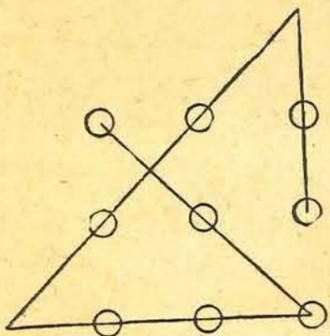
kovski desempeñaba el cargo de hortelano jefe. Había ido allí a visitarlo llevando conmigo una cartera llena de manuscritos, dibujos y otros diversos papeles clandestinos. Por la noche, Swikowski la escondió en un hoyo que servía para guardar legumbres, y al amanecer, antes de emprender la tarea diaria, la extrajo, a fin de entregármela.

En aquel preciso instante aparecieron los gendarmes y nos detuvieron. Swikowski tuvo el tiempo justo de tirar la cartera detrás de un barril de agua. Los policías nos autorizaron a tomar algún alimento antes de marchar. Nos lo sirvió, siempre bajo la vigilancia de ellos, una vieja mucama de la finca. Swikowski la encomendó en voz levisima que buscara la cartera y la llevara a un lugar seguro. Así lo hizo la buena mujer, aunque no ideó mejor escondrijo que enterrarla en la nieve del jardín. Empezamos el camino hacia la cárcel, convencidos de que habíamos logrado salvar los documentos de las garras del enemigo.

Vino la primavera, se deshizo la nieve, creció la hierba y la cartera quedó otra vez oculta. Al llegar el verano empezó la siega en el jardín. Nosotros seguíamos encarcelados. Dos chucuelos que jugaban por allí tropezaron con la cartera y se la dieron a su padre. Este la entregó al propietario, "liberal" caballero, que se sintió presa de pánico por el hallazgo y la llevó en persona al coronel de la Gendarmería de Nikolayev. "Habet sua fata libelli". La letra de los escritos fué utilizada como prueba de acusación contra varias personas.

La vieja cárcel de Nikolayev no tenía condiciones para alojar a presos políticos, y mucho menos a tantos como entonces éramos. A mí me encerraron con un joven encuadernador, Yavitch, en una celda muy amplia pero que carecía de muebles y casi de calefacción. En la puerta había un gran ventanillo en cuadro, abierto a un corredor que conducía directamente al patio. Hacía un frío terrible aquel mes de enero. Por las noches nos entraban una colchoneta de paja y por las mañanas se la llevaban de nuevo. Con los sobretodos abrochados hasta el cuello, encasquetados los sombreros y metidos los pies en zuecos, Yavitch y yo permanecíamos unas

ROMPECABEZAS



La prueba consistía en unir los nueve anillos con sólo cuatro líneas rectas. He aquí la solución.



cuantas horas al día, pocas, sentados con las espaldas apoyadas en la estufa, que esparcía un calor mortecino. Eran aquellos, para nosotros, los momentos más felices de la jornada. No nos llamaban nunca a interrogatorio. Corríamos de una esquina a otra de la celda para entrar en reacción. Empecé a enseñar a Yavitch conocimientos científicos populares.

Transcurrieron así unas tres semanas. Un día fuí conducido a la cancelería y entregado allí a dos gendarmes, que me condujeron a la cárcel de Kherson, más vieja todavía que la de Nikolayev. La celda era espaciosa, pero la ventana enrejada no podía ser abierta. Me encontraba allí completamente aislado. No me permitían hacer ejercicio ni tenía siquiera vecinos en las celdas contiguas. No me llegaban provisiones del exterior. Me faltaba hasta el té y el azúcar. Una vez por día, a las doce, recibía el condumio carcelero. La ración de pan de centeno con sal que me daban tenía que servirme para el almuerzo y la comida. Sostenía conmigo mismo diálogos interminables, a fin de saber si me asistía derecho a ampliar el primero a costa de la segunda. Los argumentos matutinos me parecían, por la noche, criminales y absurdos. No podía cambiarme de ropa interior. Recuerdo que llevé la misma tres meses seguidos. Me fué necesario inventar ocupaciones para distraerme: recorrer, por ejemplo, mil ciento once veces la diagonal de la celda.

No había cumplido aún los diez y nueve años. Me encontraba en un aislamiento absoluto, como no he vuelto a experimentar jamás, a pesar de que he estado preso en un puñado de cárceles. No tenía ni un solo libro, ni un papel, ni un lápiz. La celda no se ventilaba nunca. Me figuraba la atmósfera que allí habría por la cara que ponía el subje de la prisión cada vez que entraba a visitarme. Tras de morder un bocado, uno solo, y muy chico, de pan negro, empezaba a pasear y componer versos. Transformé las viejas "dubínushka" en las "mashínushka" proletarias. "Escribí", de memoria, una "Kamarinskaya" revolucionaria. De calidad mediocre, aquellos versos se hicieron después muy populares. Todavía hoy circulan impresos por ahí.

A ratos, sin embargo, la soledad me deprimía el ánimo. El remedio era entonces contar todo lo de prisa que podía mil ciento once pasos en la diagonal. Hacía fines del tercer mes, cuando el pan de la cárcel, el saco relleno de paja y la mise-

ria se habían convertido ya en parte tan fundamental de mi vida como el día y la noche, entré en la celda el guardián un atardecer portando una gran colección de cosas que parecían provenir de un mundo extraño y fantástico: ropa interior inmaculada, una almohada, una sábana, pan blanco, té, azúcar, jamón, conservas, manzanas, naranjas... sí, naranjas grandes, de un rojo sombrío... Hoy, al cabo de treinta y un años, la enumeración de aquellas maravillas me impresiona todavía, y hasta echo de ver que olvidé mencionar un tarro de mermelada, una pastilla de jabón y un peine.

"De parte de su madre", me dijo el guardián. Y por muy escasa que fuera entonces mi experiencia en leer los pensamientos humanos, comprendí que le habían dado una buena propina.

Poco tiempo después fuí embarcado para Odessa y encerrado allí en la Cárcel de Aislamiento, construida con arreglo a los principios más modernos, entonces, de la ciencia penitenciaria. Tras de Nikolayev y Kherson, aquello me parecía el paraíso terrenal. Durante los cinco primeros meses, sin embargo, no me permitieron recibir libros del exterior, y tuve que contentarme con los de la biblioteca de la prisión. Lo que más abundaban entre ellos eran obras históricas de tendencia conservadora y revistas religiosas de una venerable antigüedad. Las devoré bien pronto y me puse al corriente de la índole de todos los cismas habidos y de la importancia de todas las sectas nacidas desde los comienzos de la cristiandad. Me enteré de las ventajas de la Iglesia rusa y supe de los mejores argumentos formulados contra el catolicismo romano, el protestantismo, el tolstoisismo y el darwinismo. Por los relatos del arzobispo Nicanor aprendí que el discurso de la burra de Balaam no tuvo nada de excepcional, toda vez que hay también loros que hablan. Los trabajos referentes a la masonería me interesaron mucho. ¿Cómo surgió aquel extraño movimiento? ¿Cuál sería la actitud del marxismo a su respecto?, me preguntaba. Sentía yo aun dudas por aquel entonces acerca del materialismo histórico. Tan pronto como mi familia obtuvo permiso para facilitarme libros, dediqué gran atención a la francmasonería. Llené de notas sobre la materia, en apretada letra, casi todo un cuaderno de varios cientos de páginas. Estudié los orígenes y el desarrollo del movimiento francmasón en diversos países de Europa. Por extraño que ello pueda parecer, la his-

MIS PRIMERAS PRISIONES

Con los sobretodos abrochados hasta el cuello, encasquetados los sombreros y metidos los pies en zuecos...

toria de la masonería fué para mí como el puente último en mi ruta hacia el marxismo. Un año entero pasé ocupado en el trabajo aquel. Llevé conmigo el cuaderno cuando marché desterrado y también al partir para el extranjero. Lo perdí con ocasión de la revolución de 1905, y todavía hoy lo lamento.

A petición mía, mi hermana me proporcionó cuatro ejemplares de los Evangelios en otros tantos idiomas. Con auxilio de mis conocimientos escolares de francés y alemán, lei verso a verso las Sagradas Escrituras en inglés e italiano. Mi capacidad lingüística no es muy vasta. Hoy mismo no domino por completo ninguna lengua extranjera, a pesar de que residí durante bastante tiempo en varias naciones de Europa. Ello, no obstante, en la cárcel de Odessa realicé progresos considerables.

Quando los presos recibían la visita de sus parientes eran llevados a unas estrechas celdas, separadas de los visitantes por dos rejas. La primera vez que mi padre fué a verme recibió la impresión de que el hueco de piedra aquel era el lugar donde estaba yo siempre encerrado. Ello le emocionó tan hondamente que no pudo pronunciar una sola palabra. En respuesta a mis preguntas, se limitaba a mover los labios, sin conseguir articular sonido alguno. No olvidaré jamás la expresión de su rostro. Cuando mi madre acudió a visitarme estaba ya advertida y logró conservar la presencia de ánimo.

El año 1898 se caracterizó por los arrestos en masa. La sección especial de la cárcel de Odessa se encontraba atestada de jóvenes social-demócratas. Conversábamos por medio de golpecitos en los muros, cambiábamos comunicaciones escritas valiéndonos de los reclusos de derecho común y nos hacíamos señas por las ventanas. Unos detenidos que consiguieron la libertad se llevaron los versos que yo había compuesto en Kherson. Sucedió esto en tiempos del asunto Dreyfus. Un día nos llegó el rumor de que en Francia había estallado la revolución y de que la monarquía acababa de ser restablecida. Quedamos obsesionados por la idea de que el mundo experimentaba un golpe irremediable. Alarmados, los gendarmes se precipitaron en los férreos corredores para acallar el tumulto y los golpes. Creyeron que protestábamos contra el régimen de alimentación. No; la galería política de la cárcel protestaba simplemente contra la restauración de la monarquía francesa.

Mientras tanto, aumentaba en Rusia la intranquilidad. Los cosacos azotaban con sus rebenques a los escolares. Los liberales se veían incensados porque las víctimas eran sus hijos. Adquiría intensidad la corriente social-demócrata. La revolución había dejado de ser patrimonio exclusivo de la "intelligentzia". Iba en aumento el número de obreros detenidos. A pesar de que con ello disminuía en la cárcel el espacio, se respiraba allí mejor.

Hacia fines del año segundo fuimos sentenciados por la organización de nuestra Unión del Sur de Rusia. Los acusados principales teníamos que cumplir cuatro años de destierro en la Siberia oriental. Antes habíamos de permanecer otros seis meses en la Prisión de tránsito de Moscú. Fué aquella una época de formidable trabajo ideológico. Oí entonces por vez primera el nom-

bre de Lenin y estudié un libro suyo, aparecido poco tiempo antes, sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia. Escribí allí—y conseguí luego escamotear fuera de la cárcel—un folleto acerca del movimiento proletario de Nikolayev, obra impresa en Ginebra al cabo de pocos meses. Después fuí trasladado a otras varias prisiones. En el otoño de 1900 salimos, por fin, en dirección al lugar de nuestro destierro.

(Continuará).

Alivia las encías que sangran... y previene la piorrea

(Pérdida de los dientes, de la belleza, de la salud)

Este sencillo método es recomendado por 2 de cada 3 dentistas de Buenos Aires

Los tejidos blandos, las mucosas irritadas, sangran, se infectan fácilmente y ocasionan la piorrea, llevando el malestar a todo el organismo. Pero ahora hay un método muy fácil de prevenir esta enfermedad empleando a diario el polvo dentífrico Pyorrhocide.

Desinflama y fortalece las encías...

El empleo diario de Pyorrhocide es lo que hoy recomiendan 2 de cada 3 dentistas de Buenos Aires.

La acción del Pyorrhocide se debe al Dentinol, medicamento que calma la inflamación y afirma las encías blandas, esponjosas, que sangran y se descarnan.

Ponga un poquito en su cepillo de dientes por la mañana y por la noche... ¡qué alivio en la boca! ¡qué limpieza en las encías y en los dientes! ¡qué sensación de salud!

Un tarrito dura varios meses.

Visite a su dentista cada seis meses.



¿Por qué no hace un ensayo? Envíenos este cupón con una estampilla de 5 cts. y le mandaremos muestra gratis por correo

POLVO PYORRHOCIDE
Dep PYORRHOCIDE
Rivadavia 1244 Bs Aires
Sírvase mandarme una muestra de Pyorrhocide. Incluye estampilla de 5 cts

NOMBRE: _____
DIRECCION: _____
CIUDAD: _____

002 LN-4/5/56

LOS PUEBLOS DEBILES Y EUROPA

En los últimos quince años, Prusia robó a Dinamarca, y después fué por Alemania, saqueando reinos y grandes ducados; en seguida desmembró a Francia; más tarde, Rusia hizo pedazos a Turquía; nace dos años, súbitamente, la República Francesa cayó sobre Túnez, y apresó a ese desventurado Estado berberisco. En cada uno de esos casos, Europa se portó como un coro de ópera a la antigua usanza, cuando el membrudo barítono, allá por el cuarto acto, alzaba el acero sobre el tenor gentil y flacucho: el coro se adelanta, modula una larga frase, agita los brazos en cadencia, hace el comentario amargo de la acción, vocifera tal vez: "¡Deteneos!". Después, apartándose con gran compostura, deja en la boca de la escena al tirano barbudo, sondeando tranquilamente con la punta de la hoja el interior del galán...

("Cartas de Inglaterra").

PSICOLOGIA Y PAISAJE

El sol, naciendo tras de las Pirámides, sobre el aleonado desierto de Libia, forma un prodigioso cuadro; el Valle de Caos, en los Pirineos, es de una grandeza exuberante... Pero todos esos espectáculos serán siempre infinitamente menos interesantes que una simple comedia de celos, transcurrida en un quinto piso. ¿Qué hay, en efecto, de común entre el Monte Blanco y yo? En tanto que las alegrías amorosas de mi vecino o los llantos de su duelo, son como la consciencia visible de mis propias sensaciones.

("Ecos de París").

INGLATERRA Y EL BRASIL

La admiración del "Times" por el Brasil está mezclada con cierto patrocinio familiar de ser superior, que es la actitud corriente de Inglaterra y de la prensa inglesa hacia las naciones que no tienen doscientos acorazados, un Shakespeare, un Bank of England y la institución del "roast-beef".

("Cartas de Inglaterra").

MUJERES Y MUJERES

Había la "mujer de exterior", flor de lujo y de mundanismo culto; y había la "mujer de interior", la que guarda el lar, ante la cual, cualquiera que fuese su lustre, Fradique conservaba un tono penetrado de respeto, excluyendo toda investigación experimental. "Estoy en presencia de éstas (escribe a Madame de Jouarre) como frente a una carta ajena cerrada con sello y lacre". Sin embargo, en presencia de aquellas que se "exteriorizan" y viven por entero en el ruido y en la ostentación, Fradique se sentía tan libre y tan irresponsable como ante un libro impreso. "Hojea el libro (le dice, también, a Madame de Jouarre), anotarle en los márgenes satinados, criticarlo en voz alta con independencia y humor, llevarlo en el "coupé" para leerlo por la noche en casa, aconsejárselo a un amigo, tirarlo a un rincón leídas las mejores páginas, es cosa permitidísima, creo yo, por la Cartilla y el Código.

("La correspondencia de F. Mendes").

LISBOA Y LOS HOMBRES DE LETRAS

El sentimiento de Lisboa por los hombres de letras es el de un burgués por los bellos muebles de tapicería de su sala magnífica: le gustan, los usa poco y estima, sobre todo, que los demás se los elogien.

("Últimas páginas").

PAUL BOURGET

El Sr. Bourget es un parisiense con un ligero toque de inglesismo, como lo pide la moda, que lleva al Faubourg St. Germain, en un "fiacre". sus

métodos de psicología, de una psicología que huele bien, que huele a "oppoanax"; y, tomando unos aires infinitamente profundos, revuelve los corazones y las sedas de las señoras, para revelarnos secretos que todo el mundo sabe, en un estilo que todo el mundo tiene.

("Últimas páginas").

EL SEPULTURERO

El sepulturero es un sembrador. Siembra cuerpos. Sólo que no tiene la esperanza ni el amor de las cosechas. ¿Quién sabe si los cuerpos que se arrojan a la fosa, simientes fúnebres, no se abren, allá en lo alto, en campos de frutos divinos, de los que nosotros únicamente vemos la punta de las raíces, que son las estrellas?

("Prosas bárbaras").

FATALIDAD DEL CARACTER FEMENINO

Una fatalidad del carácter femenino: les es insostenible la serenidad. En la vida pacífica, buscan la novela; en la novela, buscan el dolor. Es necesario que esos cráneos pequeños y graciosos tengan siempre el honor de descubrir una tempestad...

("El misterio de la carretera de Cintra").

PORTUGAL EN 1872

—Pertenece a un partido, viene a ser...

—Es meterse la gente en un ómnibus que lleva a los empleos...

—Y el país, ¿en qué se emplea?...

—En las secretarías. Son salas en donde hombres tristes escriben en papel de oficio "Ilmo. y Excmo. Sr.", para poder comer y cumplir esta evolución: a los 20 años, medio inútiles; a los 30, inútiles, y a los 45, inútiles y medio.

—Y, ¿de dónde salen esos hombres?

—Del Liceo, que es un lugar con bancos, donde en la niñez se aprenden de memoria fragmentos de libros, para tener derecho, ya hombre, a no volver a leer un libro entero.

—¿Y la diplomacia?...

—Cada gobierno, amigo mío, acostumbra mandar afuera como embajadores a aquellos que no quiere ver dentro como jefes de oposición. En realidad, los diplomáticos son como los criados a los que los compañeros envían a espiar a la sala, para comer ellos más a sus anchas en la cocina.

—Y los portugueses, ¿son inteligentes, por lo menos?

—Fué el "A B C" el que divulgó eso: ¡le envanecía que lo hubiesen comprendido!

—Pero las mujeres?

—Personas excelentes, que

tienen la dulzura de fingir que no tienen ingenio... ¡Sólo para no humillar a los maridos!

—¿Qué tal conversan?

—No se sabe. Nunca tienen con quién.

—¿Y femininas?

—Son utilitarias, amigo mío. Encuentran en todo lo que encuentran hasta en el vals: una utilidad.

—¿En el vals? ¿Qué utilidad?

—Sudar con elegancia en sociedad.

—¿Oh, Dios, volvamos a las

Portugal tienen en sí el buitre... y el pato.

("Una campaña alegre").

EL HABITO INSTINTIVO DE DEPRIMIR LA PATRIA

Al otro día temprano, encerrado con el general en uno de los quioscos del jardín, le conté mi lamentable historia y los motivos fabulosos que me traían a Pekín. El héroe escuchaba, alisando sombriamente su espeso bigote cosaco...

—¿Mi apreciado huésped sabe el chino? — me preguntó de repente, fijando en mí la pupila sagaz.

—Sé dos palabras importantes, general: mandarín y té.

Pasó su mano de pronunciadas venas sobre la horrible cicatriz que le surcaba la calva:

—Mandarín, amigo mío, no es una palabra china y nadie la entiende en la China. Es el nombre que, en el siglo XVI, los navegantes de su país, de su hermoso país...

—¿Cuando nosotros teníamos otros navegantes!...

—murmuré suspirando.

El suspiró, también, por cortesía, y continuó:

—...Que sus navegantes dieron a los funcionarios chinos. Viene de su verbo, de su lindo verbo...

—¿Cuando teníamos verbo!...

—murmuré con el hábito instintivo de deprimir a la patria.

Abrió un momento su ojo redondo de viejo buho, y prosiguió, paciente y grave:

—De su lindo verbo "mandar"... Le queda, por lo tanto, té. Es un vocablo que desempeña un vasto papel en la vida china, pero lo juzgo insuficiente para servir a todas las relaciones sociales...

("El mandarín").

LA FAMILIA PORTUGUESA EN 1872

—¿Y la familia?...

—Es un grupo de egoísmos, que come en pantuflas...

("Una campaña alegre").

LA REPUBLICA

La república, en verdad, hecha primero por los partidos constitucionales y rehecha después por los partidos jacobinos, que, habiendo vivido fuera del poder y de su engranaje, la toman como carrera, sería en Portugal un tumulto sangriento.

("Notas contemporáneas").

LOS ORGANOS DEL ESTADO

Desgraciadamente, entre tantos órganos de que está provisto el Estado, no hay ninguno que tenga la forma, siquiera vaga, de un corazón humano.

("Ecos de París").

EL PARLAMENTO INGLES

El Parlamento inglés, rico y ruidoso club en donde se conversa irresponsablemente y,

FRAGMENTOS ANTOLOGICOS DE EÇA DE QUEIROZ

¿Cómo no se ha tirado en los diagramas literarios una vertical desde Mariano José de Larra a Eça de Queiroz? Un común denominador: el escepticismo. Una misma razón geográfica, tradicional: la península. Una afinidad educativa: el uno estudia en textos franceses, el otro cursa estudios en un colegio de Burdeos. Un aproximador entronque sanguíneo: Figaro

Francia. "Portugal — exclama con vigor juvenil, agigantando su desengaño — es un país traducido del francés al "caló". Y se revuelve, magnífico, incisivo, contra "el portugués que ha hecho este Portugal que vemos". Y lo pinta con pintorescos colores, que disfrazan la palidez de un espíritu angustiado. Al rostro de Eça asoma, no obstante, la risa, fingida o ambigua; risa, al cabo. Al de Larra, una sonrisa dolorosa, forzada, que a veces es rictus, sollozo adulterado.



Eça de Queiroz
Oleo de Columbano

de una ilustre familia lusitana. Únicamente, de la pluma del suicida del año 37 brota un tinte mordaz, una palabra sarcástica, que se transforma en una estereotipada sonrisa, en una ironía acentuada, al pasar a las cuartillas del literato portugués.

Pero ambos cobijan un inconfundible, un auténtico sello de su solidaria nacionalidad ibérica, ahondan en los terrones de la gleba patria. Pero ambos aguantan con protestas el peso de sus épocas y sus circunstancias. A Larra lo aplasta la chatura, la mediocridad encumbrada del ambiente en que se mueve; a Eça lo decepciona una tierra nativa desnaturalizada, sometida a tuteladas políticas, y morales. En lo político, Gran Bretaña; en lo demás,

tales. Hemos recurrido para trasladarlas en un medallón demasiado reducido, al segundo tomo de los consagrados a Eça de Queiroz por la excelente "Antología Portuguesa", que dirige, con amoroso celo y erudita competencia, el Dr. Agostinho de Campos. Nuestra tarea se limita, en realidad, a una selección obligada, impuesta por la exigüidad del espacio, y a una traducción original, cumplida con un propósito respetuoso de la labor ajena.

MANUEL PEÑA RODRIGUEZ

generalidades! ¿Es rico el país?

—Portugal es un país del que todos dicen que es rico, poblado de gente de la que todos saben que es pobre.

—¿Pero la agricultura?

—La agricultura es aquí el arte de asistir impasible al trabajo de la naturaleza.

("Una campaña alegre").

JULIO VERNE

Julio Verne, ese encanto de las criaturas y de los convalecientes...

("Últimas páginas").

EL BUITRE Y EL PATO

Alejandro Dumas tenía un buitre, que era el camarada íntimo de un pato. Y aquel espíritu radiante decía que era la natural unión de la estupidez y de la ferocidad.

con el sombrero en la cabeza, sobre todos los negocios del Universo.

("Últimas páginas").

EL TRAJE NEGRO

¿Por qué no acompaña mi amigo a este interesante joven al cementerio de Prazeres? Yo tengo un coche de plaza y con número, como conviene a un profesor de filosofía... ¡Qué! ¡Por causa de los pantalones claros! ¡Oh, querido amigo! De todas las materializaciones de la simpatía, ninguna más groseramente material que la de la ropa negra. ¡Y el hombre que nosotros vamos a enterrar era un gran espiritista!

("José Matías" - "Cuentos").

EL AMOR Y EL LUJO

Elisa se cernía idealmente en aquel ambiente, y él purificaba las paredes, que mandó tapizar con sedas claras. El amor arrastra al lujo, sobre todo un amor de tan elegante idealismo: y José Matías prodigó con esplendor el lujo de que ella participaba. Decentemente, no podía andar con la imagen de Elisa en un coche de plaza, ni consentir que la augusta imagen rozase las sillas de paja de San Carlos. Montó, por lo tanto, carruajes de un gusto sobrio y puro; y se abonó a un palco de la Ópera, en donde instaló para ella una poltrona pontifical, de satin blanco, bordada de estrellas de oro.

("José Matías" - "Cuentos").

UN ULTRA - ROMANTICO

¿Un imbécil?... ¡No, amigo mío! Un ultra-romántico, locamente ajeno a las realidades fuertes de la vida, que nunca sospechó que chinelas, y pañales sucios de criaturas, son cosas de superior belleza en una casa en que entre el sol y haya amor.

("José Matías" - "Cuentos").

SER "RETRATADO"

En seguida que Sainte-Beuve asciende a pontífice crítico, Balzac pasa a representarlo a través de la "Comedia Humana" con tenaz y leonina ironía. Apenas Gambetta se afirma como el hombre providencial de la Tercera República, Sardou lo reproduce, en el escenario, en el fanfarrón "Rabagas". La celebridad del Marqués de Bute, en Inglaterra, lleva a Lord Beaconsfield a dedicarle toda una novela, "Lothair". Y, no pudiendo dar un libro a cada uno de los dos dominantes "dandies" Morny y Cadet-Rousse, Octave Feuillet les funde en uno solo, en el supremo Mr. de Camors. En literatura el retrato se convierte así en la investidura oficial de la Gloria.

De aquí resulta lógicamente, mi querido Carlos, que "figurar" en una novela o en un drama es la ambición suprema y el placer inefable de todos los glotonos de la celebridad, sobre todo de aquellos que van sintiendo que esa celebridad se marchita y se deshoja, como una corona hecha con frágiles rosas de un día... ¡Nuestro buen Bulhao Pato saborea desde hace meses, según me afirma Chagas, ese gozo inefable!

¡Ha sido "retratado"! ¡Es, pues, ilustre! ¡Un artista, durante noventa y tres páginas, se aplicó a detallarle la figura inmortal! ¡Su gloria chisporrotea en plena brasa! Y los días de Bulhao Pato, ahora, transcurren en incomparable delicia, estirado en una silla, leyendo, relejendo los "Maías", y sonriendo beatíficamente, como ídolo entre flores...

(Carta a Carlos Lobo de Avila, director de "O Tempo", diario de Lisboa).

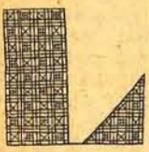
SUEÑOS

Los sueños son como tapices que los ángeles desenrollan y en que están bordados, con claros colores, los destinos que serán.

("San Cristóbal").

"MASCARA BLANCA"

EDGAR WALLACE



A campanilla del teléfono había sonado a intervalos frecuentes en el piso de los Landor, como podían oírlo desde la

calle los pesquisas de la guardia: sin duda había una ventana entreabierta por donde salía el sonido.

—Se diría que Mason se está atolondrando —, dijo Elk malhumorado. — Por qué vine aquí, no lo sé. ¡Locura! A veces me pongo así: pierdo la cabeza y hago bobadas.

—Usted vino aquí —, le dijo el inspector Bray severamente —, porque su superior le ordenó que viniera.

Elk rezongó. —Lo malo de usted, Billy, es que carece del sentido de lo insignificante —, respondió desmofadamente.

—Esas palabras no parecen muy respetuosas —, dijo Bray con severidad.

Quería ser, en realidad, muy severo; pero con Elk resultaba ello inútil. En cualquier momento podía obligar a su interlocutor a que lo hiciera comparecer ante el jefe de policía, y una vez en su presencia, invariablemente demostraba que él y el jefe eran las únicas personas del mundo que tenían opinión sensata sobre el asunto.

—¿Cuántos hombres ha apostado? —, le preguntó Bray. — No quiero dar a esos sujetos la oportunidad de escabullirse.

—He apostado nueve —, dijo el sargento Elk, casi radiante. — Mi superior apostó tres y asume toda la responsabilidad. Yo me atreví a proponer una guardia mayor, pero se me respondió que recordara cuáles eran mis atribuciones.

—Yo no dije nada de eso —, respondió Bray, amoscado.

Bray se puso a atisbar de arriba abajo. No se sentía muy feliz a las órdenes de Mason. Muy pocos pesquisas lo eran. Y estaba fuera de su departamento, lo cual se hacía deplorable. Por otra parte, Mason se mostraba implacable con los errores de sus subordinados, y este era un caso de asesinato, en el que no se aceptarían excusas. En total, más valía reconciliarse con su sargento, abiertamente favorito del superintendente.

Atisbó desazonado a uno y otro lado del camino.

—Perdóneme, Elk, si he estado violento con usted —, dijo casi afectuosamente —. Me encuentro aturrido con este asunto... ¿En dónde decía usted que debía apostarse a un hombre?

—En la parte trasera del patio —, respondió Elk con presteza. — Allí hay una puerta de escape para incendios por la que podría trepar o dejarse caer cualquier hombre o mujer hábil.

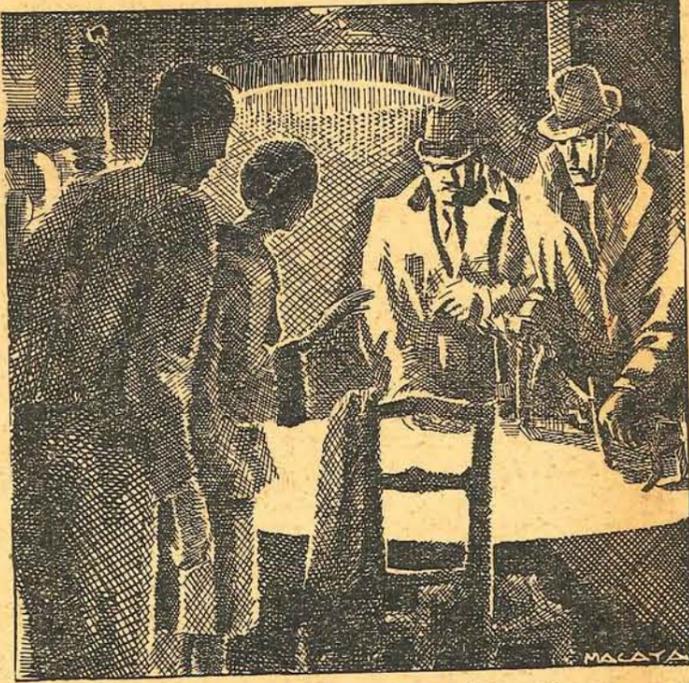
Elk se disponía a despachar una patrulla perfectamente inútil al extremo más lejano de la calle, cuando un automóvil de alquiler desembarcó por la esquina, paró delante de la puerta principal del departamento, y una mujer bajó. Los pesquisas vigilaban desde la esquina de un jardín fronterizo, del lado opuesto del camino.

—Parece una señora, ¿eh? ¿Qué piensa, Elk?

—Es una dama —, respondió Elk. — Y yo la he visto antes en alguna parte.

Ella pagó el taxi, que se alejó lentamente. Los vigilantes seguían observando.

Mientras Inés Landor introducía la llave en la cerradura de la puerta principal, la vieron volver la cabeza y mirar



ansiosamente en derredor. No podía ver nada. Su imaginación le había hecho figurarse el camino atestado de funcionarios de policía. Subió apresuradamente al primer piso, abrió la puerta de su departamento y penetró en él.

Sobre la mesa había una lamparita portátil que funcionaba con pilas secas, y la encendió. En el buzón aparecían cartas; ni siquiera se molestó en sacarlas, sino que, tomando la lámpara, se dirigió en silencio al dormitorio, que se abría al vestíbulo, y echó una ojeada en él. Le dió un vuelco el corazón al ver que su marido no había regresado. ¿Qué haría? ¿Qué podría hacer? Con un hondo suspiro se quitó el abrigo de cuero y el sombrero y entró en el dormitorio, dejando la puerta abierta.

Había sido cometido un asesinato en East End; ella vió ejemplares de la última edición de un diario y oyó a alguien hablar de ello, en la comida, no porque ella comiera, sino porque habitualmente cuando el matrimonio estaba en la calle, ella se encontraba con Louis en casa de Elford; pero ahora no había aparecido por allí. Ella esperó hasta que el restaurant cerró y luego marchó a un café nocturno de moda, donde la pareja solía ir cuando era muy tarde, y tampoco lo encontró.

El tiempo de la espera le parecía una eternidad. Atribulada había vuelto a casa, no atreviéndose, de miedo, a comprar el diario de medianoche que voceaban en las calles...

Se estremeció. Preguntábase si aquel buen doctor diría algo; el hombre de la voz suave que había sido tan amable y que le había administrado sal volátil. ¡Qué estúpida fue al confundir una riña entre dos obreros!... Tal vez era eso lo que los diarios llaman asesinato.

Ella le había dicho a él tantas cosas, cosas que no hubiera dicho a su madre, si viviese... Apenas habría un paso de los que ella dió ese día, del que no estuviera amargamente arrepentida. Era peor que insensatez, locura rematada, ir en busca de Louis. Suponiendo que hubiera ocurrido algo...

una riña; ella no se atrevía a imaginar cosas peores. Había publicado sus motivos por todo Londres.

Inés Landor se puso un peñador y empezó a pasear de arriba abajo en la habitación oscura, procurando serenar su ánimo. Sus cuatro últimos años fueron de felicidad radiante, años de forja de ensueños.

Pero esos castillos en el aire se había derrumbado.

Le pareció oír un ruido, unos pasos en el vestíbulo, y escuchó. Sonaba de nuevo algo así como un débil crujido. Había un tablero roto cerca de la puerta del vestíbulo, que siempre procuró que se compusiera.

—¿Eres tú, Louis? —, susurró.

Nadie respondió. Ella podía oír el solemne tictac del reloj del vestíbulo y el mugido lejano de un automóvil que pasaba por el extremo de la calle.

—Louis... ¿eres tú? —, repitió, alzando la voz.

Debió haber oído mal, pues no obtuvo respuesta. Dejó abierta la puerta, y dirigiéndose a la ventana, apartó las cortinas con cuidado y miró afuera, acto fútil, porque esta ventana daba al pozo situado a espaldas del edificio.

Entonces oyó un débil ruido. El silencio del piso era tan profundo que el ruido repercutió en el vestíbulo. Inés entró allí de puntillas y escuchó. Repitióse el ruido, y ella se deslizó hasta la puerta.

—¿Quién es? —, preguntó en voz baja.

—Louis.

El corazón de Inés palpitaba rápidamente. Dió vuelta al picaporte y le hizo entrar, cerrando la puerta tras él.

—Enciende la luz, querida. Su voz era fatigada y parecía la de un anciano. La voz de un hombre que ha venido corriendo y aún está agitado.

—¿Sentada en la obscuridad? Enciende las luces.

—Aguarda.

Había una ventana en el diminuto vestíbulo que podía verse desde la calle. Ella bajó la persiana, corrió las pesadas cortinas y cerró la puerta de su cuarto antes de encender la luz del vestíbulo. Salvo una marca debajo de un ojo, el rostro de Louis estaba sin color. Inés Landor se quedó mirando a su marido con terror creciente.

—¿Qué ha pasado?

El movió la cabeza, con un gesto a la vez de impaciencia y cansancio.

—Nada en absoluto. He tenido un día atroz. Inés ¿querías darme un vaso de agua?

—¿Con un poco de vino? Negó él con la cabeza.

—No, querida, solamente agua.

Inés salió por espacio de breves minutos; al volver, lo encontró mirando el cuchillo y el cinturón pendientes de la pared. Era uno de los muchos recuerdos que había traído de sus viajes: un ancho cinturón de cuero, con grandes incrustaciones de cobre, del que colgaba un cuchillo enfundado en una vaina vistosamente ornamentada. Hasta entonces había significado para él lo mismo que la silla, el lazo, las lanzas y las extrañas reliquias aztecas que revestían la pared.

—Hemos logrado deshacerlos de algún modo de ese —, dijo.

—¿Del cuchillo?

—Sí, de ese.

Dió un golpecito en el recamo vacío donde estuviera el segundo cuchillo.

Ella no le preguntó por qué, pero la esperanza que abrigaba su corazón se apagó y murió. Por un momento ninguno de los dos habló. Ella quería

UNA FUNDA DE CUCHILLO VACIA, Y DOS ARRESTOS

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

preguntarle cosas que sus labios se negaban a articular y apenas lograba decir trivialidades y lugares comunes.

—Me pareció oír tu voz en el piso, hace unos minutos —, dijo —. ¿Andabas por aquí?

—No.

—¿Por qué llamaste? —, preguntó, recordando.

El se humedeció los labios.

—Perdí mi llave. No sé dónde... en alguna parte.

Bebió el resto del agua y dejó el vaso al borde de una repisa sujeta en la pared.

—Había jurado que oí cerrarse la puerta hace pocos minutos —, dijo —. Entonces salí y te llamé. Oí que alguien caminaba en el vestíbulo.

El sonrió y le pasó un brazo por el hombro.

—Cosas de tus nervios... ¿Has esperado aquí, a obscuras?

Ella movió la cabeza. ¿Se lo diría? No era el momento para confidencias a medias.

—No, estuve afuera buscándote.

Le tomó el brazo.

—Louis, ¿no peleaste? ¿No hiciste... nada?

—No sé —, respondió —. Vamos a la sala.

—No, no; quédate aquí. Ninguna de esas luces se ve desde la calle.

Louis fijó en ella su mirada escrutadora.

—¿Qué quieres decir con eso de ninguna de esas luces se ve desde la calle? ¿Vigila alguien afuera?

—No estoy segura — respondió —. Me parece... Antes de salir del restaurant telefoné aquí, creyendo que habrías regresado. Pensé que la mucama estaba aquí y no me di cuenta de que no podría entrar. Sabía que había ido a casa de su hermana y la llamé allí.

Louis —, balbucearon sus labios —, la policía ha estado aquí.

Y como él no dijera nada, ella se dió cuenta...

—¿Ha pasado algo?

Louis Landor acarició con sus dedos su largo cabello negro.

—No lo sé... sí... lo sé, pero no estoy seguro de hasta qué punto me comprometí. Al ir a buscarlo, lo perdí de vista, pero se me ocurrió que daría con él en alguna parte de West End, y así fue.

—¿Le hablaste?

El movió la cabeza.

—No, iba en un automóvil con una chica... una linda chica; alguna pobrecita que ha caído en sus garras. Es una enfermera que trabaja con Marford.

Ella se quedó boquiabierto de asombro.

—¿Con Marford?... ¿No es el doctor Marford?

—¿Cómo diablos lo sabes? — preguntó él, sorprendido —. Sí, él instaló una clínica en East End. Voy a verla mañana y a decirle la verdad acerca de Donald Bateman. Los seguí en un coche hasta Bury Street y luego, de vuelta al hotel de él.

Buscaba la ocasión de verlo a solas, sin dar el menor escándalo, pero él no me la proporcionó. Naturalmente, no quise enviarle mi tarjeta a su habitación, así es que aguardé a que saliese. No había la menor probabilidad de verlo, porque se fué a un pequeño restaurant atestado de gente; pero comprendí que con paciencia podría agarrarlo y liquidar definitivamente nuestro asunto. Se demoró en cenar y se me ocurrió que esperaba a alguien. Efectivamente, al cabo llegó una mujer bastante linda. No vestía traje de noche y su voz era bastante ordinaria. Cuando él salió del restaurant lo seguí, a cierta distancia. Creo que entonces me reconoció. Naturalmente, ella complicó las cosas:

tuve que esperar a que él la dejase. Después de cenar, salieron del restaurant. Yo me encontraba en la galería de arriba y podía ver cuanto pasaba. Tomé un taxi y los seguí... Se encaminaron a un barrio miserable... Tidal Basin le llaman, me parece. Allí ella subió a un piso situado sobre una tienda. Entonces fué cuando te telefoné. Querida, ¿no me escuchas?

Movió la cabeza con desaliento.

—Tenía el presentimiento desagradable de que pudieras... ¿Estabas loca!

—Lo sé... Prosigue — dijo —. ¿Qué sucedió después?

Pidió otro vaso de agua y ella se lo trajo.

—El salió solo y yo lo seguí hasta una calle que tiene una pared larga por uno de sus lados. Iba a alcanzarlo cuando vi a una mujer cruzar la calle. Habló con él un instante y en seguida se separaron. Era mi oportunidad. No había alma viviente, y me acerqué a él...

—¿Tenía el cuchillo? — le interrumpió ella, y él sonrió, con una mueca.

—No le di tiempo para usarlo.

Ella había visto la contusión de su rostro, pero no tuvo ánimo de preguntarle cómo la sufrió. Parecía cosa tan insignificante, comparada con otras posibilidades tremendas...

—...Sí, lo herí, y se desplomó como fulminado. Salí con tus posibilidades. Advertí la presencia de una persona en el umbral del consultorio del médico: debí ser Marford... Corrí. Y en seguida vi que venía a mi encuentro un vigilante. En el lugar donde me detuve había un portón con un postigo, que, por milagro, estaba entornado. Entré y lo cerré. Me hallé en un patiecillo que rodeaba el depósito. La policía llegó y rebuscó, pero yo estaba escondido detrás de unos cajones.

—¿La policía! — exclamó ella. — ¿Buscó? ¿Es Donald?...

El asintió con la cabeza.

—¿No murió?

Louis asintió de nuevo.

—¿La policía ha estado aquí?

—Sí. Interrogó a la mucama. No sé lo que le ha dicho.

Louis se levantó, se dirigió al pequeño escritorio y se palpó los bolsillos.

—He perdido mis llaves.

Ella sacó un pequeño estuche de cuero de su bolsa y se la alcanzó. El abrió uno de los cajones y extrajo un paquete grande de papeles.

—¿Supongo que muy poca gente guarda tres mil libras en el salón de su casa! — Su voz era ya casi normal. Suceda lo que quiera, mañana nos iremos del país. Si me ocurre algo malo, tomas el dinero y te vas sola.

Inés se aferró a su manga, frenéticamente.

—¿Qué puede ocurrirte, Louis? Tú no lo mataste... ¡el cuchillo!

El se desasí casi rudamente.

—No sé si lo maté. Pero, escuchá — dijo —. Te has vuelto terriblemente sensible a causa de esto. Aun cuando ese pillastre dijera algo, nada pueden hacerte; pero no quiero que sufras la ignominia de una investigación, el tribunal de policía y toda esa inmundicia.

Los sentidos de ella estaban anormalmente aguzados. Oyó un ruido.

—Alguien sube por la escalera — susurró —. Vete al dormitorio... ¡pronto!

El vaciló, pero ella lo empujó a la habitación; corrió, más que caminó a la puerta, y escuchó. Logró oír voces apagadas en cuchicheos. Encendiendo la lámpara de mesa, tomó

un libro y lo abrió con manos trémulas. Había una mesita de costura en el cuarto de desahogo y ella la sacó y la colocó a su lado, cuando retumbaron unos golpes como de trueno. Se echó un vistazo en el espejo del vestíbulo, se pasó rápidamente el cisne por la cara y abrió la puerta.

Dos hombres estaban apostados delante: dos corpulentas figuras del Destino.

—¿Qué quieren?—preguntó ella.

Hizo un esfuerzo agónico para hablar con voz tranquila, y lo consiguió.

—Soy Bray, el inspector pesquisista Bray, del Departamento de Investigaciones Criminales—dijo uno de los policías solemnemente—. Y éste es el sargento pesquisista Elk.

—Buenas noches, señora Landor.

Era característico de Elk que desde ese momento asumiera por entero las diligencias. Tenía la afabilidad del hombre sumamente confiado en sí.

—Entren—dijo ella.

—Muy bien, señora Landor; cerraré la puerta—replicó Elk. Penetraron en el vestíbulo. Ella advirtió que ninguno de los dos hombres se quitó el sombrero.

Se esforzó en fingir que no lo había advertido y trató de infundir cierta frialdad a su voz.

—Debi darme cuenta de que ustedes eran pesquisistas. He visto muchos en los cinematógrafos y sé que nunca se quitan el sombrero—dijo sonriendo.

A Bray le habría sonado esto a reproche. A Elk pareció divertirse, y dió una explicación.

—Un pesquisista que se quita el sombrero, señora Landor—dijo—sólo dispone de una mano! En otras palabras, ocupa una mano cuando puede necesitar de las dos.

—Espero que aquí no necesitarán usar ni una siquiera—respondió ella—. ¿Quiéren sentarse? ¿Se trata de Juana?

Era una gran injusticia achacar el presunto cargo a una mucama honrada y decente; pero ella no podía ser justa ahora.

—No hagan ruido, por favor—añadió—. Mi esposo duerme. —Se duerme en seguida, señora Landor—dijo Bray—. Apenas hace unos minutos que entro.

Ella sonrió forzosamente.

—¿Hace unos minutos? ¿Qué esperanza! Está en cama desde las diez.

—Discúlpeme, señora Landor, ¿subió otro hombre a este piso?

Inés movió la cabeza.

—¿Suelen venir aquí ladrones por la puerta de escape?—le preguntó él, mirándola escrutadoramente.

Ella rió de esta pregunta.

—Ignoro qué camino eligen para entrar los ladrones, pero yo nunca uso esa puerta de escape y espero que nunca la usará.

Elk acogió la salida con una sonrisa.

—Quisiéramos ver a su esposo—dijo tras un momento de reflexión—. ¿Cuál es su habitación? ¿Esta?—Indicó una puerta contigua al vestíbulo.

Inés se había sentado al lado de la mesa donde reposaba el libro abierto, con las manos cruzadas sobre la falda, para que no tradujesen su agitación.

Al oír la pregunta se levantó.

—No; ese es el cuarto de la mucama. Mi cuarto es éste; pero no desearía que lo molestasen. No se siente muy bien—añadió—. Sufrió una caída.

—Muy mal—dijo Elk—. ¿Cuál es su habitación?

Sin responder, Inés se dirigió a la puerta del dormitorio y tocó.

—Louis, aquí hay gente que te busca.

Salió él inmediatamente; pero no hacía falta ser observador experto para darse cuenta de que había sido interrumpido

más bien en la tarea de desvestirse que en la de vestirse.

—¿Te estabas levantando, querido?—le preguntó ella rápidamente.

Elk movió la cabeza en señal de reprobación.

—Preferiría que no le sugiriese nada, señora. Podría usted sugerirle cosas malas. Es un consejo amistoso.

Louis miró alternativamente a los dos. Había oído decir a Inés "pesquisistas" en voz baja; pero no necesitaba esa explicación. El inspector Bray hizo un esfuerzo para dirigir la investigación.

—Tengo motivos para creer que usted conoce a un hombre que se alojaba en el Hotel Little Norfolk, en la calle de Norfolk, Strand, y que se llamaba Donald Bateman.

—No—respondió Inés vivamente.

—Le pregunto a su marido—replicó Bray bruscamente—. ¿Qué dice, señor Landor?

Louis se encogió de hombros.

—No conozco a ninguna persona que se llame Donald Bateman.

Fué en este punto donde Elk se hizo cargo del interrogatorio, relegando a su superior a la tarea de asentar.

—No nos interesa saber si usted tiene relaciones personales con él, Sr. Landor. Esto es completamente ajeno a la cuestión. ¿Ha oído usted hablar o ha tenido usted algo que ver con un hombre llamado Donald Bateman, que llegó de Africa del Sur hace pocas semanas?

Antes de que respondiera quiso informarle que el inspector Bray y yo estamos investigando las circunstancias en las cuales ese hombre fué muerto en Endley Street de Tidal Basin, a las diez de la noche de ayer.

—¿Murió?—dijo Louis—. ¿Cómo murió?

—De una cuchillada—dijo Bray.

Vió a la mujer temblar de pies a cabeza.

—No sé nada de eso—dijo Louis Landor—. Nunca esgrimi un cuchillo contra nadie.

Los ojos de Elk vagaban en torno de las curiosidades de la pared. Se acercó a ellas, y descolgando el cinturón del clavo lo puso sobre la mesa.

—¿Qué viene a ser esto?—dijo, golpeando con el dedo el puñal.

—Es un cuchillo que traje de la América del Sur—dijo Louis en el acto—. Tuve allí un rancho.

—¿Es suyo?

Louis asintió.

—Había dos en este cinturón—dijo el pesquisista—. ¿Dónde está el otro?

—Lo perdimos—repuso Inés al punto—. Louis le perdió. Hace mucho tiempo que no lo tenemos...; en esta casa ya no lo teníamos.

Elk pasó su dedo por el cinturón.

—Está lleno de polvo. Debe de haberlo también en esta funda vacía—dijo—. Si lo que usted dice es cierto, y hace mucho tiempo que el cuchillo falta de aquí, el polvo estará depositado en este estuche; pero si ello no es cierto, el cuchillo tuvo que haber estado aquí hasta hoy...

Rascó el interior de la funda de cuero y sacó el dedo casi limpio.

—Lo limpié yo misma esta mañana—afirmó Inés, y Elk sonrió, admirándola.

—¿Señora Landor!—dijo en tono de reproche.

—Bueno, voy a decir la verdad—insistió ella desesperadamente—. ¿Quiere saber la verdad, no es cierto?

Estaba al borde del paroxismo, rayana en el desplome que la dejaría física y moralmente arruinada.

—Ustedes no tienen derecho a hacer inducciones sin que yo les dé ciertas explicaciones. ¡Dios santo! ¡Si no habré sufrido por culpa de ese hombre!

—¿De qué hombre?—preguntó Bray bruscamente.

Ella no respondió.

—¿De qué hombre, señora Landor?

Louis Landor había recobrado al fin y al cabo su ecuanimidad.

—Mi esposa no es dueña de sí misma esta noche—dijo—. He estado en la calle hasta muy tarde y esto fué causa de que se preocupara mucho por mí.

—Entonces, ¿para qué hacer un misterio de lo que es perfectamente claro?—preguntó Elk.

Casi se entrüsteció ante la futilidad de una evasión innecesaria.

—¿Conoció su esposa a Donald Bateman?

Louis no respondió.

—Voy a ser enteramente franco con usted. Le dije que estábamos haciendo averiguaciones acerca del asesinato de ese hombre. Este es nuestro deber como funcionarios de policía. Nosotros no le preguntamos a usted ni a su esposa, ni a nadie, quién "es" es el asesino de Donald Bateman. Entiéndalo bien, Sr. Landor. ¡La única persona que buscamos es el asesino de ese hombre! Y no



buscamos a quienes no le asesinaron, aunque sepan algo acerca de él. ¡Si uno de ustedes o ambos es responsable, el Sr. Bray, mi jefe y toda nuestra endiablada jauría de Scotland Yard trabajaremos noche y día para conducirlos al Old Bailey! Esto es tratarlos a ustedes en regla. Si no son culpables, haremos todo lo posible para libertarlos. Lo único que les pedimos, por lo pronto, es la verdad.

—La hemos dicho—articuló Inés sin aliento.

—No, no la han dicho—repuso Elk moviendo la cabeza—, y no esperé en manera alguna que la dijese. La verdad, en todos los casos como el presente, se esconde bajo un montón de basura de mentiras. ¿Qué oculta usted, señora Landor? Todo se reduce a esto. Usted oculta algo, así como su esposo, y puede que ello no importe un comino.

—Yo no oculto nada—dijo ella.

—¿Conoció usted a Donald Bateman?

—No lo recuerdo—respondió con presteza.

—Usted conoció a Donald Bateman—Elk disponía de infinita paciencia, y al negar ella con la cabeza, metió calmamente la mano en su bolsillo interior—. Bueno, yo no quiero proporcionarle un espectáculo desagradable, señora Landor, pero tengo una fotografía de ese hombre, una fotografía de magnesio, tomada de su cadáver.

Ella retrocedió, extendiendo las manos.

—¿No quiero verla! ¡No quiero!... ¡Es bárbaro!... ¡Usted no tiene derecho a mostrarme cosas como esa... ¡No quiero verla!

El brazo de Louis la sostuvo, y su mejilla se apoyó en la de ella. La dijo algo en voz baja, algo que la tranquilizó momentáneamente. Luego extendió la mano hacia el pesquisista.

—Tal vez yo pueda identi-

car a ese hombre—dijo—. Conozco a la mayoría de los amigos de mi mujer.

Elk sacó de su bolsillo un envoltorio, del cual extrajo un positivo todavía húmedo. No era una fotografía atrayente, pero la mano que la tomó no temblaba.

—Si; mi esposa conoció a este hombre hace diez años, cuando era una niña de diez y siete—dijo Louis.

—¿Cuándo le vió usted por última vez?—preguntó Bray.

Louis Landor reflexionó.

—Hace pocos años.

—Llegó a Inglaterra hace apenas una semana—dijo Bray friamente.

—Pudo venir a Inglaterra anualmente para todo lo que usted sabe—respondió Louis con sonrisa fingida—. No, yo vi su fotografía.

—¿Cómo se llamaba en aquel tiempo, Sr. Landor?

Ahora ella era más dueña de sí y dominaba su voz.

—Le conocí con el nombre de Donald. Era apenas... un conocido.

Oyó murmurar a Elk con desconfianza.

—De seguro, señora Landor, usted no nos está diciendo la verdad según los Evangelios, ¿no es así?—preguntó—. Hace un momento nos decía que "sufrió mucho por causa de ese hombre". Y no pudo haber sufrido mucho por culpa de un hombre de quien no recordaba sino su nombre: Donald.

Ella no respondió.

—¿Pudo usted, señora Landor? ¿No nos lo va a decir? Era amigo muy íntimo, ¿verdad?

Inés exhaló un prolongado suspiro.

—Suponiendo que lo fuera, no es cosa de que me guste hablar...

—¡Inés! No quiero permitir que esta gente vaya a pensar... —No se preocupe de lo que pensemos, Sr. Landor. Nada puede asombrarnos... al menos a mí. ¿Conoció usted a ese hombre antes que a su marido, o después?

—Antes—respondió ella.

—¿Fué algo... de usted?

Difícil le resultó a Elk formular la pregunta con delicadeza. Vió a Landor enrojecer y empalidecer alternativamente.

—Su interrogatorio se está haciendo insultante, ¿eh?—dijo trémula de indignación.

Elk movió la cabeza con gesto de pesadumbre.

—Eso es precisamente lo que evito. Un hombre ha sido asesinado anoche, Landor... y estoy deseoso de poner al asesino entre rejas, cosa que sólo podrá lograrse haciendo a toda clase de personas inocentes preguntas aparentemente ofensivas. Pero si usted medita sobre ello, no hay nada más ofensivo que apuñalar a un hombre y dejarlo tendido en el pavimento de Tidal Basin, lugar muy incómodo para morir. Personalmente, me ofendería muchísimo que ello me ocurriera, y consideraría las preguntas análogas a las que yo le hago como un ramillete de flores...

en comparación con aquella ofensa. ¿Sabía usted que Donald Bateman se hallaba en la ciudad?—dijo, dirigiéndose a Inés.

—No—respondió ella.

Bray profirió una interjección de impaciencia.

—¿Quiere decir que usted nos afirma que ignoraba que él se hallaba en Londres hace tres o cuatro días?

—No—respondió en son de desafío.

—Señora Landor—dijo Elk—, usted ha sufrido mucho desde hace uno o dos días; su sirvienta nos lo ha contado todo. Los sirvientes hablan, y a ellos les gustan las tragedias domésticas.

—No me he sentido bien—respondió ella.

—¿Fué porque vió a Donald Bateman, el hombre por quien sufrió?

—No—replicó ella.

—¿Ni usted?—preguntó Bray.

—No—respondió Louis.

—¿Anoche, por ejemplo?—sugirió Elk—. ¿No vió a Donald Bateman o al hombre que se presume sea él?

—No—afirmó Louis.

—¿No ha estado usted anoche por los alrededores de Tidal Basin?—preguntó Elk—. Antes de que responda a esta pregunta le prevengo que piense bien lo que va a responder.

—No.

Elk sacó de su bolsillo un pedazo de papel.

—Landor, voy a preguntarle una cosa, en que le encarezco responda luego de pensarlo bien. En el bolsillo del presunto Donald Bateman se encontraron dos cheques por cien libras cada uno, numerados 330 11878 y 330 11879, y que hacia poco habían sido girados contra la sucursal de Maida Vale del Midland Bank. ¿Podría usted decirme algo acerca de esos cheques?

El no respondió.

—¿Podría usted, señora Landor?

—Yo no sé nada de los números de los cheques—empezó ella, desesperadamente.

—No es esto lo que le preguntamos—dijo Bray con dureza. ¿Ha dado usted a alguien o recibido de alguien, en la semana pasada, dos cheques por cien libras cada uno?

—Fueron girados contra mi cuenta—dijo Louis tranquilamente—. Creo que valdrá más decir la verdad. Sabíamos que Donald Bateman estaba en Londres de regreso. Nos escribió diciéndonos que estaba en grandes apuros y me pidió que le prestara doscientas libras.

—Así es—asintió Bray—. ¿Usted se los envió a Norfolk Street por carta postal?

Louis asintió.

—¿Acusó recibo del dinero?

—No—aseguró Louis.

—¿Ni lo llamó por teléfono para agradecerle?

—No.

Lo dijo con demasiado pres-teza.

—Ninguno de ustedes dos nos va a decir la verdad—afirmó Elk con voz un tanto triste—. Ni la verdad sobre ese hombre, ni sobre el dinero ni sobre su visita a Tidal Basin. Tiene usted una contusión en la cara... ¿Peleó con alguien?

—No, me di contra el filo de una puerta.

—Su esposa dijo que se había caído—aclará Elk secamente; pero no importa. ¿Por qué guardan estos puñales aquí?—Tomó el cinturón y lo alzó en la mano.

—¿Que por qué tiene esas sillas en la pared?—respondió Inés impacientada—. Sea razonable, por favor. Son premios que ganó en un rodeo en la Argentina.

—¿Por qué?

—Por un concurso de lanzamiento de puñales...—empezó Louis, y se detuvo.

—¡Basta de ocultación!—gruñó Elk—. ¡Póngase el saco, Landor!

Inés Landor se precipitó a él y lo agarró frenéticamente del brazo.

—¿No se lo va a llevar, eh?

—Me los voy a llevar a los dos—respondió Elk jovialmente—, pero nada más que a Scotland Yard. Allí se verán con el Sr. Mason; pero no se aflijan. Es un hombre muy amable, todavía más amable que el Sr. Bray.

Había un dejo de malignidad en esta frase, que pasó inadvertida para Bray.

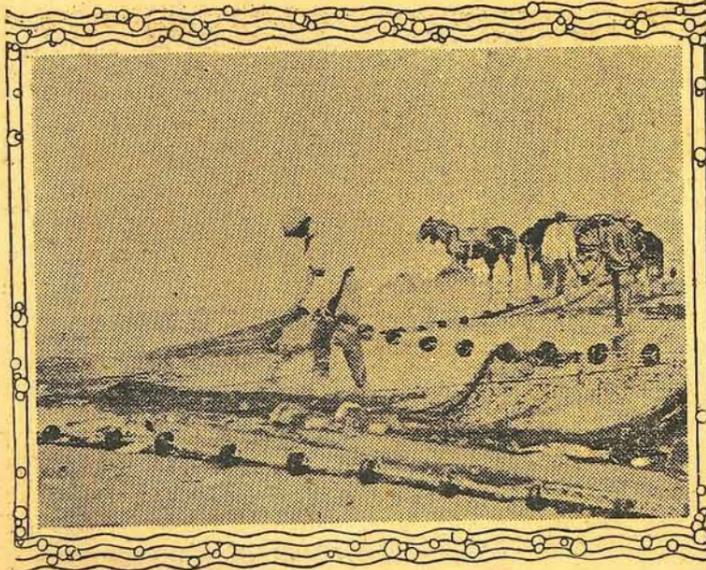
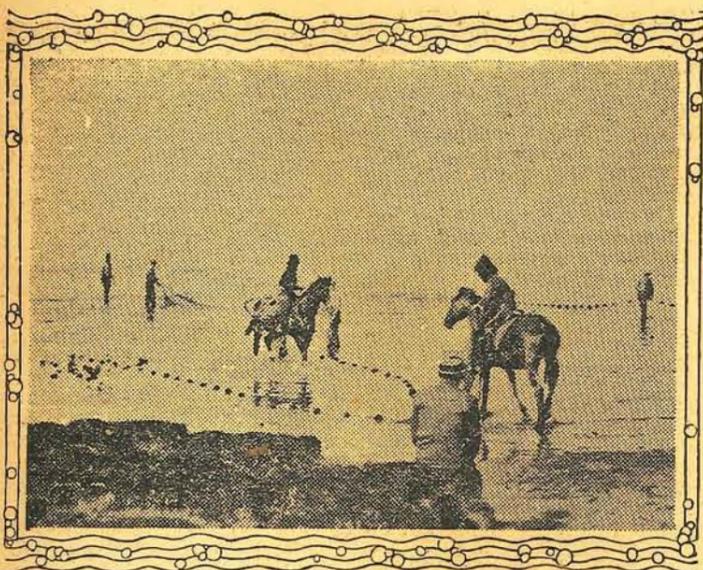
Ella no fué al dormitorio con su marido, porque su saco pendía del respaldo de una silla. Había olvidado esto por completo... y ahora se daba cuenta de la futilidad de la lámpara de mesa, de la costura y del libro, cuando el tapado húmedo de lluvia atestiguaba mudamente sus andanzas.

Louis regresó a poco y la

(Continúa en la pág. 41)

EL
MUSEO
DE
LA PLATA

LAS
COLECCIONES
DE
PECES



Las colecciones de peces del Museo de La Plata han aumentado mucho en la última temporada: se obtuvieron series nutridas de ejemplares marinos y de agua dulce, renovándose y enriqueciéndose el material ya existente.

Esta prosperidad momentánea de una pequeña sección, o de los estudios en una especialidad, mientras las otras siguen su marcha normal, es cosa propia de los museos; una vez se recibe una rica serie de troncos de árboles norteros, otra vez un cazador inteligente que sabe distinguir aves y preparar los cueros, envía, con la intermitencia de sus éxitos, una colección inesperada, cuando no es la ocasión bien aprovechada de una misión oficial cualquiera a la que se incorpora, con sus bártulos y ferretería, un preparador del museo. El turno de los peces renovará esa sección, incluida en el vasto Departamento de Zoología, cumpliendo el plan de ampliación y modernización en que está empeñada la dirección del Museo. Se aspira a poner todos los departamentos en un pie de igualdad. Al de Zoología, es decir, al de muestras de los animales vivientes, es preciso remozarlo para que no desmerezca del de Paleontología o de restos de plantas y animales fósiles; este último departamento marcha espléndidamente.

Advirtamos desde luego que entre el día que se consigue un buen ejemplar y aquel en que se lo exhibe han pasado unas cuantas mojarras por bajo los puentes. La exposición de los ejemplares obedece a un plan, pues los representantes de las especies deben colocarse en serie, y esto exige cuidados minuciosos de preparación, resolución de dificultades de espacio, y, al fin, la fidelidad a ese otro orden que crea el buen golpe de vista. Precisa una temporada más larga de trabajo que la de pesca, y ya es decir.

El saber que los museos más famosos por sus exposiciones de peces han pasado por las mismas dificultades, es un consuelo; y más: una seguridad de que, con el tiempo, se lograrán sus sistemas de presentación, así sea resignándose a no lograr la riqueza de los mejores. Entre todos los grandes museos, el americano de historia natural es el que expone mejor sus colecciones de peces, no tanto por la rareza de los ejemplares (que los tiene), sino por el gran espacio dispuesto, el orden sistemático desarrollado, la variedad de calcos, y hasta los acuarios con peces vivos; pero más por la

Después del arrastre hasta la playa, a fuerza de caballos, la masa de pescados viene encastrada en la "bolsa"

colaboración entre el taxidermista que reconstituye las formas del pez y el pintor que restituye los colores del vivo, y, en muchos casos, decora el fondo como un ambiente natural. En el museo americano las colecciones de peces constituyen, no una sección, sino un departamento.

Conociendo hasta qué grado de perfección han llegado sus exposiciones, es curioso saber cómo estuvieron antes. Lo cuentan así: "Los primeros materiales del departamento de ictiología eran pobres: eran una aglomeración de ejemplares no catalogados, secos y en alcohol, y rellenos que habían sido almacenados en una de las piezas inferiores del museo. Como única exhibición de peces se había mostrado hasta entonces apenas unos cuantos especímenes rellenos, además de una vitrina con calcos, que habían sido donados al museo por la comisión de pesquerías". El autor (Bashford Dean) se explica luego en quejas sobre lo que constituye el más grande obstáculo para una exhibición apropiada: lo ingrata que resulta la vista de los peces conservados en líquidos, como el formol o el alcohol, descoloridos, innaturales. Los técnicos del museo americano hubieron de inventar un nuevo procedimiento, y ésa es la fastidiosa tarea que ahora preocupa en el Museo de La Plata.

En el artículo cuyo párrafo se cita, el autor no trata de algunas dificultades pasadas, ya resueltas por ellos, pero que son las muestras: la obtención de los ejemplares, el estudio de la vida y los caracteres de los peces. Los norteamericanos poseen una gran escuela de ictiólogos, de larga data, y saben para ellos lo que nosotros ignoramos: casi todo respecto de la vida de nuestros peces. Por eso el estudio debe preceder a la exposición. ¿Pero cómo estudiar los peces?

Lo primero: obtenerlos. Un olvidado viajero moderno, Haseman, después de una andanza variadísima recorriendo las fuentes y vías de aguas interiores de la América del Sur (aquellos que se suele llamar con optimismo sus aguas dulces), desde nuestro Río Colorado, por San Juan, y, subiendo por el Paraguay, hasta el Amazonas, siempre coleccionando peces, decía que "una buena colección es el premio



Todos quieren encontrar un pez raro en el montón palpitante

por una vigilancia perpetua". La fórmula nació parada porque se la encuentra en algún tratado de maestro, junto con esta síntesis de experiencia:



Un pez limón, bien ponderado

"Las colecciones hechas por los hombres que las han de estudiar y que son competentes en hacerlo son las que más ayudan al progreso de la ictiología.

EMILIANO
MAC
DONAGH

Revisión minuciosa de la red, por si quedaron peces pequeños

El estudio de un grupo de peces pierde la mitad de lo que enseña la colección si no ha hecho por sí mismo ninguna parte de ella".

En una ciencia verdadera, como en tantas otras cosas buenas, importa principalmente preservar en su equilibrio y el orden en las ansias de quien la practique. No es cosa de que el ictiólogo deba pasarse la mitad del año zangoloteándose sobre una lancha de pesca, forcejeando con cables, despojando espineles, o prendido de uno de los chicos de la red de arrastre, con coleteos de chunco en la yema del dedo, mientras el otro extremo lo recoge pausadamente, enrollando el cabo, un pescador de piel sumida.

Si, pero cuando sale la redada feliz no hay coleccionista que guarde la calma. Al modo de un buen resero en el tumulto de la hacienda, tiene que descubrir, de un vistazo, lo que le interesa. Muchas especies nuevas, descubiertas en lugares ya explorados, deben la fortuna de su apelación científica al ojo suspicaz de un investigador puntual. En el montón palpitante se mostraron, por un segundo, o más vinosas o más aceradas, puede que más rechonchas o más gráciles, en fin, revelaron algunos de esos matices de la apariencia que en la naturaleza suelen ser signos de realidades.

Los pescadores, los monótonos pescadores de todos los días, son muy buenos y muy malos guías en esta materia. Si el ictiólogo quiere beneficiarse de su experiencia ha de estudiarlos, también, en sus costumbres. El pescador de río —quiero decir de nuestro río— y el de laguna, se confunden; no el de mar. Ambos tipos son uno, en cuanto a las observaciones. Hay que escucharlos cuando se les ocurre que un ejemplar es diferente del común, sobre todo en las prolíficas familias de los Characidos o los Clupeidos. Ponderan las diferencias en la longitud del hocico, el tamaño del ojo, la altura del lomo. A veces exponen a su manera buena parte de las mismas características que los especialistas usan para sus diagnósticos. Cuando se les pone que un pez no es diferente del común, aunque el entendido lo vea como cosa patente, son molestamente obstinados. No hay persuasión que los mueva a llevar al

laboratorio un bagre o una vieja con los caracteres que se les explica, por si encuentran el animal: esa vieja, con las manchas así en el dorso, es igual a la que trajeron la semana pasada, si, señor.

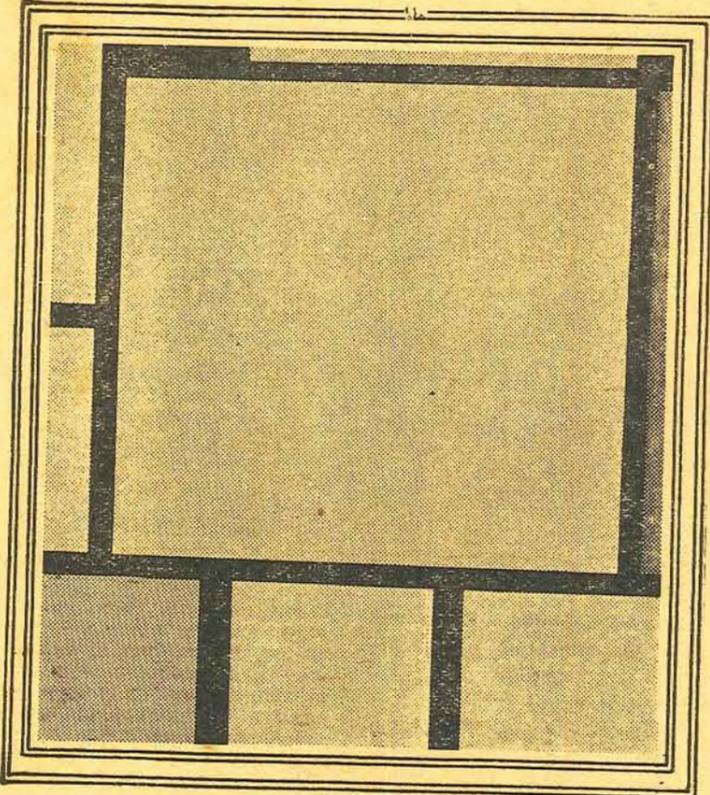
Divierte oírles pontificar sobre la cruz entre especies. "Esto es una cruz entre sábalo y boga". (Se trata, naturalmente, de un género aparte). Si esto sucede en la costa, lo mejor será que un solo pescador tenga la palabra, porque si es en grupo cada cual tendrá algo que decir, y después que uno le ha plantado el pulgar bajo el opérculo, para mostrar cualquier detalle de las agallas, y otro se las ha estrujado para, con el índice, bajarle la mandíbula y estirarle el hocico protractil, y los demás, pues lo pescaron, se obligan a confirmar ante el "doctor" esos detalles, el ejemplar queda sin una escama en el flanco, con las agallas descharneladas, un maxilar roto y alguna aleta menos.

Conviene abordar al grupo de pescadores cuando se trata de saber qué nombre "vulgar" le dan a los peces. El pescador, sólo, apenas se le pregunta, si no lo sabe, nuevo Adán nomenclator, tras estipular de insólito el hallazgo, lanza el apelativo.

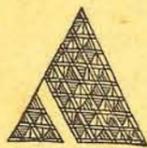
"Es rarísimo, en veinte años de pescar en Mar del Plata nunca lo vi. ¿Se ha fijado qué dientes tiene, así, para adelante? Es un pez-loro". Y se trata del conocido "pez-tambor", con su rostro de conejo, solamente que el azar de la pesca no lo ha rendido en su humor inflado, cuando dilata como una bola el vientre espinoso.

Más que los pescadores son los pescaderos, los hábiles y haraganes intermediarios, quienes se deslizan mintiendo. Como buenos mercachifles que son, tienen la alabanza fácil: única posesión que no regatean. En ese trajinoso retazo de mercado marplatense, un poco más arriba de donde llegan las lanchas pescadoras, un amigo mío buscaba obsequio delicado para la mesa de sus mayores. Ni merluza ni mero en ese día, pero "¡ah!, esto es mejor: 'palometa imperial', llévela, es exquisita". No reconoció el lomo de piel grisácea y se decidió. Cuando luego pretendió culpar a la cocinera porque el "filet" resultó incomible, aprendió por qué se lo vendieron tan curiosamente despostado: era un pez-elefante.

Más arduos que las mentiras y las obstinaciones de los pescaderos son sus recelos y silencios. Los laguneros tienen a punto un asombro para el lance de red pródigo en que los pilla un forastero. Y luego pretenden que no saben nada de Ulices.



El "Neoplasticismo", por Piet Mondriaui



ANTES de emprender el examen rápido de los resultados y de las consecuencias dispuestas y complejas del cubismo, conviene registrar ciertos escollos que falsean imperceptiblemente, pero con una regularidad infalible, las ideas de los artistas obstinados siempre, con esa fatalidad de lo débil, en querer "racionalizar" cosas tan puras y tan misteriosas como los actos y los hechos del proceso creador.

El cubismo, debido a sus características ideológicas, ha sufrido más que ningún otro movimiento la desfiguración inoportuna inferida a sus ideas, las interpretaciones tan insólitas como apasionadas y, en fin, ciertas conclusiones de esencia etnográfica que falsearon cándidamente su significación inicial.

He aquí algunos de esos escollos.

Con el paso del tiempo, las obras que se aíslan de su ambiente, de ese calor comunicativo de una época merced al cual existen a veces, cambian de significación o adquieren, más bien, su verdadera significación individual. De esta suerte el contenido, el alma inclusive, perteneciente al hombre que la ha creado, adquiere su valor intrínseco y pretende desbordar el alma que la encierra. La llena de vida, la justifica a través del tiempo y la protege contra la moda efímera. Cuando la forma queda vacía, cae

correspondencia con nuestras aspiraciones. Pero, con todo, tenían el derecho de hacerlo si de esa forma su propia expresión se manifestaba con mayor comodidad. ¿Por qué no reconocerlo así? Y ahora, ¿por qué no admitir de una vez para siempre que de toda eternidad artística, tanto en el caso de los cubistas como en el de otros, son siempre los hombres excepcionales aquellos que sobreviven a los movimientos, y que de ahí proviene esa diferencia misteriosa e inexplicable entre la buena y la mala pintura?

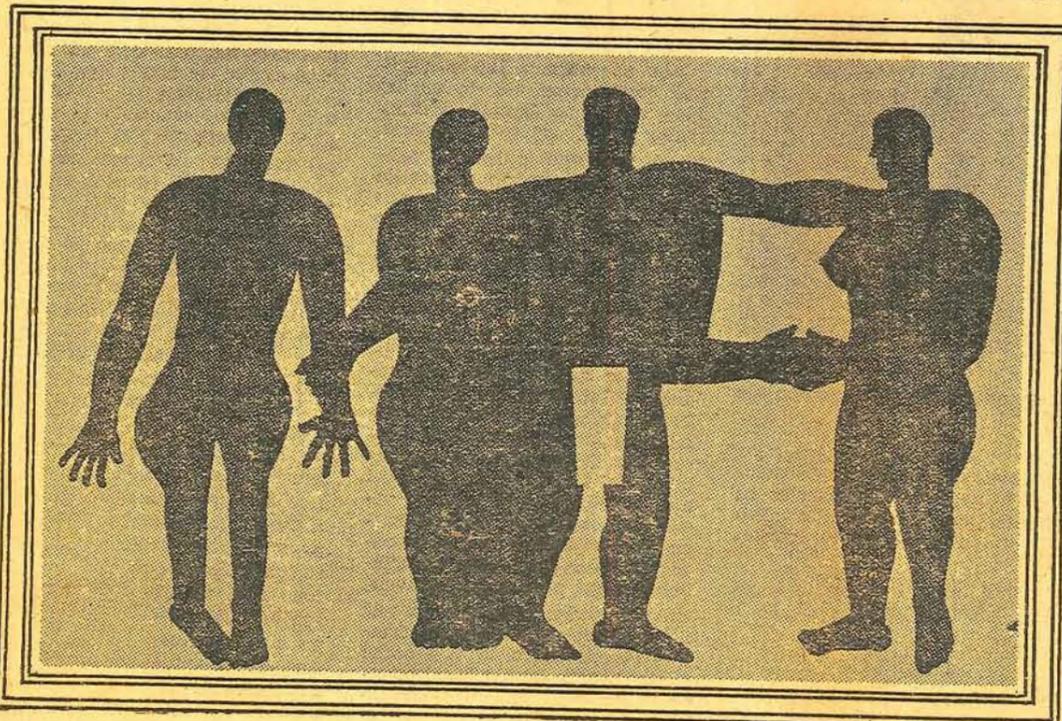
Todas las afirmaciones que se hagan sobre la pintura no son válidas más que para los verdaderos pintores, pues, parece innecesario decirlo, esas mismas teorías se extraen precisamente de sus obras. Y no sirven para nada. Una obra es buena en sí. No da nada a las otras y no es perfeccionable por ninguna otra. Es verdadera tal como es. La misma idea del perfeccionamiento corresponde a una solución académica y quita a la obra su personalidad, sus cualidades espontáneas y esenciales. Las creaciones son imperfeccionables.

Nada vale nada para aquellos que no son pintores. Y todo es posible para quienes lo son. La poesía, en tanto que sea poesía, no se aprende, porque no puede proceder más que de uno mismo, profunda y exclusivamente. Pero puede aprenderse a escribir con sintaxis lo mismo que se aprende el oficio de pintor. Únicamente, nadie debe enorgullecerse jamás de su oficio de pintor. Debe considerársele simplemente como una base, la cual se olvida, sin envanecerse, como tampoco se envanecerá nadie de conocer la lengua para hacer valer sus cualidades poéticas.

Pero la mayor parte de los pintores permanecen al nivel de su oficio y se esfuerzan en conocerle bien, en no olvidarle, hecho que, por lo demás, nos prueban en demasía. Se enorgullecen de ello como de una cosa imposible de adquirir y se aureolan con sus penosos esfuerzos. Sin embargo, es claramente evidente que el "arte" de pintar comienza en el momento mismo en que el oficio adquirido puede ser olvidado y en el instante en que se desarrolla la gracia de pintar con libertad.

A este título, Cézanne debe ser considerado como el más audaz de todos, puesto que osó, antes que nadie, "rehacer la pintura". Pero sucede que, habitualmente, el deseo vital de Cézanne respecto a rehacer la pintura por sí misma, esto es, por medio de experiencias personales y en el centro de anárquicas libertades, se desnatura-

El "Purismo", por A. Ozenfant



LAS CONSECUENCIAS MOVIMIENTOS

Por E L F I

(Para LA NACION)

liza, considerándolo como un esfuerzo penoso y escolar para "aprender el oficio". El oficio como fin reemplazando al oficio como base; el oficio que se enseña substituyendo la experiencia personal y sus riesgos. he ahí los equívocos alimentados por los débiles que acusan siempre de habilidad a los poetas y a los creadores

El error de todos aquellos que desearon continuar, desarrollar, servir o, en fin, perfeccionar el cubismo, fué precisamente el querer continuarlo, servirlo o perfeccionarlo. En arte no se continúa nada. Se parte siempre de un punto obsuro y confuso al comienzo, pero que uno posee cándidamente en sí mismo. No se parte de los datos ya formados de una estética para servirse de ella para llevarla más lejos o para introducir aportes nuevos que a primera vista parecen necesarios. Entonces se calcula y nada está más lejos de la creación que el cálculo. Una estética es bella en sí misma. Así sucede con la estética del cubismo en su pureza.

Pero, ¿debe considerarse como un desprecio, por parte de algunos pintores cubistas de calidad, el hecho de que intentar introducir en la construcción plástica del cubismo un sentimiento nuevo, el suyo desbordante y demasiado propicio a expresarse? ¿Vacían algo de su contenido al verter una sustancia nueva simulando ignorar que una forma es una irradiación interior y no un molde para todo uso? Pero la nerviosidad que ha reinado en la pintura a partir del cubismo, y que contribuyó al nacimiento de escuelas hechas a la medida y de movimientos artificiosos debidos únicamente al oportunismo inteligente de los caudillos, justifica plenamente a esos artistas. Les justifica tanto más cuanto que han preparado el tránsito de una época a otra época liberadora, época que quizá llegue todavía. Es una generación intermedia, a la cual pueden unirse pintores del primer momento cuyas diferencias étnicas o sentimentales impidieronles aceptar pura y simplemente el espíritu clásico del cubismo y cuyo impulso estuvo a punto de ser asfixiado bajo un cierto formalismo.

He aquí, por otra parte, aquellos que pensaron purificar más bien la estética cubista, llegando hasta separarla completamente de la base material y sentimental sobre la cual se mantiene firmemente con todo el poderío del instinto de conservación.

Pero el límite agudo de un movimiento o de una exploración personal no debe ser confundido con la prolongación en el vacío, al margen de sus límites, de ese movimiento o de esa exploración. Impulsar una

de estas últimas a su punto culminante, significa llegar al límite de su resistencia material, conocer todas sus sorpresas y librarse de lo desconocido hasta el punto de servirse de ello en lo sucesivo con toda la facilidad deseable para crear. Mas rebasar los límites humanos y comprobables y pretender fundar una religión sobre la nada, es mostrarse desprovisto de instinto de conservación y someterse a un cerebrismo exasperado. Y esto es fatal, puesto que implica disfrazar un mal sentimentalismo bajo los frios excesos del metodismo, a fin de obtener soluciones unilaterales que, hallándose al margen de toda realidad, están desprovistos de substancia auténtica.

Si el arte consiste en nacer algo partiendo de nada, tales artistas han tomado ese principio al pie de la letra, al contrario de aquellos que hicieron nada con mucho, tales como los futuristas o los dadaístas, si bien estos últimos, más modestamente, intentaron hacer nada con nada.

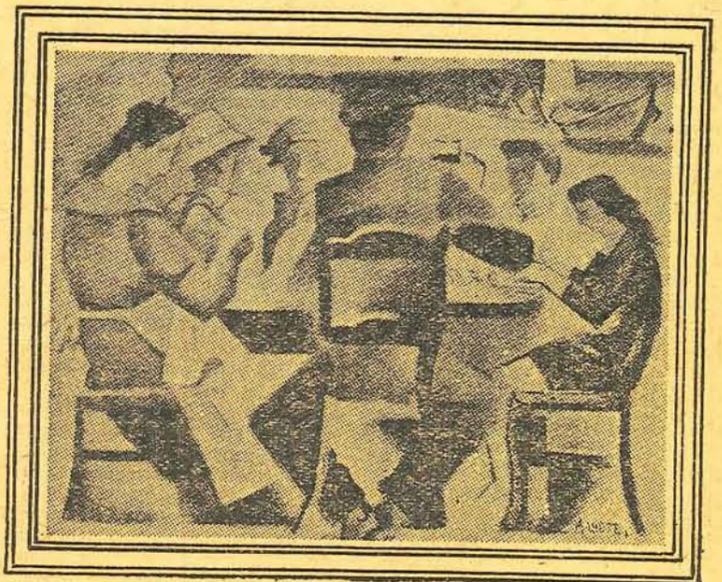
En territorio de la idea cubista hay muchos escollos, hay combinaciones técnicas ineficaces y ciertas deducciones técnicas que desorientaron definitivamente a los seguidores. ¡Cuán rico muestrario de pinturas! La pintura de precisión, la pintura de régimen, la pintura agitada que pudiera denominarse "no conformista", "sin olvidar la pintura melodramática, en la cual el cubismo de expresión ha caído frecuentemente, a fuerza de querer vulgarizarse a toda costa.

En arte es preciso detenerse, detenerse a tiempo, detenerse en cualquier forma. En arte, como en cualquier otra actividad humana, debe uno detenerse de vez en cuando para dormir un poco. Es el único medio de que dispone el hombre para volver al hontanar pristino, al sueño fecundo y rico de la gestación desinteresada.

Aquellos que avanzan sin reposo, con los ojos fijos sobre una meta lejana y quimérica, se aíslan de la vida, de sus emanaciones, de su calor, de su alerta. No tienen sueño. Están como muertos.

Un artista como Picasso se ha echado a dormir con frecuencia y por eso ha podido luego despertarse con las fuerzas frescas. Picasso no tiene

Comida de pescadores, por André Lhote



DEL CUBISMO Y LOS AFINES TERIA DE

PARIS, abril de 1930

una finalidad fijada hasta el engeguamiento. No tiene más que deseos a los que obedece. La vida también cambia todos los días de ideas para blanquearlas y volverlas a encontrar más frescas y nuevas. De esta manera un pintor no conserva sus preocupaciones hasta agotarlas. Las "cambia" para guardarlas largo tiempo y seguir él siendo siempre el mismo.

Anotemos, en fin, este último escollo para responder a los que se sienten alucinados por la pintura de precisión y que confunden el amor del objeto moderno con la misma esencia de la pintura propugnando el advenimiento de la "pintura objeto".

El pintor es un artista. No es más que un artesano. El artesano crea a fuerza de amor. El artista concilia su espíritu con el amor. Pero el pintor está siempre por encima del hombre de "oficio". El hombre con oficio, ejecuta; concluye una cosa hasta la perfección anónima, sin poner en ella otra cosa de sí mismo que el gusto apasionado de la labor. El artista es el que pretende incorporar a la obra lo mejor, lo más auténtico de sí mismo. Se muestra tal como es. Se arriesga también a traicionarse. Pero nos permite verle y apreciar la dualidad de su expresión.

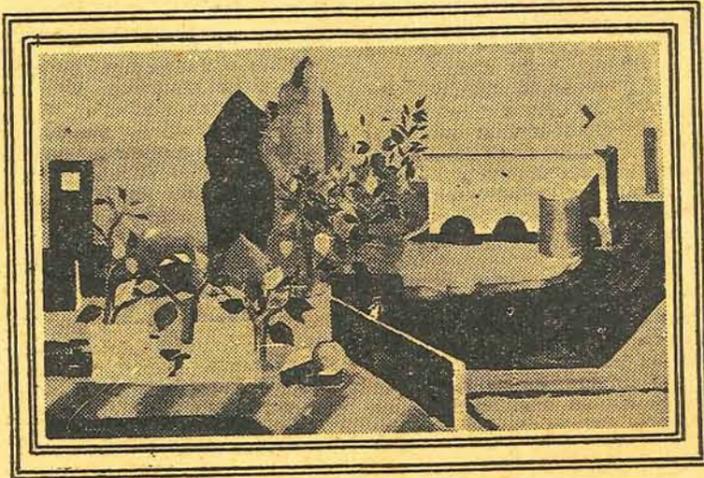
El "oficio" perdura actualmente en la perfecta fabricación de los objetos. Se manifiesta en el obrero que comparte con la máquina el cuidado del objeto pulido, bien acabado, útil y preciso. Y este objeto es tanto más hermoso cuanto que está hecho sin un propósito especialmente artístico, con la preocupación única de hacerlo bien, de la ejecución concienzuda, es decir, tal como gusta hoy día.

Este objeto no resulta decorativo puesto que es útil. Lo que resulta decorativo es su empleo en la estética pictórica.

La pintura, en todo lo que subsiste actualmente como arte creador, debe reaccionar precisamente contra el imperio mecánico de nuestra era y debe buscar en su más profunda y sincera espontaneidad los medios que expresen sus realidades líricas. Débese a ello quizá el que la pintura no nos interese ya por su perfección exterior, sino solamente por la autenticidad de su esencia espiritual y por su impulso profundo y definido.

La generalización de las formas del cubismo provocó la ruptura.

Paisaje, por Jean Lurçat



Desde los primeros años del cubismo asomó un esfuerzo de conciliación o de racionalización, al mismo tiempo que un deseo sentimental nuevo impulsaba a ciertos adeptos del movimiento hacia una escisión más o menos claramente formulada.

Llegando a este punto es preciso distinguir el caso de aquellos pintores que habiendo entrado en las filas cubistas desde los primeros días de este movimiento, interpretaron a su manera, bien por una fatalidad étnica o por una complejidad sentimental diferente, el ideal primitivo del cubismo, pero sin llegar hasta desnaturar su sentimiento. Por el contrario, aportaron una pasión tan ardiente, una tal sinceridad en su labor, que las obras de estos artistas de calidad, a pesar de su heterodoxia y quizá a causa de ella, figuran entre las muy raras que sobreviven al desastre de las innumerables confusiones suscitadas por el cubismo.

"La Fresnaye": Un deseo sentimental porque la corteza rugosa de la forma dispersa o aligera los ritmos y consigue dar la expresión intensa y sintética de la realidad, de una realidad ampliamente concebida por lo demás. La nobleza y la virtud de pintor que poseía La Fresnaye le preservaron de caer, dado el terreno resbaladizo de sus experiencias. Al final de su vida se liberó completamente del cubismo.

"Marcoussis": Hombre del Norte, apresado entre su deseo poético de expresión y el gusto innato del orden constructor, encuentra naturalmente en el cubismo, y desde los primeros momentos, su campo propicio. Introduce su sentimiento particular de la luz y del color en la composición cubista, a la que consigue dar caracteres expresivos. Sus objetos y sus pinturas son breves tentativas de evasión. Pero siempre, fielmente, vuelven al cubismo.

Paralelamente a La Fresnaye toda una tendencia expresiva se revela con "Delaunay", quien se especializa en la interpretación coloreada de la Torre Eiffel, bajo todos los aspectos, o en la descripción dinámica de lo sportivo. En este sentido le acompaña "Le Fauconnier", quien llega a estilizar su naturalismo expresivo. Estos dos pintores tienen una influencia comprensible en los países nórdicos europeos.

"André Lhote", que procede de la misma formación, aspira a coordinar. Después de la guerra, y sobre las bases cubistas, constituye una escuela neoclásica, donde el arte de pintar es enseñado según las reglas y los medios plásticos nuevos. Pero en el curso de su evolución va desprendiéndose más y más de los elementos cubistas.

"Survage", cuya obra se ha desarrollado mucho más tarde, introduce en la estética cubista su rebusca apasionada del espacio. Sus últimas obras están exentas de todo formalismo cubista.

Al llegar aquí es preciso hacer un hueco a un movimiento de origen italiano, el "Futurismo", que se desencadenó algunos años después del cubismo como una reacción al absolutismo estático de sus comienzos.

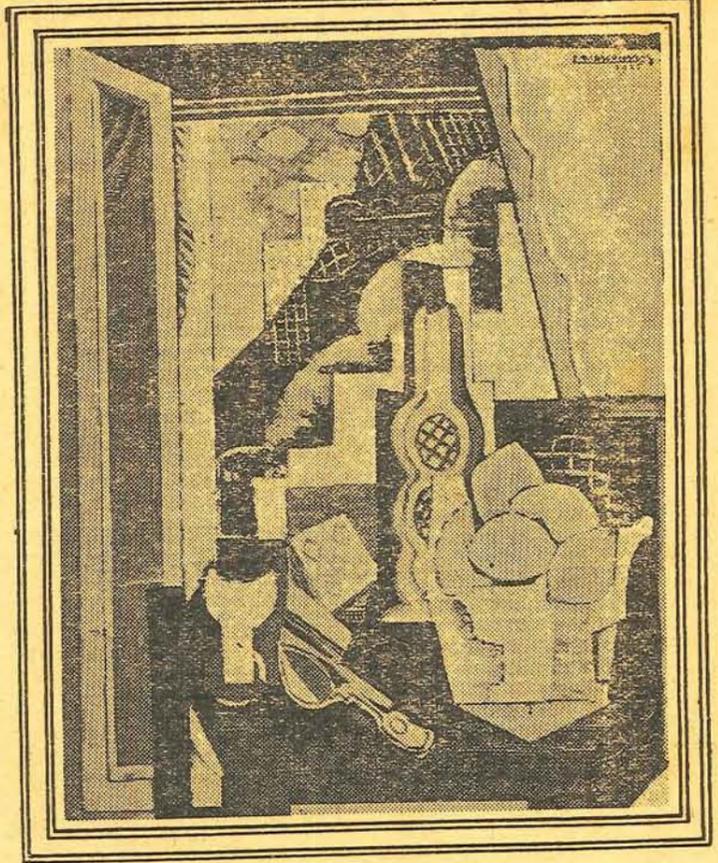
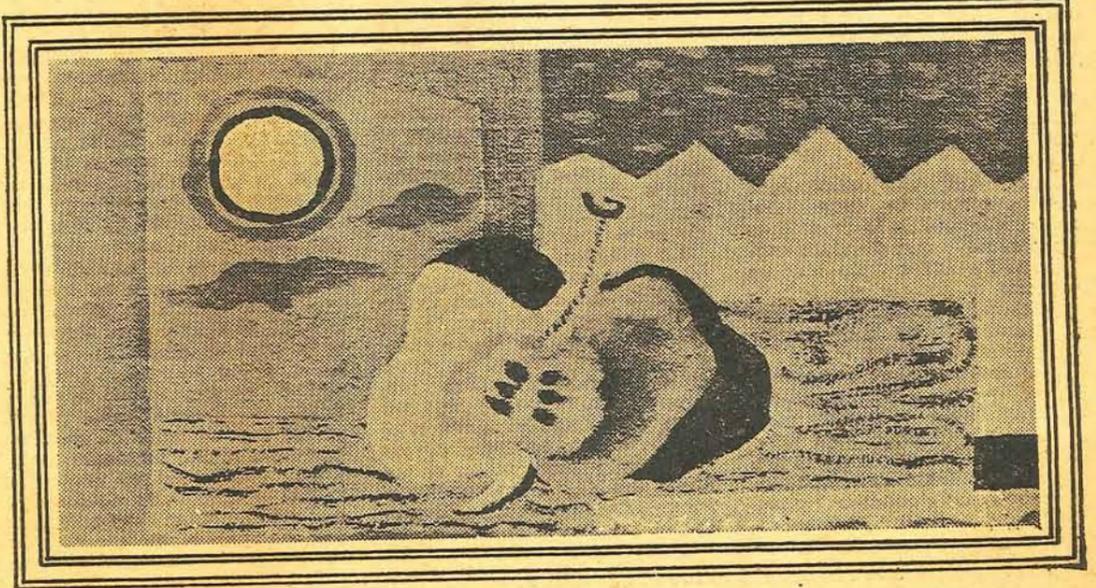
Por no haber encontrado en su seno las formas plásticas que sólo podían depurarle, el futurismo pareció que quería reemplazar el movimiento por la agitación. Pero tuvo caracteres legítimos, auténticos, al modo de una llamada, de un movimiento brusco e irreverente formulado por la juventud trepidante de un país contra las ruinas y contra la muerte académica.

La crisis debía abrirse solamente en los primeros años de la tras guerra. La guerra con su trágica intensidad humana trajo la inestabilidad, la fiebre y el nerviosismo de una liquidación difícil. Los valores morales o de otro género se disuelven después de la batalla; las convicciones se saldan; los entusiasmos muertos al nacer no tienen siquiera tiempo para florecer. El impulso violento de un deseo sentimental de expresión, la pérdida de la primitiva fe en los adeptos, el enfriamiento momentáneo de esta fe en los antecesores, el nacimiento de múltiples escuelas derivadas de las tendencias fragmentarias del movimiento primitivo, la aparición de un neoadademismo balbuciente en el mismo centro de las nuevas conquistas, todo esto fué lo que originó la crisis.

Pero no olvidemos en modo alguno el pesimismo que sucedió a las ventas consecutivas de la colección Kahnweiler y que provocó la desertión en masa del cubismo por parte de todos los discípulos con fe insuficiente. Estos últimos, por lo demás, no hacían otra cosa más que despojarse de los trajes que sólo habían adquirido en alquiler y volvieron, como si nada hubiera pasado, a sus antiguos amores y obligaciones. Puede recordarse esos años en que la crítica sensata saludaba con una alegría jubilosa, en cada nuevo salón, a los disidentes que volvían vencidos pero contentos, a readquirir su lugar entre los antiguos amigos, un lugar que se les había guardado prudentemente. La crítica saludaba también irónicamente a los vacíos dejados por los cubistas y, con una especie de discreto entusiasmo, aparentaba proteger el advenimiento de elevadas preocupaciones en los pintores: el "salón cuadrado", como se le llamaba entonces, del Salón de Otoño, la elección común de un "gran sujeto", etc. Ese tiempo fué ayer.

Todo esto, creo yo, arroja cierta claridad sobre la confu-

Naturaleza muerta, por Jean Lurçat



La Torre Eiffel, por Louis Marcoussis

sión pictórica que hoy día dura todavía, identifica en la misma sed de expresión a los jóvenes llegados en este momento, justifica las desertiones del cubismo, las utilizaciones innumerables de su lenguaje formal, y, en fin, de cuentas, el caos donde la gran palabra Renacimiento convivía con la amargura profunda de la juventud. El preciosismo decadente de unos, la nerviosidad enfermiza de los otros, en suma, el cerebralismo de todos ahogaba y, especialmente, desfiguraba un sentimentalismo agudo y desbordante, que no osaba aún tomar su vía natural y que pretendía ocultarse bajo el formulismo cubista.

La obra de "Jean Lurçat" es un vivo y dramático ejemplo de esta crisis. Expresa toda la soledad desesperada de un pintor que llegado al centro de un campo tuviese el aspecto de haber perdido la confianza. Esta obra a medida que evoluciona se libera de todo lo que fué disciplina inútil y conquista lentamente su libre expresión. Es preciso mencionar aquí los comienzos severos y apasionados de Masson, luego los de Beaudin. Les seguiremos en su desarrollo ulterior.

Un caso de preciosismo: Laglenné.

La crisis debía provocar numerosos cambios. Tal la limpieza por el vacío del dadaísmo. "Marcel Duchamp" erige sus máquinas en lugar de la pintura y tiene el valor — al

que no se rendirá siempre suficiente homenaje — después de haber conseguido su fin, de callarse definitivamente.

Entonces el purismo con "Ozenfant", "Le Corbusier" y "Léger" propuso su enquisa severa, su reorganización, sus recetas terapéuticas. El purismo se propuso retomar el argumento clásico que parecía abandonado por el cubismo y llegar a una reconstitución pura y ecléctica del mundo plástico.

El purismo quiso instaurar la lealtad. Pero el arte no es leal. Todo lo más es sincero, involuntariamente sincero. Su rebusca de lo invariable, de lo general, de lo estable absoluto no podía realizarse más que si empleaba los medios más variables, los elementos menos calculados, los hechos más humildemente particulares, en fin, el sentimiento inquieto de la vida.

Pero ya la obra de Ozenfant evoluciona. Le Corbusier encontró su vía natural en la arquitectura. En cuanto a Léger, ese periodo no dejó de ser para él útil y fecundo.

Surgieron dos tendencias basadas en el cubismo: el neoplasticismo en Holanda y el constructivismo en Rusia. Una y otra están influenciadas por sus medios respectivos. El medio arquitectónico holandés favoreció el nacimiento de una pintura estrictamente decorativa, como es el neoplasticismo.

En cuanto al constructivismo y al movimiento que le precedió, el suprematismo, ambos se relacionan paralelamente con la renovación escénica intentada en Rusia.

LA VIDA Y LAS COSTUMBRES EN EL CORAZON DEL AFRICA

MUERTE Y FUNERALES DE LOS REYES

POR
LEO
FROBENIUS

zaban para la construcción de paredes.

En seguida se edificaba una choza en Simbawoye, dentro del dominio real, para lo cual se juntaban entre sí las estacas, sobre las cuales se colocaba un techo cónico de ramas trenzadas, construcción que se cubría enteramente de una capa de "kunama" por dentro y por fuera y adquiría, una vez terminada, la apariencia de una vivienda de barro con una sola abertura. Luego se hacía el piso de kunama mezclado con estiércol de vaca y cuida-

para que las llevaran cuatro portadores, función que incumbía a los Chiuri.

Al frente del cortejo marchaba el "Rukoje", el guardián en jefe de las tumbas de la montaña. Tanto éste como los Chiuri debían tomar antes de la apertura de la cabaña funeraria un poco de "Muschan-

Acompañaban esta plegaria con palmadas todos los Chiuri y en seguida los restos se introducían en la cueva y se depositaban mirando al poniente, en un lugar donde las paredes se juntaban, formando un declive en estrecho ángulo.

Una mujer muy anciana que conservaba las mismas ideas de la época en que las prácticas religiosas se observaban con más severidad, opinaba desdenosamente sobre estas ceremonias, diciendo que los Chiuri de hoy en nada se asemejan a los de su época. En aquellos días

se han cumplido en las sepulturas de Matokve.

Nadie ha oído hablar de las mismas y no se observan rastros de huesos de animales ni indicios de sacrificios.

Por otra parte, hace apenas cincuenta años se ofrecen sacrificios con regularidad en las cuevas de Monvue y todavía permanecen en el mismo lugar las más hermosas vasijas destinadas a los mismos.

En segundo lugar, es creencia general que las almas de los difuntos reyes surgen de los despojos putrefactos de los cadáveres enterrados en la cueva de Monvue; pero no por eso se deja de colocar el hueso hueco, destinado a las almas, en las paredes de los sepulcros.

En tercer lugar, y éste es el punto más importante, son las cuevas de Monvue el recinto donde se supone que habitan las almas de los antecesores del Rey.

En este embrollo de creencias se pierde la evidencia histórica, para desentrañar la cual dan tentativas de recurrir a la tradición oral y dar crédito a los relatos de las ancianas religiosísimas, que conservan con lealtad y firmeza sus antiguas creencias.

En aquellas tumbas y monumentos que hemos tenido la suerte de hallar y también en algunas tradiciones, encontramos hoy día rastros evidentes de una cultura antigua más rica de la nación Maconi; pero esas tradiciones no son aún conocidas por la mayoría y las únicas personas capaces de darnos una información al respecto y creo que las únicas que consintieron en hacerlo, fueron algunas ancianas de lejanas aldeas que suelen hacer uso orgulosamente de sus recuerdos, para combatir la autoridad de los hombres, lo cual es una de las características de las mujeres de Waungwe.

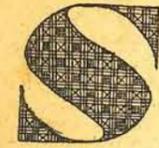
Según esas historias, los únicos reyes que merecieron la elevada dignidad de Maconi fueron los Barosi, en tiempo de los cuales decían que la vida era difícil pero feliz. Difícil, a causa de que los trabajos forzados fatigaban al pueblo; y feliz, porque nunca se dejó sentir el hambre.

Si la lluvia escaseaba, los Wanganga o sacerdotes, mediante sus "Hakata" u oráculos indicaban lo que había de hacer y el Mawutse, o sacerdote de las lluvias, siempre tuvo éxito al ofrecer sus grandes sacrificios. Eso acontecía hace mucho tiempo; en esa época las instituciones de Simbawoye habían sido buenas y útiles al pueblo.

Si la historia se narra de esta suerte, ello se debe a la muy humana creencia en una pasada edad de oro; pues, desde luego, no es cierto que los Barosi fueran los reyes más antiguos de esta civilización, aunque haya un elemento de verdad en esa afirmación. Sin duda, los Barosi fueron los últimos reyes negros que aún mantienen y comprenden un acervo heredado de antiguas costumbres consagradas; mientras que los Waungwe, "libres" y "respetuosos de sí", están dispuestos a deshacerse de ellos cuando los molestan. No existe en la actualidad ni un Nganga o sacerdote de las lluvias en todo el territorio de los Waungwe y el último festival de importancia en Monvue se realizó hace más de cincuenta años.

Por eso se explica fácilmente que sólo un número escaso de ancianas conozca y honren las antiguas tradiciones de las cuales, con el objeto de refrescar su memoria, suelen conversar con los Barosi que habitan en las cercanías.

Estas tradiciones nos dicen que el Rey no debía morir nunca de muerte natural. Si caía



SEGUN lo manifesté en un artículo anterior, el 27 de febrero pudimos penetrar en el recinto fúnebre donde descansan los reyes del antiguo Imperio de Monomotapa, previa autorización del Rey actual y de los sacerdotes que representan las almas de los reyes fallecidos en los primeros tiempos. Sobre éstos trataré más adelante; hoy quiero solamente dar a conocer los informes que me ha sido posible recoger en lo referente a la muerte de los soberanos de las últimas dinastías y a las ceremonias que con este motivo se llevaban a cabo.

En Matokve, las tumbas de los reyes narran las historias de los tiempos actuales y las de las más recientes dinastías; pero son las sepulturas reales de Monvue las que dan testimonio de la antigüedad.

Un Maconi muere hoy de la misma manera como podría hacerlo cualquier mortal, lo que no viene a ser la única consecuencia feliz del buen gobierno británico. Se dice que todos los reyes de la última dinastía, a excepción de uno, vivieron y murieron naturalmente. En el recinto de Matokve visitamos siete tumbas pertenecientes a éstos, que en total fueron doce.

En épocas anteriores a esta dinastía, es decir, hace 120 años, las antiguas prácticas y costumbres se hallaban en todo su apogeo. Nada queda ya de aquel período que, según cálculos moderados, duró, más o menos, un siglo y cuatro; sólo poseemos algunos convertidos en leyendas y en relatos que narran unas pocas ancianas. No es difícil hacer la distinción entre las formas nuevas y las antiguas de estos cultos y de estas ceremonias.

Por supuesto, que las creencias mitológicas no se han arraigado en el país. Algunas mujeres muy ancianas e igualmente francas en sus opiniones decididamente matriarcales, cuando comparan las costumbres actuales con las antiguas, nos hablan del presente con muy poco respeto; al referirse a las gentes modernas las apodan de "Bugis", que en su idioma lo mismo puede aplicarse a las cabras que a los locos. No les niegan una mayor capacidad natural, pero las desprecian por su falta de comprensión de lo que significa pertenecer a una rancia nobleza.

Es cierto que estos "modernos" no se preocupan mayormente de su pasado, ni se interesan por sus antiguas costumbres, difiriendo en esto grandemente de muchos pueblos africanos que he tenido oportunidad de conocer.

Su principal preocupación la constituyen la comida, los impuestos y el poder; y entre los hombres, solamente los Chiuru, que son los sacerdotes de la generación pasada, conservan los recuerdos de esos tiempos. Tenemos, pues, que añadir a sus vagas informaciones nuestros propios descubrimientos en el recinto mortuario de Matokve.

He aquí las ceremonias que comenzaban inmediatamente después de la muerte de un Maconi y que duraban hasta sus funerales. No bien se conocía la noticia del fallecimiento del Maconi, se procedía a sacrificar un considerable número de animales.

Los hombres jóvenes se ocupaban de cortar troncos de árboles, estacas y ramas y se procuraban también paja fina; mientras tanto, otras personas, cerca del punto más cercano, comenzaban a amasar "kunama", especie de arcilla o barro, destinado a rellenar los huecos entre las estacas que se utili-

dosamente nivelado. Finalmente, se techaba el edificio con una capa de paja, no muy diferente a la de las demás casas, en que se le trabajaba más primorosamente.

Después de esto, los Chiuri, designados guardianes del difunto, conducían el cadáver real a la nueva morada. Una vez vestido con las ropas de uso diario y luego de haberle colocado en la cabeza un "Tschiremba" de paja roja, lo envolvían completamente dentro de una piel de toro negro y lo colocaban sentado o en cuclillas sobre una alfombra de cuero.

En las tumbas de los reyes de la dinastía anterior pudimos hallar restos de lienzo blanco, pero ningún trozo de piel de animal. Es evidente que el cuerpo del último Rey de esta familia debe haber sido sepultado por los Chiuri en la posición descrita, aunque con el tiempo aquella haya variado.

Después de haber depositado el cadáver sobre aquella alfombra, se cerraba la puerta de entrada con troncos que luego se cubrían exteriormente con arcilla, en la misma forma en que se había procedido con el resto de la casa.

Al tercer día del fallecimiento del Maconi se coronaba al nuevo Mambo. El cuerpo del difunto permanecía herméticamente encerrado en su tumba sellada durante un año, y nadie se acordaba más de él.

La principal y postrer ceremonia funeraria tenía lugar al finalizar ese año. Una noche cualquiera—y es una de las características de la decadencia del sentimiento religioso entre los modernos Waungwe, el que no toman en cuenta las fases de la luna para proceder a estos ritos—los Chiuri abrían la choza y depositaban el cadáver del Rey sobre una especie de féretro o camilla, llamada "Wuanjanza", que tenía dos largas varas verticales con mangos incrustados en éstas,

Jefes "Kikuyus" congregados en homenaje al Príncipe de Gales, ostentando lanzas cuyos pompones de plumas de avestruz simbolizan la paz

ga", medicina mágica destinada a protegerlos de los posibles ataques de los "Schumba" o de los "Mondoro", nombres con que se designaba a las almas de los difuntos, a quienes se suponía vagando por el lugar en forma de leones. Los funcionarios llevaban también gorros rojos con orejeras, a cuya protección tenían derecho, y se envolvían en blancas vestiduras.

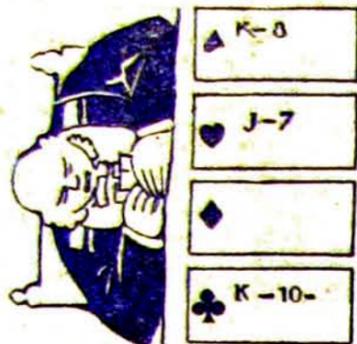
Kadungule, el anciano Chiuru que dirigió el traslado de los restos del Rey anterior, temblaba de pie a cabeza al relatar aquella ceremonia, ocurrida hace ocho años. La jornada desde la choza mortuoria hasta Matokve, que comprende de dos y media a tres millas de distancia, se hacía en doce etapas de cien yardas cada una. En los lugares de parada se detenía por unos instantes el cortejo, se bajaba el féretro y el Rukoje y el Chiuri dirigían unas saluciones al muerto, consistentes en una serie de palmadas y expresiones en voz baja, adecuadas a un Mambo. Transcurrido un instante, se repetía el saludo, se levantaba el féretro y se reanudaba la marcha, volviéndose a repetir la ceremonia cada cien yardas.

La cueva de las tumbas reales se halla situada en la mitad de la pendiente de la colina de Matokve, para llegar a la cual es necesario escalar unas peñas enormes. Llegado allí el cortejo, volvía a detenerse; el Rukoje se detesta la entrada, se ponía de rodillas y musitaba la siguiente oración: "Taunsa moana uenju ku nemui uababa uake maustose", que quiere decir: "Os traemos, ¡oh Padres!, a vuestro hijo, a quien habéis llamado a vuestro lado".



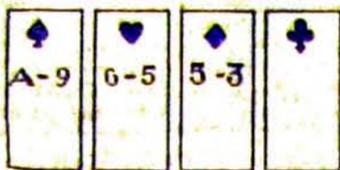
BRIDGE

Los compañeros que han declarado, deben llegar a jugar contra el declarante como si se hubieran visto las cartas. La ejecución no puede dar lugar a titubeos de ninguna especie, porque siempre debe suponerse que el compañero habla a conciencia y de acuerdo a la fuerza de los elementos que posee.



El remate habrá facilitado la tarea de los jugadores, aclarándoles la probable posición de las cartas y a ellos la tarea de investigar la calidad u oportunidad de esas diferentes declaraciones para deducir lógicamente el valor real de las mismas. Puede, pues, y debe llegarse, después de escuchar declaraciones sucesivas, a inferir la composición aproximada de cada mano.

El bridge es el juego de inducción y deducción: por ello es que el buen jugador debe ingeniar para llegar a determinar la posición exacta de tal y cual carta, llegando así, no por cierto con una entereza absoluta pero sí aproximada, a

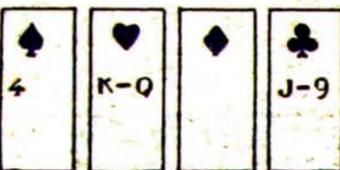


NORTE

Triunfo es Diamante. Sur tiene la mano. Norte y Sur hacen todas las bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

ESTE



conocer la fisonomía general del juego.

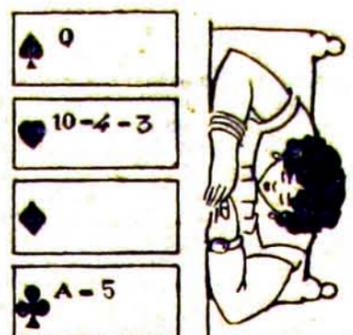
He aquí la razón del por qué en los bridges modernos, a base de remate, la dificultad mayor reside en interpretar y hacerse comprender la declaración: la ejecución después debe resultar sencilla y fácil.

El jugador que inicia el juego, en presencia de una decla-

INTELIGENCIA ENTRE COMPAÑEROS

ración de su compañero, debe siempre, aun en el caso de haber él mismo declarado, salir con su mejor carta del palo de su compañero.

De esta manera el tercer jugador llegará a conocer exactamente, con el juego del "muerto" a la vista, la manera de cómo se encuentran distribuidas las cartas de su palo.



A su vez, el primer jugador, deducirá por la carta jugada por su compañero, datos precisos a este respecto.

Esta regla general tiene también su excepción. Si la composición del palo declarado por el atacante estuviera encabezado por As y Rey debe, antes de abrir el palo de su compañero, hacerse conocer ese As jugando el Rey y tratando en seguida de entregar la mano en el palo solicitado. Si la carta servida por su compañero sobre ese Rey, por su calidad llegare a sugerirle que carece de otra o está corto en ese palo, puede entonces, si lo cree conveniente dada la conformación general del juego, insistir para permitirle fallar.

Tiene la mano el tercer jugador. Este señor ya sabe mu-

cho más sobre la composición del juego que el atacante: la declaración eventual del compañero, su salida, la carta servida por el declarante y la inspección del juego del "muerto" le dicen y le aclaran muchas cosas.

Si los mayores novedades deberá, pues, jugar el palo anunciado con su mejor carta en la forma indicada para el primer jugador. Las mismas deducciones darán a conocer la fisonomía de ese palo. Y digo sin mayores novedades, porque en algún caso del juego del "muerto" puede resultar una contradicción. Un ejemplo de ella puede ser una perfecta horquilla sobre el palo de su compañero, una fuerza grande y peligrosa de franquear, o un fallo o semifallo factible de evitarlo jugando triunfo sin mayor perjuicio.

Si el compañero ha indicado previamente fuerza en algún palo jugando un Rey o una Dama, el tercer jugador debe volver oportunamente, sin perder de vista en ningún momento lo que resulta de la conformación del juego del "muerto".

Es así como resultará conocida la distribución de dos de los palos en juego (por lo menos) jugada que sea la segunda carta.

Bien entendido que estoy haciendo jugar personas conscientes, capaces de economías mal entendidas de Reyes o Damas que no conducen más que a engañar únicamente al compañero.

A esta altura del juego podríamos decir que los compañeros que juegan la carta ciega, se conocen mutuamente más de la mitad de sus cartas respectivas. Efectivamente, las primeras jugadas han dicho de la calidad de los palos declarados, y en cuanto a la cantidad,

lo probable y lógico es que sea alrededor de cinco. Deben saber, pues, de la existencia de siete u ocho cartas entre dos palos.

Pronto tomará la mano el declarante y, salvo rara excepción, tratará de triunfar. Su forma de hacerlo y sus maniobras para conseguirlo nos dirán en seguida de la cantidad y calidad de sus triunfos. En estas bazas nuestro compañero servirá o descartará. En el primer caso, aumentará evidentemente la cantidad de cartas conocidas, y en el segundo el descarte debe también informarnos. Terminado el triunfo debemos estar en condiciones de decir, aproximadamente, la cantidad de cartas que posee nuestro compañero en el cuarto palo. Y si nos damos la pena de razonar un poquito, haciendo un balance de las fuerzas exhibidas por nuestro compañero, en relación en su forma habitual de declarar, teniendo en cuenta la oportunidad de su declaración, podremos hasta llegar a deducir con alguna probabilidad si posee o no honores en ese palo.

De acuerdo a todo ello procederemos en concordancia, defendiendo los puntos débiles y tratando siempre de conservar medios de contacto con el juego del compañero. Es una falta gravísima y resulta perjudicial en extremo aislarse, quedando reducido a sus propios medios y bloqueando el juego de su compañero por haber descartado la única carta que pudo establecer la correspondencia necesaria.

Las declaraciones correctas y la veracidad en las jugadas deben llegar, indudablemente, a la buena inteligencia entre compañeros, que es parte indispensable para el éxito.

LEON CASABAL

enfermo, caía también sobre él la sentencia definitiva, y a veces no se necesitaba ni aun este signo de debilidad.

Cada cuatro años, los oráculos se consultaban y el sacerdote llamado Mukuabpasi consultaba además las estrellas.

En esta forma surgía la sentencia que por lo general siempre era la misma. La fórmula decía, infaliblemente: "El Rey debe morir".

El Mukuabpasi llamaba entonces a los cuatro Makodsi que gobernaban las cuatro provincias en que se dividía el reino, llamados Morongo, porque ordenaban todo. El Mukuabpasi los informaba de la respuesta del oráculo, diciendo que había llegado el tiempo en que el Rey debía morir, y éstos al punto se ocupaban de dar cumplimiento a aquél.

Realizábase luego la ceremonia más terrible que es dado imaginar. La Wahotsi, o primera esposa del Rey, la mujer independiente, muy honrada por su pueblo, tenía ella misma que dar muerte a su esposo. Esa misma mujer que cuatro años antes había ascendido junto con su consorte a la más alta dignidad; la misma que había sabido conservarse digna durante el período real y había compartido el trono junto con su Rey, estaba obligada ahora a estrangularlo en una noche de la luna nueva, utilizando una cuerda fabricada con los tendones de la pata de una vaca.

Por espantoso, extraño y bárbaro que pueda parecer este acto, existe en el fondo de este ritual una fuerza y un poder ocultos que sólo puedo tratar muy veladamente en sus vastas consecuencias.

Esa misma noche los Chiu-ri llevaban el cadáver a la cima de la montaña Monvue, donde previamente habían construido una choza, dentro de la

cual, sobre una plataforma, colocaban el cuerpo del difunto Rey; debajo de éste extendían una sábana o alfombra de cuero y todos los días en adelante venían a hacer una visita al que fuera su Rey.

El primer día procedían a abrir el cadáver y a extraerle las entrañas, y depositaban sobre la sábana, rellenando el hueco dejado por aquéllas con hojas de hierbas, operación que se efectuaba al segundo día.

Al tercer día le abrían el cráneo y colocaban el cerebro junto con los demás despojos. Al cuarto día ataban fuertemente el cadáver en la posición encogida en que permanecía, y lo fajaban completamente con tiras de lienzo blanco, dejando libres únicamente las puntas de los dedos, tanto de las manos como de los pies.

Por fin, embolsaban aquella momia dentro de la piel fresca de un toro alimentado y cuidado con esmero religioso para este destino. Este animal debía ser de raza especial, completamente negro y con una cierta marca en la frente, cuya forma no fueron capaces de indicarme mis informantes.

Durante un año, un Chiuri penetraba todas las noches a la cabaña mortuoria; abría la envoltura del cadáver y fricciónaba el cuerpo para que todo líquido goteara sobre la sábana; recogía los gusanos y los arrojaba en el mismo sitio, teniendo especial cuidado de que las uñas de las manos y de los pies se depositaran también allí.

Al cumplirse el año y en la época de la luna nueva, se procedía a dar fin a los funerales. Ese día, al ponerse el sol, la esposa favorita del Maconi, que no podía ser la Wahotsi, pero sí la Mwisá, era despojada de toda su ropa y una vez desnuda se la estrangulaba. El cuerpo de la mujer sacrificada,

vestido nuevamente, se enterraba en la parte este de la montaña, en un lugar arreglado especialmente para su sepulcro, y al Maconi, a quien se sepultaba primero, se le colocaba en el lado contrario de la misma montaña.

Los antecesores de otras tribus llamadas Melsetter, observaban ritos diferentes; sepultaban los dos cuerpos juntos en la misma cueva, colocando el de la reina debajo del cadáver del esposo.

Parece que no existía, en realidad, ninguna ceremonia especial con motivo del traslado de la momia del Maconi a la montaña, y la tradición ni siquiera nos dice cuál era la montaña donde estaban los sepulcros de los difuntos reales de aquel tiempo.

La ceremonia más solemne debió ser el entierro de la bolsa de cuero conteniendo los despojos, a los que a veces reemplazaba una urna.

Mientras se efectuaba el traslado de dichos despojos desde la cabaña mortuoria hasta la montaña donde debían permanecer definitivamente, se sacrificaba la vida de numerosos príncipes, pero nada sabemos del destino que se daba a sus cadáveres.

En la cueva donde se enterraban aquellas reliquias reales se erigía una columna de arcilla y se introducía en ella un pedazo de caña hueca para que este orificio sirviera de comunicación entre aquellas reliquias y el mundo exterior.

Desde la noche de los funerales empezaba a regir un nuevo año y esto acontecía igualmente entre las tribus de Wanjike que habitaban más al Sur.

Uno de los Chiuri y a veces el mismo Rukoje, se encargaba de vigilar la entrada de aquel orificio; pues era creencia general que el espíritu del Maconi, llamado ahora Mondo-

ro, se escapaba por allí, convertido en serpiente, en gusano, en lagarto, o en cualquiera sabandija. Al punto que se veía salir a ese animal de la tumba, el guardián del muerto quitaba el trozo de caña y tapaba el agujero con barro, ofreciendo después un sacrificio que debía repetirse todos los años.

En la cima de aquella columna, se tenía una forma cóncava, se colocaba un recipiente con un licor para que el espíritu pudiera olerlo; luego se sacrificaba un animal, cuyo cuerpo se depositaba sobre un enrejado colocado por encima de la columna y por un conducto especial la sangre de aquel animal corría dentro de la cavidad de la misma.

Hemos podido comprobar la verdad de lo expuesto en nuestra visita a las cuevas de Monvue. Pero aun en posesión de pruebas concretas y hechos reales para verificar la autenticidad de estas tradiciones, todavía nos queda la duda de si estas ceremonias fueron comunes a todas las tribus del gran Imperio de los Monomotapas o sólo las practicaron los Waungwe, o algún pueblo que predominó en el pasado y que no tuvo nada en común con éstos, fuera de haberles suministrado el modelo que ha tenido tantos imitadores.

Yo me inclino a creer esto último como lo más acertado.

He hallado fragmentos de tradiciones similares tanto en las tribus del Este como en las del Norte y Sur; pero sólo fragmentos, mientras que en este pueblo he observado tradiciones más coherentes y detalladas y hay una buena razón para ello.

Estas mujeres Waungwe son originarias, en su mayoría, de las tribus Barue, que habitan el territorio portugués, y en el seno de estas tribus viven todavía los descendientes de

aquellas poderosas familias autocráticas de reyes y sacerdotes, que fueron desterradas hace un siglo del Imperio de Monomotapa.

Habrán personas que considerarán estos hábitos y costumbres, aparentemente muy bárbaras, como curiosidades aborígenes, pero semejante manera de encarar estas cuestiones nos alejaría de nuestro propósito de explicarlas exactamente.

Hoy puedo afirmar que, en estas cosas, estamos al frente de un simbolismo verdaderamente grande, y si fuésemos capaces de aportar mayor luz para interpretarlo, nos sería mucho más fácil la comprensión de ciertos hechos fundamentales pertenecientes a lo que podríamos llamar la historia del mundo.

EL INGENUO

POR

LUIS FRANCO

EL también, como todos, había salido en busca de la dicha. Y gracias, sin duda, a la simpleza de su corazón, pudo llegar hasta la gruta mágica de las piedras de los destinos que los más audaces y los más sagaces buscaban en vano.

Allí el topacio, que tenía la fascinación de una pupila feli-na, confería el poder. El rubí, encendido como un deseo, concedía la riqueza. El diamante, en que se desnudaba la luz, entregaba la sabiduría. El zafiro, que tenía la hondura de una mirada apasionada, abría el imperio del amor. Pero él, el ingenuo, eligió la amatista, que daba los bellos sueños.



EL LADRILLAZO LIBERTADOR

Dibujos de GEO McMANUS



LECTURAS INFANTILES

DALIM KOUMAR O EL PRINCIPE DE GRANADA

(LEYENDA DE BENGALA)

HACE muchos años vivía un Rey que según las costumbres de su país tenía dos reinas. Una se llamaba Suo y la otra Duo.

Suo tenía un hijo y Duo no tenía ninguno.

El Rey prefería a Suo. La quería por ella misma, pero más aun por ser la madre de su único heredero.

Duo tenía celos de Suo y trataba de todas maneras de alejarla del Rey y de hacer desaparecer a su hijo.

En el palacio se decía que había un gran misterio en la vida de ese hijo, y que su vida dependía de una granada, por lo cual le llamaban el príncipe de Granada. Duo trataba continuamente de descubrir ese misterio.

Dalim criaba unas tórtolas con gran cariño y éstas volaban a veces hasta el apartamento de la reina Duo, quien las guardaba hasta que el niño venía a buscarlas.

—Te devolveré las tórtolas — dijo un día Duo — si me dices de que depende tu vida.

El niño ni comprendió siquiera lo que quería decir.

—Un astrólogo dijo a tu madre — continuó la mala mujer — que tu vida dependía de una granada. Quiero saber dónde está esa fruta.

—Nunca he oído hablar de semejante cosa — respondió Dalim.

—Pregúntaselo a tu madre, y si me dices la verdad, te devolveré las tórtolas, pero no le digas que yo te he hablado de esto.

Poco tardó el niño en correr hasta el apartamento de su madre preguntando:

—¡Mamá, de qué depende mi vida?

Suo quedó sorprendida de la pregunta y no quiso dar contestación alguna a su hijo. Pero éste insistió de tal manera, pensando en sus tórtolas, que su madre acabó por fin contándole el secreto de su vida.

Cuando Duo supo por el niño este secreto, fingió estar enferma, y el Rey que no sospechaba nada de lo que pasaba, mandó buscar al médico del palacio.

Pero este médico estaba de acuerdo con la reina Duo y aseguró que ella no podría curarse si no tomaba el jugo de cierta granada que se encontraba en un árbol de un jardín situado a bastante distancia de la ciudad.

El Rey, que ignoraba todo lo relativo a esta misteriosa granada, mandó un mensajero para que la trajera en el acto. Pero apenas la hubieron cortado del árbol, el pequeño Dalim se sintió enfermo y apenas tuvo tiempo de llegar hasta su cuarto antes de caer.

Duo abrió la granada y vio con sorpresa que ésta no contenía como las otras una infinidad de pequeños globitos rojos y transparentes, sino un pequeño cofre, dentro del cual había un collar de oro cincelado. La Reina se lo colocó y en ese mismo instante empeoró el estado de Dalim y poco después murió.

Grande fue la desesperación del Rey y de la Reina, que no llegaban a comprender de qué había muerto su hijo. El Rey no lo quiso incinerar y depositó su cuerpo en un pabellón de mármol, situado en un jardín de recreo, lejos de la ciudad, donde nadie tenía derecho de entrar.

Dalim-Koumar estaba de novio con una encantadora princesita. Cuando murió el joven, ésta se quitó todas las alha-

jas y adornos, se hizo cortar el pelo y se cubrió con el sari de las viudas, prometiéndose cumplir el "Sati" cuando incineraran el cuerpo de su amado.

En la India antigua, las viudas preferían arrojarse a las fogatas fúnebres de sus maridos antes de seguir viviendo sin ellos. Aun en nuestros días hay lugares en que los padres pueden a duras penas impedir que se haga ese sacrificio, al que llaman "Sati".

Pero algo indecible hizo creer de repente a la joven que su amigo no había muerto definitivamente y resolvió vencer a la muerte a fuerza de plegarias y sacrificios. Pidió entonces autorización al Rey para velar el cuerpo de Dalim. Sólo ella tenía las llaves del misterioso pabellón de mármol y pasaba los días y las noches orando en él. Inconsolable desde la muerte

ver nuevamente el cuerpo de su novio y se encontró con asombro con que parte de la fruta había desaparecido. Su alegría no tuvo límites. Los dioses se apiadaban de ella!

A la noche siguiente, el príncipe se despertó, comió lo que encontró preparado a su lado, y se puso a caminar por el pabellón, llegando por fin al lugar donde se encontraba orando la princesita.

Llorando de alegría, los dos jóvenes se abrazaron tiernamente, y Dalim explicó a su novia el misterio de la granada, diciéndole que era necesario apoderarse del collar para evitar esas alternativas de muerte y de vida.

—Ten confianza en mí — respondió la joven — Ya encontraré la manera de apoderarme de él. Los dioses se han apiadado de mí; ya no pasaré el tiempo orando sino que trataré con todas mis fuerzas de salvarte.

Cuando el sueño hubo vencido nuevamente al joven, la princesa se alejó del pabellón y vistiéndose de barbera, se dirigió al palacio.

Era costumbre que las mujeres barberas penetrasen libremente en los palacios, donde se dedican a cuidar los pies y las manos de las mujeres, encargándose también de hacerles comisiones variadas.

Muy satisfecha con su trabajo, la Reina le dijo que volviera al día siguiente. Esto era lo que deseaba la joven, que llegó a conquistar la confianza de Duo.

La princesa se hacia acompañar por un niño, a quien explicó el plan que había estudiado para conseguir apoderarse del collar misterioso.

Una mañana el niño se puso a llorar y la Reina le preguntó qué era lo que quería.

—Quiero tu collar — exclamó el niño.

La Reina se negó a dárselo, diciendo que era su joya más preciosa, pero el niño gritaba de tal manera que, temiendo alborotar a los guardias, la Reina se lo dio, haciendo prometer a la joven que se lo devolvería al día siguiente. ¡Qué importaba ya del collar! ¡Dalim había muerto hacia ya tanto tiempo!

¡Por fin la princesa posee el misterioso collar! Pronto corre al pabellón donde la espera ya despierto su novio, quien la abraza tiernamente, agradeciéndole todo lo que había hecho por él.

—Mañana, querido mío, entraremos con gran pompa al palacio. Deja que yo lo arregle todo.

Efectivamente, al día siguiente apareció un magnífico elefante blanco casi cubierto de bordados de oro, llevando un palanquín de sándalo, incrustado en marfil.

Envió entonces un mensajero para que anunciara al Rey la llegada de un gran príncipe extranjero. Con gran apresuramiento se hicieron los preparativos para las fiestas, y la ciudad se engalanó para recibir al visitante.

Al llegar a la puerta del palacio, el príncipe bajó del elefante para saludar al Rey, quien se adelantó a recibirle...

Pero su padre no tuvo siquiera tiempo de proferir un grito... Dalim se encontraba ya en sus brazos.

—¡Dalim! ¡Hijo mío! ¡Mi hijo tan querido!

—¡Oh, padre mío!

Pero separándose de su padre, el joven ayudó a la prince-



(De una miniatura persa)

de su hijo, la reina Suo se retiró a sus apartamentos sin querer ver a nadie. Poco a poco el Rey se fué alejando de ella, cada vez más atraído por la reina Duo, a quien colmaba de regalos y atenciones.

Las ricas vestiduras y los alegres colores de que se rodeaba Duo contrastaban con los mantos negros y el duelo de la infortunada madre.

Para no llamar la atención del Rey, Duo se quitaba el collar de oro cuando él iba a visitarla y en ese mismo momento Dalim volvía a la vida, allí en el pabellón de mármol, pero cuando el Rey se retiraba del lado de la Reina y ésta se colocaba nuevamente el collar, el desgraciado joven caía en su lecho.

Cuando Dalim despertó por primera vez, se asombró al verse en ese pabellón. No comprendía nada de lo que había pasado y sentía un malestar en la cabeza. Viendo una bandeja llena de fruta a su lado, comió un poco y sintió que recuperaba la memoria, al mismo tiempo que las fuerzas. Entonces recordó el secreto de la granada y la curiosidad de la reina Duo...

Pero en ese momento sintió un gran peso sobre sus ojos y se durmió de nuevo, sin sospechar que su adorada novicieta se encontraba en la sala contigua orando fervientemente.

Antes de salir en busca de las flores y frutas que ofrecía a las divinidades, la princesa quiso

revisar el piso. ¿Quiere usted ver la orden? — preguntó.

Louis movió la cabeza.

—Nada hay en el piso que yo quiera ocultarles — dijo, señalando el pequeño escritorio: — Guardo cerca de tres mil libras en ese cajón, y boletos de ferrocarril. Mañana iba a ausentarme del país con mi esposa. Entrega al señor...

—Me llamo Elk.

—Entrega al Sr. Elk las llaves, Inés.

Sin decir palabra, ella entregó a Elk el llavero.

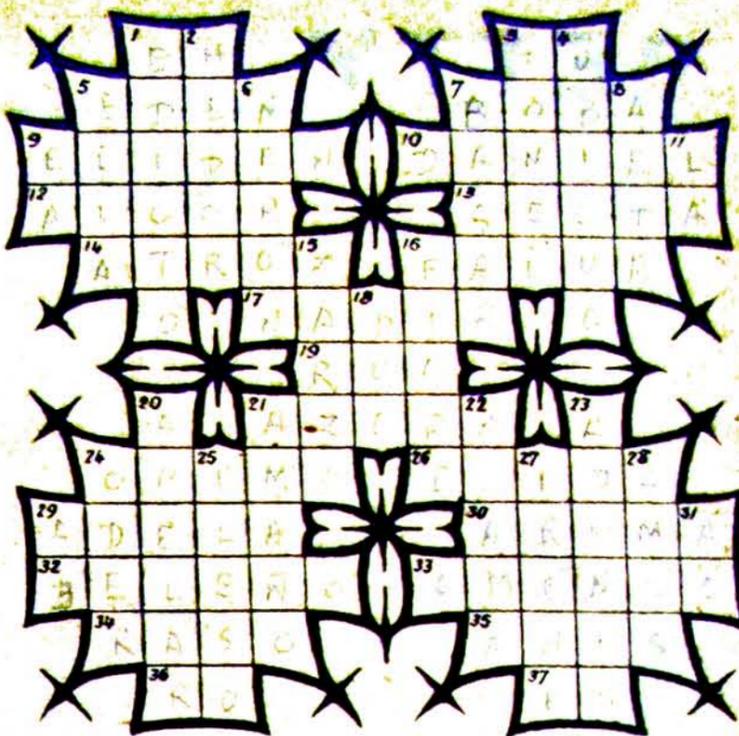
Al salir todos del departamento, Bray sacó la mano del bolsillo y dio vuelta a botón

de la luz. Era hombre disciplinado, amigo de la economía, y aquel gesto fué instintivo.

—Se ahorra luz, señora Landor — dijo, explicándose —.

La puerta se cerró y el ruido de los pasos que se alejaban se fué haciendo cada vez menos perceptible para el hombre en acecho que escuchaba detrás de la puerta del cuarto de la mucama. Salió sin hacer ruido una figura sombría, con un sombrero de fieltro negro echado sobre los ojos y una máscara blanca en el rostro.

Rápidamente se dirigió al escritorio, sacó un objeto de su bolsillo; se oyó un crujido de



PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS

REFERENCIAS

Horizontales

1. Interjección que se emplea para preguntar, llamar, despreciar, reprender o advertir.
3. Pronombre personal.
5. Paraíso terrestre, morada del primer hombre antes de su desobediencia.
7. Extremada y neciamente candorosa.
9. Frustran, debilitan, desvanecen una cosa.
10. Nombre de varón. Uno de los cuatro profetas bíblicos mayores.
12. Colina o collado.
13. Doctrina particular enseñada por un maestro que la halló o explicó, y seguida y defendida por otros.
14. Fiero, cruel, inhumano.
16. Embarcación menor con carroza, y destinada al uso de los jefes de marina.
17. Punto de la esfera celeste diametralmente opuesto al cenit.
19. Camino carretero.
21. Conturba, sobresalta.
24. Rico, fértil, abundante.
26. En sentido figurado, protección, defensa.
29. Nombre de mujer.
30. Perfume, olor muy agradable.

sa a bajar del palanquín y ésta se precipitó a los pies del Rey, quien la levantó abrazándola tiernamente.

—Es a ella a quien debo la vida, padre mío — dijo el joven y el pobre padre, loco de alegría, abrazó a los dos diciendo:

—Sed felices juntos, hijos míos.

No tardó en presentarse la Reina madre, a la que habían llevado la gran noticia, y es de imaginar su alegría al volver a ver a su hijo.

En cuanto a Duo, al ver lo que pasaba, reunió sus alhajas y un poco de ropa y salió del palacio por una puerta de servicio, alejándose precipitadamente. Nunca más se volvió a saber nada de ella.

Poco tiempo después Dalim se casó con la pequeña princesa. Esta fué la mujer más dichosa, pues había sufrido y luchado para conquistar su felicidad.

32. Planta solanácea, la que toda, y especialmente la raíz, es narcótica.
33. Gratos, placenteros, deliciosos por su frondosidad y hermosura.
34. Tela lustrosa de seda, o mezclada con algodón.
35. Planta anual umbelífera, cuyos frutos son semillas menudas, aromáticas y de sabor agradable.
36. Repetida, emplease para arrullar a los niños.
37. Existe.

Verticales

1. Mandato, decreto publicado con autoridad del magistrado.
2. Olor desagradable, que generalmente proviene de las sustancias orgánicas en descomposición.
3. Cuba grande en que se echa el vino u otro líquido.
4. Que está presente a un tiempo en todas partes. Dicese solamente de Dios.
5. Pronombre personal.
6. Por alusión al emperador romano, último de la familia de los Césares, hombre muy cruel.
7. Fundar, apoyar.
8. Indígena de las montañas de Filipinas, que se distingue por su estatura pequeña y color pardo muy obscuro.
9. Interjección con que se da ánimo.
11. Nota musical.
15. Tejido de varas, cañas, mimbrres o juncos, que forma una superficie plana.
16. Venderé a crédito.
18. Composición música para ser cantada a dos voces.
20. Recurrir a una persona o cosa para algún trabajo o necesidad.
21. Disposición para hacer con destreza y habilidad alguna cosa.
22. Dicese de la planta sin estambres ni pistilos.
23. Por alusión a la hermosura de un personaje mitológico, mancebo hermoso.
24. Río de Alemania, que pasa por Breslau y Francfort, desaguando en el Báltico.
25. Que no ha recibido lesión o daño.
27. Nombre de mujer.
28. Dueños, señores.
29. Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
31. Carta de la baraja.

MASCARA BLANCA

(Continuación de la pág. 34)

ayudó a ponerse el impermeable.

—Todo está previsto; tenemos abajo un coche de policía, de modo que no se molesten en pedir un taxi — dijo Bray en respuesta a la pregunta de él.

Se sentía algo molesto, seguro como estaba de que cualquier cosa que resultase le acarrearía pocos galones.

—No necesito que me acompañe, Elk — dijo brevemente —.

Haga que suban a esa gente en el coche y en seguida vuelva a

cierta distancia de la puerta, a fin de dejarla abierta, y un segundo después se había esfumado del piso, dejando aquella abierta de par en par.

Subió a todo correr una escalera, pasó por una ventana abierta y se dejó resbalar por una escalerilla de hierro que lo condujo al patio. Allí no había guardia, bien lo sabía.

Diez minutos después uno de los pesquisas que custodiaba la entrada de la casa subía por la escalera a prestar auxilio a Elk. Oyó un rezongo, y al empujar la puerta halló al sargento en la peor guisa posible.

(Continuará)

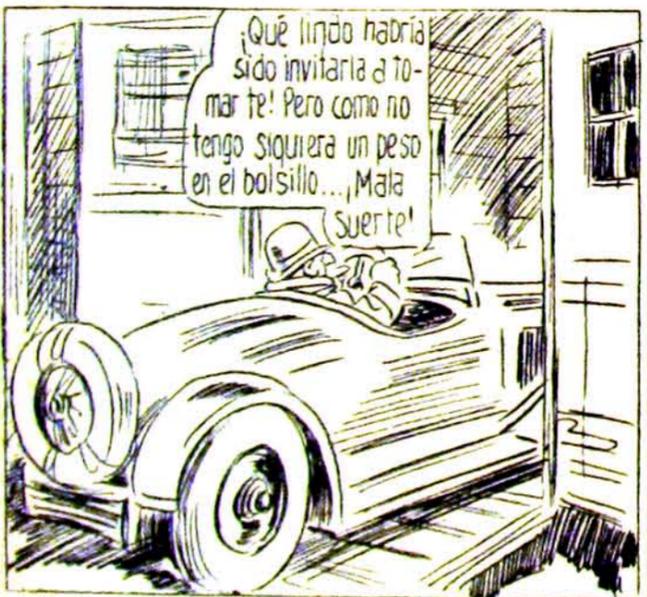
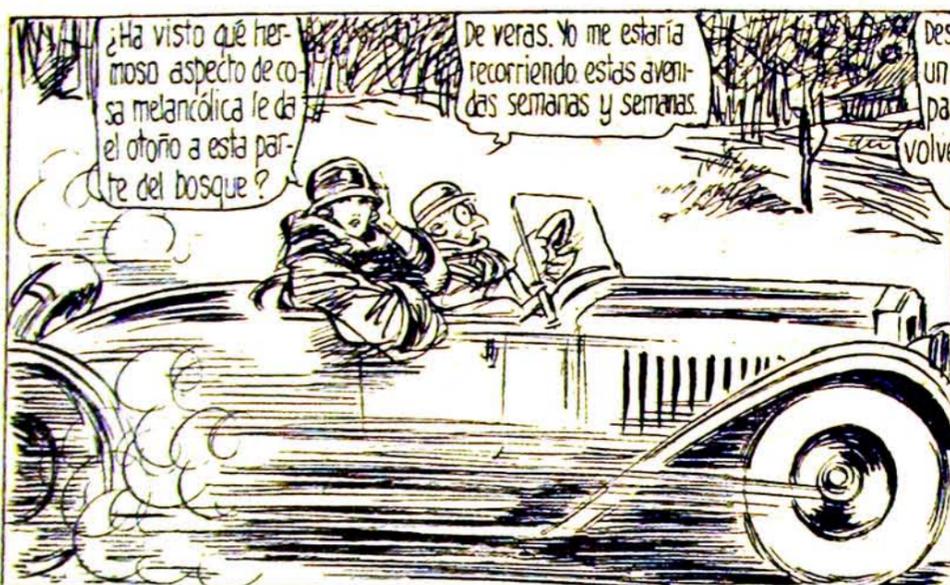
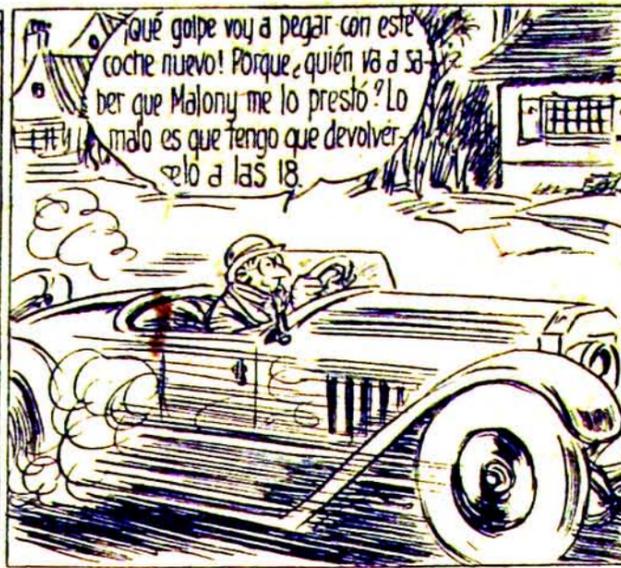
BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N. Y. TRIBUNE, INC.

LA CARTA OLVIDADA

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION" CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA)





T R REVISTA DE "LA NACION"

LA sana costumbre de tomar un Te de Hierbas con comidas, tiene su origen desde el día en que el hombre con la primera planta aromático-estomacal.

EN cada país, en cada región, en cada lugar, tal y como en la sierra, fueron utilizadas las plantas indígenas y después con otras plantas y flores cuya afinidad con las plantas aromáticas era más indicada por sus efectos estomacales, con que nuestros abuelos mantenían su salud.

TAN sabia costumbre, consagrada por una experiencia, se abandonó en algunos países sustituyéndose por flores aromático-estomacales, en estado natural, por lo que se abusa de él—han llamado justamente, volviéndolas a la realidad.

DE un tiempo a esta parte se nota una franca reacción en la costumbre de terminar las comidas con una taza de café o té común; y los tés, que podríamos llamar florales, imponen y reafirman su tradicional prestigio como la bebida más agradable, sana y racional para asegurar digestiones felices y, como natural consecuencia, nervios tranquilos.

LAS plantas, hojas y flores que fundamentan la excelencia del TE DEL HOGAR, forman un conjunto armónico y equilibrado, pudiéndose afirmar, sin temor a prueba documentada en contrario, que el TE DEL HOGAR es la combinación más racional y con mayor arraigo en la tradición, para preparar un té floral indicadísimo para tomarlo después de las comidas, no sólo por su aroma y gusto, sino y principalmente, por sus indiscutibles bondades.

SELECCIÓN DE ORIGEN

ENTRAN en la composición del TE DEL HOGAR once plantas, flores y hojas distintas, originarias de los países y regiones en los que se producen las variedades mejores e indicadas en cada caso: única manera de lograr el equilibrio sustancial y aromático que ha cimentado la justa fama del TE DEL HOGAR.

En la casa donde entra el TE DEL HOGAR desaparecen el té y café comunes, con gran satisfacción de todos y con ventaja para todos.

REVISTA DE "LA NACION"

"Tangos en París" (carátula en colores), por F. Fabiano . . . Pág. 1
 "Almas perdidas" (cuento), por Elías Castelnuovo (ilustración de Alejandro Sirio) . . . Pág. 3
 "Romance de Juan Valdés" (versos), por Fernán Silva Valdés (ilustración de J. C. Huergo) . . . Pág. 4
 "La visitante" (cuento), por José Bianco (hijo), (ilustración de Luis Macaya) . . . Pág. 5
 "El Montevideo de los proscritos", por Arturo Jiménez Pastor . . . Páginas 6 y 7
 "Guridi y su ópera "Amaya", por Luis Echávarri . . . Pág. 9
 "Las biografías psicológicas de Maurrois II", por Octavio Ramírez . . . Pág. 10
 "A vivir como Dios manda", por Guillermo Correa (ilustración de Ernesto M. Scotti) . . . Pág. 11
 "Coplas del valle y la montaña" (verso), por Julio Sánchez Gardel . . . Pág. 11
 "Bajo el signo de la cruz", por Armando Tagle . . . Pág. 12

"Poema del sueño olvidado" (versos), por Eduardo González Lanuza . . . Pág. 12
 "Españoles y venecianos en el siglo XVII", por Américo Castro . . . Páginas 13 y 14
 "Con las estrellas de la Rusia Roja. Las actrices de Preobrayenskaya", por Arturo S. Mom . . . Páginas 15 y 16
 "La España tradicional" (fotografías de José Ortiz Echagüe) . . . Páginas 17 y 18
 "Film" social . . . Pág. 19
 De la vida artística local . . . Pág. 20
 Instantáneas . . . Pág. 21
 El cinematógrafo y el teatro extranjeros . . . Pág. 22
 Aspectos típicos de Africa del Sur . . . Pág. 24
 Variedades gráficas . . . Pág. 25
 Actualidades extranjeras . . . Pág. 26
 Mosaico sportivo . . . Pág. 27
 Kodak teatral . . . Pág. 30
 "Una comunicación de Eva A. Tingey" . . . Pág. 28
 "Los actuales trajes de sport", por Mme. Jenny (ilustración de Pierre Fossey) . . . Pág. 28
 "Mi vida. Mis primeras prisiones", por León Trozki (ilustración de Pedro Delucchi) . . . Pág. 31
 "Fragmentos antológicos de Eça de Queiroz", por Manuel Peña Rodríguez . . . Pág. 32
 "Máscara blanca. Una funda de cuchillo vacía, y dos arrestos", por Edgar Wallace (ilustración de Luis Macaya) . . . Págs. 33 y 34
 "El museo de La Plata. Las colecciones de peces", por Emiliano Mac Donagh . . . Pág. 35
 "Las consecuencias del cubismo y los movimientos afines", por Elef Teriade . . . Págs. 36 y 37
 "La vida y las costumbres en el corazón de Africa", por Leo Frobenius . . . Pág. 38
 "Bridge. Inteligencia entre compañeros", por León Casabal . . . Páginas 39 y 40
 "El novio de Rosita. El ladrillazo libertador" (historietas cómicas), por Geo Mac Manus . . . Pág. 40
 Lecturas infantiles. Palabras cruzadas . . . Pág. 41
 "Betty. La carta olvidada" (historieta cómica), por C. A. Volpert . . . Pág. 42

concentrar sus ricas cualidades sedantes, universalmente reconocidas.

LA verbena olorosa, las violetas, el tilo, la manzanilla . . . todos los componentes del TE DEL HOGAR han sido cultivados y seleccionados, teniendo en cuenta el decidido propósito de ofrecer la mejor y más racional combinación de plantas aromático-estomacales, cuyas virtudes cuentan con una consagración secular.

ANTES de ponerlo a la venta, cada tarro de TE DEL HOGAR es sometido a un período de estacionamiento para dar lugar a que todos sus componentes se compenetren y fundan entre sí, determinando el original y agradabilísimo "bouquet" del TE DEL HOGAR.

PARA obtener una mezcla perfecta ha sido preciso inventar máquinas con dispositivos especiales patentados, que aseguran una trituración parcial de cada planta y una mezcla perfecta de las once que integran el TE DEL HOGAR. En cada cucharada de TE DEL HOGAR hay exactamente la misma proporción de cada una de ellas.

Te del Hogar

La bebida ideal para después de las comidas

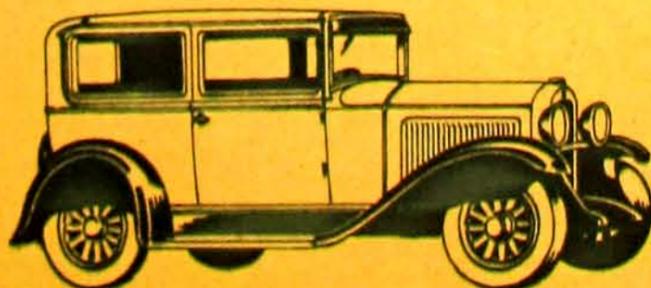


Aspecto Distinguido y
Funcionamiento Excelente
son las características del
Whippet

Las líneas bajas y elegantes del Whippet, evidencian la maestría en el diseño de este automóvil, que se ha convertido en el favorito de quienes saben

apreciar las ventajas que reporta un coche que une, al lujo de sus carrocerías, un motor de cualidades inigualadas en su categoría.

Solicite al Agente Willys-Whippet más cercano, una demostración que le brindará gustosamente y comprobará las excelencias de este automóvil de precio bajo, que puede compararse a coches de categoría muy superior por lo que cuestan.



CUATRO **Whippet** SEIS